

# *Trenzas de papel*

*Basada en hechos reales*

*Emma Kelsen*



Trenzas de papel

Emma Kelsen

**Tempus Fugit Ediciones**



Título original: Trenzas de papel

©2018 Emma Kelsen

©Diseño maqueta y portada: Tempus Fugit Ediciones

©Corrección: T.F.

Copyright 2018. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los derechos reservados

*A mi abuela Isabel, una persona valiente y maravillosa, que siguió el dictado de su corazón  
en el arduo camino hacia la libertad.*



# Frente al espejo

*Madrid, 28 de abril de 2016*

*Sobrevivo en la penumbra, prisionera de un cuerpo que desconozco, que no siento mío; errante, pesado, bañado por un blanco pálido, rugoso y cetrino, como la frágil piel de un niño al nacer.*

*Aquí donde el recuerdo es el único ruido que desvanece el tétrico y tormentoso silencio. Frente al espejo, a punto de cumplir ochenta y cinco años, deslizo la yema de mis dedos por el dorso de mis brazos, y dibujo una sonrisa incrédula, casi burlesca, mientras palpo el evidente temblor que despierta este gesto en mi piel, antes sedosa y firme como las rocas. Sorprendida así, ante el traslúcido espectro de aquella que fui, esa otra.*

*Mi mente, ajena al cruel paso del tiempo y a sus devastadoras secuelas, se detuvo hace ya mucho tiempo, antes de poder sucumbir a tan horribles efectos. Ahora busco refugio en mi infancia, al arrullo de los fuertes brazos de mi padre, mecida por el suave canto de mi madre. Allí adormecida, plácida y serena, pero a la vez viva, joven e inquieta, danza ingenua mi alma.*

*Aproximo mi rostro a ese turbio reflejo y trato de encontrarme en la profundidad de esos ojos. Entonces lo veo, es rápido, inapreciable, apenas un fogonazo en el tiempo, la luz de una vela palideciendo ante el céfiro viento, el brillo de una mirada ardiente y apasionada. Así, de pronto, toda la estancia se ilumina, resplandeciente, dejando paso a mi hermosura dulce y cautivadora. Puedo ver mi cabello castaño ensortijado, dibujando tirabuzones perfectos, recogidos en dos largas y simpáticas trenzas, sujetas por un par de lazos de raso, color burdeos. Mis mejillas sonrosadas, recuerdo que madre siempre las pellizcaba suavemente, decía que de esa forma lucía más graciosa y lozana. Mi vestido blanco tableado, con botones*

*color vino hasta el cuello. El lazo de la cintura y sus puntillas delicadas, enmarcando los puños de las mangas y el bajo de la falda, del mismo tono, a juego también con los adornos de mi cabello. Así ataviada con estas bellas y antiguas vestiduras, siento renacer esa llama en estos dos pozos secos y oscuros, unos ojos sin vida, que ahora recobran su color, un cálido miel intenso con frágiles y tímidos destellos violeta. Mis labios escarlata dibujan una sonrisa coqueta, que no dudo en recorrer con un rápido y nostálgico gesto, ansiosa por el simple y banal placer de sentir su tacto terso y aterciopelado, temerosa ante el cercano fin de tan placentero y efímero ensueño.*

*Esta falsa y mágica apariencia de mí misma, trae a mi memoria a madre, solo ella cosía y bordaba para mí todos aquellos trajes, verdaderos primores, haciendo uso del arte y delicadeza que solo sus manos podían plasmar con cada puntada. A menudo, valiéndose de cualquier retal o cortinaje en desuso, al que ella otorgaba real apariencia y porte señorial. Hoy daría todo lo que poseo por conservar tan solo uno de aquellos, por trasladarme a través de su tacto a esos momentos, a ese cálido cosquilleo que su roce despertaba en mí con cada prueba, con cada bajo y dobladillo, hasta lograr que el modelo luciera único, reluciente, perfecto.*

*Ahora, con este atuendo, que no es más que un débil disfraz de aquella juventud lejana, que una vez comenzó a latir en mí, necesito regresar, preciso revivir aquellos momentos, antes de que la falta de entendimiento pueda nublar mi pensamiento.*

*Quiero estar por última vez en la ilusoria burbuja que marcaría el principio y el fin en mi forma de concebir la vida. Allí en aquel rincón de cuentos e ilusiones, en ese espacio ajeno a la realidad, al borde del precipicio, un pequeño lugar que, sin yo saberlo, se hundía lentamente bajo el lóbrego barrizal de la vergüenza de aquel tiempo.*



Así pues, como toda historia, esta ha de tener un comienzo. Nací el 10 de

abril del año 1931, cuando la Segunda República comenzaba su difícil andadura. En un país que continuaba sumergido en un preocupante y prolongado clima de tensión política, en plena lucha por tratar de alcanzar algún tipo de evolución, que viniera a paliar de algún modo el constante malestar, por las notables y ya históricas desigualdades existentes.

Mis padres y abuelos habían vivido las imposiciones de la Dictadura de Primo de Rivera, tras su golpe de Estado, el 13 de septiembre de 1923, cuando contó con el beneplácito de Alfonso XIII. Y pocos años después, sus corazones experimentarían de nuevo, un necesario, aunque prematuro, cambio político, el que vendría marcado por la dimisión de aquel mismo hombre, el 28 de enero de 1930, cuando tras haberse convertido en un personaje crecientemente impopular, supo perdido el apoyo de la monarquía y el ejército.

Poco después, atónitos, fueron testigos de la marcha de Alfonso XIII. Que partió abatido tras haber perdido el apoyo antes puesto en la monarquía y recibir consejo de abandonar el país cuanto antes. Siempre me pareció especialmente sorprendente aquella parte, en la que padre me relataba su marcha, yo no era más que una pequeña princesa, y no podía imaginar a un Rey sobre su fiel y reluciente corcel, abandonando la ciudad. En mis cuentos siempre era el caballero, el salvador, el galán que rescata a la bella dama; nada sabía del porqué de su precipitada huida, y aún menos podía imaginar que tuviera automóvil, en lugar de un blanco y elegante caballo.

La abuela siempre contaba cómo sus primas de Madrid estuvieron en la Puerta del Sol, el 14 de abril, cuando se proclamó la Segunda República, en medio del júbilo, lanzando las banderas al viento, de colores libres y vivaces, como sus recobradas esperanzas.

Ese mismo día, alrededor de las nueve de la noche, el Duesenberg convertible de un Rey destronado, se abrió paso por la puerta trasera del Palacio Real, en dirección al que sería su primer destino, Cartagena. Desde allí, embarcaría a bordo del Buque Príncipe Alfonso, en dirección a Marsella.

La República no tardó en tratar de dar curso a su rumbo y estructura democrática; mientras comenzaba a hacer viables cambios que hasta entonces eran solo meras utopías, inalcanzables quimeras. La creación de numerosas escuelas o la aprobación del divorcio, eran solo algunas de las reformas, que vendrían a mermar el notable protagonismo que hasta ese momento venía ostentando la Iglesia Católica. Provocando, como era de esperar, la colérica reacción de tan poderosa y antigua institución.



Otras reformas, como la agraria, tratando de redistribuir la tierra, sobre todo a través de expropiaciones a los grandes terratenientes, no harían más que propiciar el nacimiento de mayores grupos que manifestaban su profunda repulsa por un sistema, que apenas nace, cuando parece abocado a sucumbir.

Lo propio ocurrió con el ejército, que de nuevo se veía dividido, frente a un gobierno que realizaba cambios, que no todos juzgaban suficientes como para alcanzar la modernización y avances demandados.

Finalmente, tras años de agonía, el fracaso de las milicias golpistas durante los primeros meses de 1936, acompañado del creciente y preocupante clima de violencia en las calles, haría inevitable el desenlace que estaba por llegar, el más brutal y virulento crimen nacional de nuestra Nación, una guerra absurda y cruel entre hermanos, como nunca dejaría de lamentar mi abuelo. Aún recuerdo como él solía leer y releer textos de Machado, Ortega y Gasset, Lorca y otros tantos eruditos que formaban el rincón de su galardonada memoria.

Sin embargo, y a pesar de que mi abuelo me hizo expectante conocedora de todo aquello, aunque, dicho sea de paso, siempre suavizado a modo de fascinantes y veraces historias, mi mente no almacena retales políticos o burocráticos. Es obvio que la inocencia me mantuvo a salvo, o ignorante de todo aquello. Ni siquiera varios años después sería capaz de vislumbrar el alcance de lo que allí aconteció. Solo sé lo que sentí, sufrí y finalmente, perdí, como consecuencia de todo aquello, que fue estallando paulatinamente ante mi atónita mirada, hasta que nadie pudo protegerme, y tuve que presenciarlo y padecerlo todo, llegando a conocer la parte que hace animal al hombre, aquella que disipa toda lógica, y aleja cualquier posible espacio cedido a la razón.

Recuerdo que un nombre se hizo bastante conocido en nuestra casa, y por los comentarios que solía despertar, no tardé en deducir que no se trataba de un amigo o familiar, digno de ser bien agasajado o recibido con succulentas viandas. Presentí que a mi padre le martirizaba todo lo que debía estar urdiendo aquel general, todavía aborrezco la sola idea de que mi mente dibuje su nombre, haciéndolo resonar incesante y perturbador en mi cansada cabeza. Sin embargo, lamento la inocencia que me privó del deleite del odio y la más ferviente desconfianza hacia su inquietante persona.

Todo aquel mar embravecido no parecía poder calmarse. El aire era cada vez más espeso y los grupos enardecidos clamaban al cielo en diversas direcciones. Solo podía concluir con aquel dramático desenlace, la llegada de

una trágica y devastadora guerra entre iguales.

Y así, tras atravesar años sumergida en las desgracias que traería consigo la guerra, cumplí los ocho años, en medio de la atrocidad y la injusticia. Así se fueron desarrollando mis jóvenes años, aquellos que aún deberían ser dulces y placenteros, que solo debieran dejar en un niño la huella de los primeros juguetes, dulces y sueños. Y, por el contrario, a pesar de que mis padres tejieron para mí un ingenioso velo que enmascaraba aspectos del mayor de los infiernos, mi espíritu no pudo mantenerse al margen de aquel ambiente enrarecido, que hacía tiempo reinaba en las calles y en mi propia casa. La melancolía y el miedo se hacían patentes en aquellas cenas, repletas de susurros, sollozos, lamentos y suspiros, que se imponían donde antes reinaban las risas.

Algo muy grave debía estar ocurriendo, para que nuestras vidas quedasen relegadas a la más mísera y funesta de las tinieblas.

Ni que decir tiene, que fueron años difíciles y oscuros, torpemente maquillados de farándula y desganadas fantasías, pero, aun así, evidente y perceptible ante los ojos de una niña, que madre siempre consideró inteligente y espabilada, a pesar de su corta edad; de hecho, así me lo haría saber una de aquellas noches extrañas, pero a la vez cotidianas, en que un portazo precedía al sostenido gimoteo, por el ya habitual sentimiento de impotencia y fracaso.

Recuerdo aquella ocasión como si fuera ayer mismo, corrí a la habitación de mis padres preocupada, inquieta y temblorosa. Golpeé tímida pero insistentemente la puerta, hasta que madre apareció tras ella dejándola entreabierta, con la ferviente intención de flanquear mi paso. Entonces, mis ojos curiosearon en un disimulado, pero ansioso recorrido por sus aposentos, buscándole hasta encontrar su quijotesca figura. Estaba allí, al menos lo que quedaba de él; abatido, sentado en la cama, con los codos apoyados sobre las piernas, que aún flaqueaban.

Nunca olvidaré aquella noche, porque padre levantó la mirada, y pude sentir como ambos lo lamentábamos. Asombrada y profundamente apenada, alcancé a distinguir el brillo de unas lágrimas, que se deslizaban por sus mejillas, espirando su último aliento al contacto con sus manos. Temblando pude observar cómo se incorporaba, orgulloso y a la vez derrotado, preocupado por mi forma de juzgarlo, buscando refugio en aquella pequeña estancia, un rincón donde su dolor no fuera una realidad para mi indiscreta presencia.

—Madre, ¿qué le ocurre a padre?, ¿se ha lastimado? —Dije en tono de fingido sosiego.

—Nada pequeña, fue una jornada larga y tediosa, mañana estará mejor y podréis conversar, ahora vete a descansar.

Madre contestó con su habitual delicadeza, pero a la vez deseaba ver que me alejaba de allí cuanto antes, sin emitir protesta alguna.

—¡Pero madre! —Repliqué.

La preocupación me superaba y no pude renunciar a la posibilidad de proferir una débil manifestación de aquella.

—¡No quiero tener que decirlo otra vez, Isabel, márchate de inmediato a tu cuarto!

En esta ocasión, madre sonó con tanta rotundidad y firmeza, que no dudé en alejarme de allí cuanto antes, temerosa de su próxima reacción ante mi fastidiosa e inoportuna insistencia.

Pero al amanecer, no obtuve respuesta alguna, como tampoco lo haría en ninguna de las posteriores ocasiones. Aunque, a partir de aquella noche, me propuse no volver a aventurarme en mitad de la noche, por el frío pasillo que conducía hasta ellos. No estaba dispuesta a revivir tan bochornosa situación, más aún, sabiendo que no hacía más que incrementar el malestar de mi padre, que se veía postrado ante mí, como un ser penoso y débil.

Lo cierto es que todo comenzó así, con pequeños desvelos, charlas que enmudecían apresuradamente con mi llegada, discusiones con explicaciones torpemente improvisadas, huidas a medianoche, ilógicas tramas. Todo un compendio de sospechosas situaciones, que enturbiaban mi visión del entorno, de la propia familia, y que, de forma cruel, me fueron sumergiendo en los últimos días de una infancia ensombrecida, y con ello, de lo que sería una corta e insignificante vida. Pues, aunque mi cuerpo superó tan maquiavélica locura, mi alma quedó para siempre allí, truncada, aletargada, prisionera de la brutalidad, marchita y por siempre condenada a pronunciar la eterna pregunta... ¿por qué?

Fue allí donde pereció esta dulce niña, que hoy abandona por unos instantes su prisión, en ese pequeño y recóndito lugar de Toledo, entonces casi inexistente en el mapa, casi relegado al olvido, o al menos su auténtica historia. Pero hoy, mi corazón trata de ponerle justo y merecido remedio.

# Mi hogar

*Villatobas (Toledo), 14 de marzo de 1939*

*Por fin estoy allí, en Villatobas, cierro los ojos, y aún puedo percibir el aroma de la villa, el sabor de sus calles, una mezcla entre la leña y la comida recién hecha.*

*Recuerdo que antes de sumergirnos de lleno en la tragedia, bastaba asomarse entre los cortinajes de cualquiera de las modestas y pintorescas casas, para obtener un apretón en los mofletes, y al tiempo, ser convidado a probar cualquiera de aquellos sencillos pero succulentos guisos. Parecía reinar cierta mágica e inusual colaboración entre los paisanos, pues con frecuencia alguien nos acompañaba a la mesa, madre me mandaba con una cesta a visitar a Dña. Angustias y a sus cuatro hijos, o un vecino llamaba a la puerta para entregar a mi madre una ristra de chorizos o un riquísimo pan recién hecho.*



Con la llegada de la Guerra todo cambio. Las puertas, antes invisibles, se cerraban ahora a cal y canto. El recelo y el miedo reemplazaban ahora aquella humanidad y llana confianza. Y en la mesa, los caldos y legumbres cobraban ahora sobrada importancia. Aunque siempre mantendríamos aquella desinteresada colaboración entre vecinos, y así de forma más sencilla y discreta, aquel trueque entre amigos evitaría que conociéramos el hambre, que ya se había impuesto en otras grandes ciudades.

Años atrás se respiraba vida, movimiento y alegría, pero ahora, muchos hombres, en su mayoría jóvenes y robustos, habían marchado para luchar por sus ideales, o al menos la esperanza de que pudiera perdurar algo de ellos; emprendieron la marcha sin mirar atrás, dejando familias enteras; ancianos, mujeres y niños, que ahora debían faenar, tratando de mantener bien cuidadas pequeñas parcelas de tierra y animales, que habían sobrevivido a los numerosos saqueos, que venían siendo el pan nuestro de cada día. Otros adultos, entre ellos padre y mi abuelo, regentaban los escasos locales que había en la plaza.

Veneré al anciano que fue un modelo para padre, y se desvivía por complacer el más pequeño anhelo de su nieta. Atendía la posada, un lugar de tertulias y encuentros, donde cada mañana se servía un delicioso chocolate con picatostes. Poco me importaba el resto de lo que acontecía, o los chatos que pudieran beber los que allí frecuentaban, solo la emoción que sentía cuando mi abuelo colocaba aquel cuenco humeante ante mis ojos, nada más verme cruzar el umbral, sabiendo que era la mejor forma de templar el cuerpo en el duro invierno o garantizar una sonrisa en cualquier momento.

Padre solía ayudar en las tareas que allí acontecían, aunque su verdadera vocación tenía un perfil más artesanal. Disfrutaba fabricando calzado, que podía no ser bello, pero sí el más sufrido y duradero, lo que al fin y al cabo requerían los bolsillos y ocupaciones de las gentes del lugar. Zurcía y remendaba botas en casa, y yo me sentaba a su lado, dispuesta y servicial, como el más fiel de los lacayos.

Por su parte, mis hermanos menores, Amador de cinco años y Juan de seis, tenían suficiente correteando todo el día de un lado para otro, haciendo fechorías, cuando no estaban en la escuela, sobre todo ahora que estaba cerrada a cal y canto.

Debió ser eso, mi atormentada infancia entre varones, la que influyó en mi tendencia a preferir una espada a una muñeca, y saltar en los charcos o sumergir mis manos en el barro, aún a costa de exponer la integridad del más delicado de los atuendos. No fueron pocas las reprimendas que obtuve, por cada uno de los lamparones que convertían en inservibles muchos de aquellos vestidos, despertando así, aunque era difícil, la cólera de madre y mi promesa de corrección y sentido arrepentimiento, que no solía durar más allá del vespertino canto del gallo.

En una ocasión, cuando aún había lugar para los juegos, ni corta ni perezosa, decidí tomar posesión de una calle, ¡pero sin ser demasiado

ambiciosa! Conocía las dimensiones de todo aquello y, por tanto, el límite a mis aspiraciones. Sabía que tarde o temprano mis amigas necesitarían cruzar la calle. Así que decidí cobrar una cantidad razonable de caramelos a las niñas que pretendiesen atravesar mis dominios. Así, según avanzaba el día, fui acaudalando un bonito y succulento tarro multicolor, con el que después podría hacer intercambios con mis inquietos hermanos.

Todo marchaba según lo previsto, hasta que Remedios decidió ser más astuta que las demás. Vi sus intenciones nada más cruzarse en mi camino. Y así, mientras nuestras miradas se entrelazaban, de forma desafiante, y habiendo burlado mi barrera, por la acera de enfrente, ¡zas!, corté su camino, casi como si de un rayo me tratase, y de un tirón, le arranqué la coleta, y digo esto, porque literalmente me quedé con un succulento mechón de cabello en mi mano. Casi puedo escuchar aún el sonido de su llanto desgarrador. Retumbaba en toda la plaza, en cada casa. Temblé pensando en la que estaba a punto de caerme. Lo cierto es que en mi mente no había pensado hacer daño de esa manera. A veces, ni yo misma era capaz de controlar el alcance de mi fuerza. Y no es que fuera de constitución fornida y corpulenta, era más bien puro nervio, como solía decir mi pobre padre.

Todavía no había tenido tiempo de apenarme por ella. Me inquietaba demasiado la solemne tunda que estaba a punto de caerme. Así pues, armada de una dulzura descaradamente interesada y fingida, decidí tratar de calmarla, o más bien, sobornarla. Le ofrecí el frasco lleno de caramelos, una de mis acartonadas muñecas, incluso, ya desesperada, un extremo de mi pelo, para que diera rienda suelta a su venganza. Pero para cuando estaba a punto de ofrecerle mi más preciado tesoro, mi noble y fiel espada, la sombra de madre se cernía ya sobre mi cabeza. Pude escuchar como mascullaba, lo que debía ser el planteamiento del castigo que pensaba imponerme. Incluso pude sentir su frío resoplar en mi nuca, mientras trataba de girarme lentamente hacia ella, sabiendo que ni disimular ni una encantadora sonrisa, podrían explicar en esta ocasión los desgarradores sollozos de mi amiga.

Todavía resuenan en mi mente los gritos e improprios que allí pudieron escucharse.

Aun así, más tarde, ya calmados los ánimos, iría a visitar a esa pobre criatura, y aunque su padre se mostró reacio a la hora de permitirme la entrada, finalmente, podría disculparme como era debido, como mis padres me habían enseñado, con humildad y sincero arrepentimiento.

Me marché con propósito de enmienda, y pensando en la manera de

igualar, al día siguiente, el pelo de mi amiga Remedios, ¿Qué tal jugando a peluqueros? Por el camino fui calibrando la conveniencia de emplear tijeras, lazos e incluso algún que otro ungüento. Estaba plenamente convencida, lo arreglaría, le compensaría por todo el dolor causado, por cada lágrima vertida. Pero esa es otra historia, y el desenlace, ¡Cómo no! Otra trágica y bien merecida reprimenda.

Así éramos, sin mayores entresijos, una pequeña y humilde familia, en un lugar pequeño pero encantador, de calles empedradas y empinadas, de hecho, su nombre bien podría deberse a la cantidad de piedra caliza que forma esta villa toledana. Superficies cuando menos peligrosas, sobre todo en época de lluvias o heladas, pero proclives para el desempeño de muchos de nuestros arriesgados y predilectos juegos, entre ellos, uno sencillo, pero intrépido, consistía en introducir nuestros pequeños e inocentes pies en dos latas, aptas para tal menester, en las que previamente habíamos anudado cuidadosamente dos cordeles, toscos y resistentes. Así, de esa manera, tomábamos ambos extremos, y comenzábamos el descenso, primero con cautela y después de forma frenética y alocada, hasta ser el primero en lograr frenar ante el pilón del pueblo, o acabar torpemente sumergido en sus frías y turbias aguas, despertando así, las solidarias carcajadas de los más diestros, que tendían su mano sin pensarlo, aún entre risas y gritos.

En aquel entorno disfrazado, cubierto de risas, que resonaban ajenas a la auténtica y cruda situación en que vivían, bajo la atenta y cauta mirada de ojos que vigilaban, alerta, ante una posible y necesaria evacuación, en su sentido más arduo, aconteció la desgracia. El primer día que los niños como yo, cuya edad permitía un mínimo conocimiento, vieron caer, vertiginosa al abismo, su venda de la gallinita ciega, tornándose amarga máscara de verdugo, siendo testigos impotentes, presenciales, atados de pies y manos, perdedores sin jugar, víctimas sin luchar, marionetas de cristal, sin más arma que su cauto y obligado silencio.

## Voces silenciadas

*Aquella era una mañana como cualquier otra, con la diferencia de ser cálida y luminosa, nada común a comienzos del mes de marzo, tanto es así, que fue la notable claridad la causante de mi temprano desvelo. Era domingo, ninguna obligación me aguardaba más allá de la imposición de comer en casa de mis abuelos maternos, y para ese menester faltaban aún varias horas.*



Madre solía decir, que antes los domingos eran días de obligado culto, pero, de algún modo, aquello distaba mucho de la realidad que ahora nos rodeaba, pues para padre y los que compartían sus ideales, la Iglesia y todos los que predicaban o compartían la fe católica no representaban más que un lastre, un evidente freno al desarrollo.

Solo hoy puedo comprender como se incendió repentinamente aquella Iglesia tan hermosa, y porque no habitaba un párroco en ella. Por desgracia, la razón trató de imponer su criterio a través de la violencia, y así, en vez de crear justicia, dio lugar a un inmenso mar de mártires, simples peones de una gran maquinaria.

Pero él jamás apoyaría la fuerza como forma de expresión, padre lo consideraba un torpe manifiesto de la atrevida ignorancia humana. Aunque, si en el pueblo nadie sostuvo la antorcha, no serían pocos los vecinos colindantes dispuestos a llevar a cabo tan macabro asalto.



Así pues, la mañana invitaba al placentero sueño. Fue por eso que entrecrucé los brazos sobre mi rostro, tratando de frenar la claridad que incidía molesta y penetrante, incluso cegadora. Deseaba retornar al plácido embelesamiento que me envolvía minutos antes. Pero entonces, un fuerte golpe me sobresaltó, enturbiando mi fallido intento por retomar la calma. Retiré apresurada la colcha, me incorporé y me precipité por la escalinata, que separaba las habitaciones del comedor, sin dejar de mirar al suelo, viendo el bajo de mi camisón blanco moverse, al compás de mis pies, aún descalzos, fríos, marmóreos como el suelo helado. Comencé a escuchar voces que sonaban a reproche, y esto no hizo más que afianzar mi miedo ante la sola idea de levantar la mirada, el simple pensamiento de ver cualquier tipo de violencia, en mi propia casa, me parecía desolador, me paralizaba por completo. Me detuve al final del corredor, agazapada como un pequeño animal herido. De pronto, la proximidad convirtió los estruendosos gritos en frases, que parecían cobrar sentido, aunque sin perder aún el turbulento tono de encrespamiento, incluso de condena. Aguardé escondida, con la esperanza de no ser descubierta, sin poder imaginar la charla que recibiría en medio de tan acalorada escena. Poco a poco el barullo se tornó silencio. Mis padres conversaban casi en susurros, que a veces dejaban escapar un torpe silbido, producto del acalorado sentido que debían ocultar aquellas palabras. Permanecí allí, agachada, inmovilizada, escuchando pequeños retales de una situación que no alcanzaba a comprender. Podía adivinar que se trataba de un contratiempo, algo serio y escalofriante, pero jamás pude sospechar que, sin saberlo, estaba presenciando el principio del fin, la profecía llevada a término.

—¡Jamás perdonaré tu imprudencia, tu forma de exponer la seguridad de nuestra casa, sabes que juegas con fuego y que al final terminarás quemándote, eso si no lo hacemos todos contigo. Estas reuniones, estas charlas entre compadres, deben acabar. Has de asumir que tu sueño es el de otros tantos, y que no hay nada que podamos hacer, no está en nuestras manos, no tenemos el dinero ni el poder necesario para que nuestra voz se oiga!

Así sonaban las duras palabras que madre le dirigió a padre, al menos, las primeras que pude escuchar con absoluta claridad. Las pronunció llevada por la rabia, pero aun así, pude vislumbrar un matiz de melancolía y tristeza, como si ella misma renunciase a la certeza de sus injustas ideas.

—¿Desde cuándo es pecado luchar por la igualdad, y perseguir con uñas y

dientes la libertad, mujer?, ¿no entiendes, que ansío un futuro digno para nuestros hijos? Lucho siendo fiel a mis principios, aquellos que convierten al hombre en persona, liberándole del yugo y deshonra del sometimiento, de la dictadura, del clasismo, abuso y desigualdad de nuestros tiempos, de todo aquello que mutila el alma humana, relegándole al nivel de la bestia, doblegándole hasta no ser más que un obediente y dócil mulo de carga.

Padre habló sin titubeos, como si aquel sentimiento le acompañara siempre, y el solo hecho de poder evocarlo, le concediese un minuto de libertad, de paz y merecido sosiego.

—Piénsalo bien esposo mío, sé comedido, emplea la razón y sensatez que siempre te han engalanado. Tarde o temprano la situación tendrá que calmarse, y entonces, una reunión entre vecinos, aunque sea a horas tardías, e incluso una manifestación pública, invocando valores tan profundamente arraigados en tu ser, no tendrán que ser considerados conspiración o un intento de frenar su inevitable triunfo.

Madre trató de apaciguar su ánimo con este vago y vacío discurso. Puede que ella tampoco sintiera reales aquellas palabras, pero en sus ojos brillaba la llama del miedo y el desasosiego de imaginarse privada del que lo era todo para ella; su compañero, su amor, el hombre de su vida.

—Mercedes, sabes que jamás emplearía la violencia, que no poseo más arma ni herramienta que mi voz, debilitada ya ante tanta injusticia y padecimiento. La de anoche no fue más que otra ocasión para intercambiar opiniones, con los pocos que vamos quedando. Uno de esos pequeños instantes en que nuestras mentes se liberan y elucubran, sí, pero no ataques ni escondites de artillería pesada, para eso ya están nuestros combatientes, simplemente, nos basta con manifestar nuestro desprecio y oposición a lo que está por venir, o mejor dicho, a lo que ya está aquí. Y si por participar activamente y jugarme el pellejo entiendes, que no dudaría un instante en dar cobijo a los que luchan por dar sentido al curso de nuestras vidas, entonces querida, puedes llamarme anarquista, comunista, sublevado e incluso traidor a mi amada patria.

Aquellas palabras trajeron a mi memoria a la encantadora maestra. Adoraba su forma de enseñar, ya que a la vez trataba de inculcarnos su amor por la naturaleza y las pequeñas cosas, que nos ofrecía a diario la vida. Jamás había experimentado el dolor que sentí cuando encontré la puerta cerrada, sin avisos, sin despedidas. Todo quedó vacío y en silencio, como si jamás hubiera existido. Los que la vieron dicen que salió de casa deprisa, como si el

mismo demonio la llevara, sin portar más que una pequeña y destartada maleta. Dejó la puerta abierta y no se detuvo a mirar atrás. Sin duda, no tenía intención de regresar. De hecho, lo último que supimos de ella, fue que había encontrado refugio en Francia, donde sin duda había más lugar para soñar. Me gusta imaginarla a orillas del Sena, dibujando en su vieja libreta y luciendo aquella eterna sonrisa inquieta.

Nada indicaba sosiego, aún menos esa entrega apasionada y desgarrada de padre, pero tras un momento de reflexión, de espaldas, lejana al alcance de nuestras miradas, madre se volvió lentamente, cuando una tímida gota de dolor se deslizaba por su rostro. Aún puedo ver cómo se atravesaron sus ojos. Mi padre clamaba confianza y por su parte, madre se apresuró a buscar refugio entre sus brazos, no convencida, pero en parte, resignada, entregada a los deseos del ser que más amaba.

Retrocedí con sumo sigilo, deshaciendo el camino que me llevaba de nuevo a tratar de encontrar pensamientos alegres, allí, al cobijo de mis sueños, el único rincón donde reinaban la calma y el silencio.

Sin embargo, no logré conciliar el sueño, me sentía desazonada, angustiada ante mi lastimosa y evasiva actuación, vencida por la seguridad de haber sido partícipe de una situación relevante, cuyas claves sería incapaz de descifrar, al menos, antes de que fuera demasiado tarde.

Así pues, decidí entregarme con calma a lo que restaba del día, destacando un pensamiento algo más positivo, el único que había podido extraer de toda aquella charla. Si algo había sacado en conclusión, si una cosa era evidente, incluso ante mi tímida e inexperta mirada, eran los estrechos lazos que ataban los corazones de mis padres, de las personas más importantes de mi vida, y aquello debía ser indestructible, más fuerte que cualquier atronadora y acechante tormenta.

Transcurrieron dos horas, que decidí pasar recogiendo mis enseres, y acicalándome, como solía hacer, especialmente, el último día de la semana, aquel para el que reservábamos nuestros mejores trajes y calzados.

Al cabo de ese tiempo, decidí que había llegado el momento de reunirme con el resto de la familia.

Presté oído al alboroto que organizaban mis dos hermanos, jugando a indios y vaqueros, mientras madre trataba de apaciguarlos, sirviendo el chocolate caliente, con su inconfundible aroma y plácida ternura.

Aunque los revoltosos solo tuvieron a bien sentarse a la enérgica orden de padre, y lo hicieron al unísono, sin titubeos, con los ojos inmóviles, fijos en la

nada, sin apenas parpadear, petrificados.

—¡Sentaos de una maldita vez!, ¿acaso no escuchasteis a vuestra madre?, ¡que sea la última vez que me veo obligado a intervenir! Y ahora..., poneros derechos y desayunar como es debido. En media hora debemos estar en casa de los abuelos, y aún tenéis que asearos y sacar brillo a vuestras botas. ¡Así que, no se hable más! —Padre siempre tenía que poner orden en casa cuando estaban de por medio aquellos dos diablillos, pero jamás lograría sonar realmente amenazador, era demasiado bondadoso, incapaz de lucir la piel de lobo ante mis ojos. Fuera como fuese resultaba suficiente para apagar aquel despilfarro de jovial actividad, que derrochaban casi a diario aquellos pequeños.

—Isabel, acércate.

Padre se dirigió a mí a la vez que sostenía un suculento tazón de chocolate.

—¿Sí, padre?

—¿Has hecho tus tareas? —Preguntó sin ni siquiera mirarme, como aquel que conversa sobre el tiempo, movido por la simple y llana razón de romper el hielo.

—Por supuesto. —Respondí de forma tajante y seca, pretendiendo hacerle sentir lo absurdo de su pregunta. De sobra sabía que siempre estaba dispuesta a tiempo, ¿por qué sería aquella vez distinta?

—No esperaba menos. Ahora siéntate y no te demores, que se lo mucho que te gusta deleitarte empapando bien los picatostes.

Pude ver cómo se dibujaba una sonrisa en su rostro, mientras me miraba de reojo, sin emitir palabra.

—¡Cómo has crecido mi niña! —Dijo en tono nostálgico, a la vez que requería mi presencia a su lado, golpeando enérgicamente sus manos contra las rodillas.

¡Anhelaba tanto su cariño! Corrí hacía él como cuando era tan solo un bebé, sentada sobre sus piernas, ansiosa por recibir un beso o plácido arrullo.

—Has de saber que te quiero. —Dijo mientras me abrazaba entre sus fuertes y cálidos brazos—. Y ahora marcha, has de terminar de prepararte para el almuerzo. —Concluyó bruscamente, como si temiese pararse a pensar en el sentido de aquellas palabras, en el porqué de aprovechar precisamente aquel momento para decir todo aquello.

Recuerdo mi rostro perplejo, alejándome de su lado, con el ceño fruncido y la boca entreabierta, de nuevo sin poder advertir el sentido de todo aquello.

Si algo había aprendido a mi corta edad, era que la gente solo decía menesteres de ese calibre cuando se marchaba, o estaba a punto de hacerlo. ¿Acaso padre nos abandonaba? ¿Tan errada pude estar al no verlo, y al contrario juzgarlo amor verdadero? ¿Se había cansado de nuestras travesuras y momentos de desvelo? Miles de elucubraciones se abrieron paso ante mi desconcertada e inmadura mente, tan despierta y tan dormida al mismo tiempo. Apenas podía acertar a colocar el lazo en mi pelo, cuando madre pareció presentir mi callado sufrimiento. Mientras me hallaba enfrascada en aquel profundo y desgarrador delirio, pude sentir la seda de sus manos, retirando con dulzura las mías, corrigiendo hábilmente el estropicio que había causado.

—Tranquila mi tesoro, todo ha de concluir bien, no sufras, ¡eres tan lista!  
—Susurró protectora.

Lamenté que me tuviera en tan alta estima. Presentí que ella me consideraba partícipe, conocedora del mal que nos acechaba, cuando en realidad no era más que una cría insegura, incluso egoísta, pues solo ansiaba conservar, custodiar la inmensa felicidad que me dispensaba la entrega incondicional, la seguridad de una familia que yo adoraba.

—¡Corred, que no llegamos! —Gritó entonces padre, perdiendo la paciencia—. Y no olvidéis mantener la compostura y dirigiros en todo momento con el respeto debido, como se os ha enseñado. —Añadió en voz mucho más baja y comedida, como si él mismo dudara del contenido de esa su última afirmación, o al menos, de lo efectivas que resultaban a veces esas enseñanzas.

—¡Nooo! —Gritó Amador. Los abuelos nos atizan en la mano cuando empezamos a comer los primeros, y además, los tíos siempre hablan mal de padre, y eso no nos gusta.

—¡A callar he dicho!, mostrar un poco de respeto por los mayores, no quiero oír otra réplica.

Madre intervino con aquel inusual y tosco tono, mientras tomaba la mano de Amador, obligándole a caminar hacia la puerta.

# La traición

*La familia de madre era de clase acomodada, con el significado que esto podía conllevar en los tiempos que corrían. Lo cierto es que jamás carecieron de nada, y los domingos gustaban de vernos acudir a su casa, para agasajarnos con todo tipo de manjares, delicias que ni siquiera podríamos soñar, de no ser por ellos.*

*Pero, por desgracia, mi hermano tenía razón. Lo peor era ver como disfrutaban los hermanos de madre, Antonio y Manuel, haciendo sentir a padre incapaz de ofrecernos a diario tan siquiera la mitad del lujo y acomodo que allí tenían.*



Por fin llegamos, exhaustos, agotados, tratando de recuperar el aliento perdido, tomando grandes y desesperadas bocanadas de aire, inhalando torpemente el polvo del camino.

Como venía siendo habitual, a nuestra llegada se marchaban, de forma apresurada, dos hombres uniformados, ni siquiera tuvieron la deferencia de levantar la mirada hacia nosotros, mucho menos, proferir cualquier tipo de saludo o ademán de cortesía.

Indignada, solía imaginar que celebraban fiestas soterradas, misteriosas, prohibidas, a las que nunca nos invitaban. Hoy, sin duda conozco la realidad de aquellas turbias y ennegrecidas máscaras funestas.

Apenas nos habíamos situado en la puerta principal, dejando atrás aquellas desconocidas siluetas, cuando una criada abrió, de forma precipitada, como si esperase impaciente nuestra llegada, indicándonos con la mano, sin articular palabra, como si fuera pecado continuar dilatando nuestra llegada.

Todos estaban allí, reunidos, en la que debía ser una de las estancias más señoriales de la casa, o así lo indicaban aquellas dos inmensas escalinatas, que confluían en medio de aquel inmenso salón, al pie del increíble y olvidado piano.

Mis abuelos, que se encontraban sentados en dos grandes butacas, se incorporaron, con gran aire de dignidad y grandeza, aproximándose a nosotros, mostrando un gesto cordial al besarnos en la frente, como era habitual, nunca demasiado efusivo, nada que pudiera significar una manifestación inapropiada y efusiva de afecto.

Frío y comedido fue también el saludo que dedicaron a nuestros padres, correcto y puramente formal, como si acabasen de conocerse, como si el vínculo de sangre fuera obra del azar, o una mera e incómoda casualidad, que dotaba de un tono opaco, casi ceniciento, su brillante y posicionado estatus social.

Mis tíos estaban fumando en pipa. Siempre me hicieron gracia aquellos artilugios humeantes. Mi odio encontraba refugio al imaginarles cuál sátiros y dantescos bufones de feria. Estaban enfrascados en las que, sin duda, debían ser cuestiones de matices políticos, pues tardaron un periodo de tiempo largo y descortés en decidirse a abandonar su afanosa disputa, y girarse para honrarnos con su presencia. Aun habiéndose percatado hacía tiempo, de nuestra llegada, pues ni que decir tiene que Juan y Amador no eran precisamente silenciosos.

Así, cuando por fin fuimos merecedores de sus atenciones, se limitaron a pasar su mano por las cabezas de mis hermanos, sacudiéndoles el pelo, como si se tratase de un par de cachorros de perro, más que de sus propios sobrinos. Por mi parte, nada me salvó de recibir el acostumbrado y molesto apretón de carrillos, seguido de la endiablada y común expresión, obligada, sin duda, por mi condición femenina.

—¡Estás hecha toda una mujer! —Dijeron casi a la par.

«Y vosotros...» Pensé entre dientes.

Entonces, se dirigieron a madre, a la que besaron con brusquedad. Siempre he pensado que el dinero no concede las buenas maneras y la corrección en el proceder de las personas, y sin duda, aquellos especímenes

eran la incorrección personificada, pues, bien es cierto que lucían trajes y calzado sublime, pero este hecho no enmascaraba sus modales toscos e inapropiados.

Aquel día no había hecho más que comenzar, y así, al dirigirse, por último, a padre, lo hicieron de forma burlona y despectiva, sobrepasando los límites de la debida cortesía. Nunca olvidaré como mis abuelos se mantuvieron pasivos, sin gesticular ni mover un solo dedo por hacer recobrar la cordura y el orden en aquellos momentos tan sumamente tensos. Resultaba desalentadora, incluso provocadora, tanta indiferencia, parecía un cobarde acto de aprobación, y lo estaban haciendo sin ningún tipo de pudor o remordimiento, ante nuestras atónitas y enfurecidas miradas.

—¿Qué tal zapatero?, ¿Al final hubo congregación nocturna? Se dice, vamos, se rumorea en toda la comarca, que no es poca cosa, que os recogíais al alba.

Así comenzó la provocación de Antonio, sin titubeos, sin andarse por las ramas, como si no fuera preciso obtener respuesta. Él mismo se había encargado de confirmarlo, sin duda valiéndose de sus propias fuentes.

Sin embargo, la respuesta de padre no se hizo esperar. Debió pensar que, si reaccionaba mostrando una actitud firme y tajante, su cuñado desistiría en su clara intención por iniciar un torpe e inoportuno enfrentamiento.

—No fue ni la primera ni la última, ¿desde cuándo ha de pedir uno permiso para reunirse con amigos en su propia taberna?

—Perderás ese aire tan altivo cuando vengan.

En esta ocasión intervino Manuel, añadiendo más leña al fuego. Con aquella respuesta amenazadora, acompañada de una mueca de profunda satisfacción, en estrecha complicidad con su hermano.

—¿Te atreves a soliviantarme ante mi propia familia, aquella que también es la tuya?

Padre trató de advertirle, intentando hacer valer su carácter pacífico y conciliador, bajando el volumen de su voz, como si a partir de ese instante lo que parlamentaban debiera quedar lejos de poder ser captado por nuestros atónitos oídos.

Aún puedo recordar la risita perversa y atronadora, que desencajó por completó la mandíbula de Manuel, como si todo aquello le reportará un momento de puro e indescriptible placer.

Para entonces, mi abuela había decidido disimular su actitud consentidora, sentándose a mi lado, en una fingida postura cariñosa, que ya



de por sí, por lo inusual, resultaba inmensamente agobiante y perturbadora. No paraba de mesarme el pelo, destacando lo voluminoso y sedoso de mi cabello. Por un instante casi resultó agradable sentir el suave hormigueo que despertaba en mi nuca; hasta que llena de ira, pude ver el lazo rojo, que llevaba en mi pelo, caer sobre la alfombra, a mis pies. Entonces, con la vaga esperanza de estar equivocada, me lleve la mano a la cabeza y di un pequeño tirón, viendo ante mis ojos aquel otro lazo, azul celeste. Comprendí entonces que había vuelto a hacerlo. Aprovechando la ocasión y de forma embaucadora, había repetido aquel extraño e inexplicable ritual, como cada domingo. ¿Acaso lo hacía por fastidiarme? Sabía que detestaba ese color, no iba con mis facciones, mucho menos con el color de mi vestido, y sin embargo, ella insistía en obligarme a lucirlo en todo momento. De una forma u otra siempre me obligaba a marchar con él colocado en el pelo o envuelto a modo de agasajo. Enfurecida me zafé de su lado, buscando refugio junto a madre, pero la hallé ensimismada, absorta en sus pensamientos. Solo entonces comprendí que mi estúpido enfado me había desviado de la auténtica ofensa, y con mi torpeza había descuidado a padre. Lo creí imperdonable, y me apresuré a buscarle. Pero antes de poder alcanzarle, padre me frenó en seco. Con un enérgico gesto puso fin a mis precipitadas y efusivas zancadas, dejando su brazo quieto y firme en dirección a mi persona, sin tan siquiera mirarme un segundo. Sus ojos estaban clavados en mis tíos, les observaba orgulloso y confiado, como si esperase una pronta disculpa, que jamás llegaría.

Cuando no vio reparada la ofensa, su rostro fue dibujando un firme y enfurecido gesto de desaprobación, de repulsa, cada vez con menor disimulo, hasta que dejó aflorar por completo sus sentimientos, la tensión acumulada en ese y otros tantos momentos de avasallamiento. De pronto, se rompió el corto espacio que nos separaba, padre me tomó del brazo y tiró de mí, como si la casa estuviese en llamas y no pudiéramos perder un instante en abandonarla. Recuerdo sentir flotar mi cuerpo, ser arrastrada vertiginosamente, incapaz de controlar la dirección que tomaban mis pasos. Entonces, escuche el tono solemne que empleaba padre cuando la seriedad del asunto lo requería, generalmente en circunstancias de extrema gravedad, aquellas que no albergaban solución alguna, al menos a corto plazo.

—¡Mujer, coge a los niños, nos marchamos, no quiero permanecer aquí un minuto más!

Madre no titubeó un momento, o eso me pareció, ya que padre y yo

habíamos comenzado el descenso de los peldaños que precedían la entrada, y nada se escuchó tras sus últimas y tajantes palabras.

Sin embargo, cuando los cinco habíamos enfilado el camino de regreso a casa, a modo de cabizbaja y negra procesión, una sofocada y desafiante voz detuvo aquella perturbadora marcha vacía de palabras.

—¡Serás el próximo, traidor, has firmado tu sentencia de muerte!

Mi tío gritaba furioso, mientras deslizaba su mano por el cuello, como si de un cuchillo se tratara. Una y otra vez, mientras vociferaba todo tipo de ofensas e improperios.

Todos nos habíamos girado para mirarle, pero entonces ninguno comprendía el verdadero significado de todo aquel disparate. Cierto es que no le teníamos en gran estima, pero aquellos gritos y desmedidas expresiones nos dejaron boquiabiertos, incapaces de reaccionar. Tanto fue así que mantuvimos los ojos fijos en él durante un largo rato.

Pensé que tarde o temprano una sensata explicación llegaría de la mano de mis padres. Aunque no tardaría en descubrir que jamás ocurriría, ya que anduvimos el resto del sendero pedregoso y húmedo, sin más diálogo que el suave trinar de los pájaros y el intrigante e incesante rugir del viento, entre los elegantes y lagrimeantes sauces. Los tres caminábamos detrás, expectantes e inquietos. La postura de mis hermanos dejaba entrever, incluso cierto matiz de temor, miedo ante la remota posibilidad de haber tenido algo que ver en todo aquello.

Al llegar a casa, madre nos advirtió que debíamos permanecer jugando, mientras ellos discernían asuntos de mayores. Y sin darnos más indicaciones desapareció con padre, cerrando tras de sí la puerta de su cuarto.

Me sentí indignada, casi ofendida ante tanta contrariedad e indiferencia. Me creí merecedora de una justificación a todo lo acontecido. Siempre he pensado que el pequeño cuerpo de un niño puede albergar sentimientos y dudas de un ser adulto, o al menos así lo sientes cuando tu aspecto físico no hace respetable la altura de tus profundos desvelos.

Por su parte, los dos pequeños, pasado el susto inicial, no se sintieron mínimamente contrariados, sino más bien profundamente aliviados, ante la feliz expectativa de haber sido liberados de su obligada visita semanal a los abuelos. Su único desaliento oscilaba ya en las fronteras que le habían puesto a su reino, pues la casa era pequeña para dar rienda suelta a sus aventuras y entuertos. Nada más allá de un humilde comedor, enmarcado por un bello ventanal, hermoso porque nos regalaba cada día un inmenso horizonte de

luzes y colores, por los que nada debíamos pagar. En el centro no más que una mesa acompañada de cinco sillas, eso sí, con pilares de roble, firmes como los que allí trabajaban, charlaban y almorzaban. Pero lo mejor era, sin duda, el cálido fuego que desprendía en invierno nuestra amada chimenea, llenando de calidez nuestros sueños, y convirtiendo en hogar lo que para otros no era más que un pequeño y destartalado chamizo. Así pues, el resto de las dependencias carecían de interés, solo albergaban lo necesario para cumplir su función, ningún adorno ni comodidad habitaban entre sus frías y empedradas paredes. Juan y Amador acostumbraban por ello a dar rienda suelta a su imaginación fuera, en la colorida y rebosante pradera, allí existía todo lo que anhelaban. Tenían su castillo y sus tesoros, nada les faltaba, podían navegar e incluso volar, no existían fronteras para sus descabelladas ilusiones.

## Pacto de sangre

*—¡Amador, iza la bandera pirata, y prepara los cañones, avisto movimiento entre aquellos matorrales, bien podría ser el enemigo que nos acecha! —Gritaba Juan con voz potente y aguda, como si tratara de parecer mayor de lo que era.*

*Me había aventurado por el sendero que conducía hasta el claro donde solían jugar, cuando escuché las voces que daba Juan. Sonaba pletórico y enérgico, y aquello no hizo más que acrecentar mis miedos, pensando en la ardua tarea que podía conllevar tratar de entretenerlos.*



*—¡A la orden capitán, creo que se trata de un monstruo marino! seguro que ha venido siguiendo nuestro barco desde los lejanos mares del Sur. —Respondió Amador, siendo fiel a las instrucciones que le daba su hermano.*

*Según me aproximaba pude percatarme de las respuestas que Amador lanzaba a los cuatro vientos, también exultante de entusiasmo y recobradas fuerzas.*

*—¡No dudes grumete, dispara toda la artillería!, debemos impedir que aborde nuestra goleta, estaríamos perdidos. —Siguió ordenando Juan a su obediente y dócil discípulo.*

*—¿Goleta? ¿Qué es eso capitán?*

*—¡Nada grumete, cumple la orden de inmediato!*

*—¿Puedo ser otro pirata? —Pregunté entusiasmada, dejándome llevar por la magia que les embargaba. Lo cierto es que necesitaba volver a seguir siendo una niña, ansiaba dejar de darle vueltas a todo aquello, que se*

escapaba entre mis manos. Todo cuanto se esfumaba como el viento, sin que pudiera atraparlo. Formar parte de sus fantasiosos enredos siempre fue peligroso, pero en esta ocasión estaba dispuesta a correr el riesgo que fuera preciso, todo con tal de no atormentarme durante más tiempo.

—Claro Isabel, en realidad ya contábamos contigo. —Contestó Juan, con un tono excesivamente meloso, que no me dejó indiferente. A partir de ese momento me conduciría de forma mucho más prudente y desconfiada.

Sin embargo, por una vez, quise dejar de mostrarme como la aburrida y fastidiosa hermanita mayor.

—Gracias, ¿puedo ser el capitán de otro barco pirata?, mirad, he traído mi propia bandera, ¿Qué os parece?, si queréis la pongo....

No había concluido mi discurso cuando escuché un grito ensordecedor, completamente inesperado.

—¡Ahora, el monstruo está a tiro! —Gritó Juan, mientras me señalaba con la mano.

—¿Dónde?, ¿Dónde? —Dijimos estremecidos Amador y yo.

—Allí, ¿no lo ves zoquete?, devorando la bandera de aquel otro barco. —Contestó Juan, a la vez que miraba hacia su inocente cómplice, guiñando descaradamente un ojo.

Entonces me volví confusa hacia aquel manipulado e inexperto piratilla de ocho al cuarto.

—¡No te atrevas! —Le dije en un susurro, que más que amenazador sonó cargado de renovado desánimo.

Pero aquello no vino seguido de una pausa, duda, ni tan siquiera de un silencio. Sin más contemplaciones, vi alzarse la mano de aquel renacuajo. Sabía que portaba algo en su interior, pero no tenía tiempo de quedarme para descubrir de qué se trataba. Mi integridad física era mucho más importante en aquellos tensos momentos. Opté por cubrir mi rostro, esperando lo peor, ¿sería barro, piedras, o tal vez las horribles ortigas de la última vez? Lo cierto es que había perdido la fe en aquellos dos hacía ya bastante tiempo.

Entonces sentí que algo se deslizaba por mi cuerpo. Pude percibir un suave cosquilleo, pero nada capaz de despertar dolor ni miedo.

—¡Flores! —Exclamé sorprendida y aún compungida.

Jamás olvidaré lo insólito de tan grato desenlace. Decenas de pétalos, ya mustios, llenaban de color mi pelo, mientras corrían lágrimas por mis temerosas mejillas, a la vez que extendía mis rendidos brazos, postrados en forma de cruz, a modo de agradecimiento.

Aquel era el peor día para una nueva derrota, aunque ellos no tenían por qué saberlo.

—¡Así que el monstruo! —Exclamé algo más calmada, pero sin abandonar mi clara intención de reproche.

—¡No te hemos hecho daño!, ¿por qué te pones así?, ¡ya sé, tu tampoco nos quieres!

La respuesta de Juan dejó entrever un claro sentimiento de tristeza y abandono.

Había estado tan sumergida en mi propio mundo, que había sido incapaz de percatarme de lo que estaba ocurriendo.

Aquellos dos pequeños también sentían miedo. Al fin y al cabo, nos separaban escasos años. Un abismo nos aguardaba y yo les había abandonado.

—¿Por qué dices eso? —Sin duda pronuncié una pregunta que en realidad no pretendía obtener respuesta.

—¡Nada, tonta!

Juan escondió su rostro tras pronunciar esa dolida y tímida ofensa.

—¡Nada tonta! —Le siguió Amador, con un gesto que trataba de emular a su gran capitán.

Juan era un pequeño y orgulloso caballero, nada dispuesto a mostrar su debilidad. Resultaba más viril para cualquier pirata hacer uso de su colérica y demoledora rabia.

Me percaté de la necesidad que tenían. Resultaba palpable su falta de comprensión y afecto. La gran marejada de problemas y sucesos, incomprensibles para su edad, les habían relegado al olvido, no porque sus cuerpos no encontraran el mismo cuidado, sino porque sus corazones estaban privados de toda clase de atenciones y mimos.

Decidí ganarme su confianza siguiéndoles el juego.

Esperando que no fuera demasiado tarde.

—¡Señor capitán, este monstruo se entregará si contesta su pregunta!  
—Grité con voz ronca, dejándoles perplejos.

Recuerdo que los dos se miraron, atónitos ante mi improvisada y teatral reacción, y como al instante sonrieron y afirmaron con la cabeza, juntos en perfecta sincronía.

Entonces me guiaron hasta el pie de un sauce, de porte elegante y señorial. Recuerdo que sus hojas caían como lágrimas agitadas por el suave viento, y al flanquearlas me sentí envuelta por un halo de misterio, como si

hubiéramos atravesado a un mundo secreto y acogedor, un emblemático lugar capaz de alejar el peor de nuestros miedos. Junto a su viejo y majestuoso tronco había dispuestas tres rocas pesadas, ennegrecidas y cubiertas de un manto de musgo. Pensé que resultaba el escenario perfecto para enmarcar nuestras confesiones y futuros encuentros, y me pareció imposible poder creer que la naturaleza hubiera alcanzado a crear con semejante acierto. Pero aquel no era un esfuerzo que aquellos pequeños hubieran podido hacer, al menos no con el solo uso de sus finos y débiles brazos.

Nos sentamos sobre aquellos barriles de ron, o al menos eso era para aquellos terribles piratas. Los restos de un naufragio que ahora les servían como asientos en su secreta guarida.

—Padre y madre siempre están discutiendo. Les escuchamos cuando nos creen dormidos, y sabemos que es por nuestra culpa, porque no sabemos hacer las cosas como nos dicen, y además armamos mucha bulla. ¿Qué pasará si nos abandonan?, ¿quién cuidará de nosotros? —Dijo Juan con un sentido gimoteo, convencido de poder encontrar cierto grado de consuelo en mi respuesta.

—No sé lo que está ocurriendo. Ojalá pudiera contaros la verdad, pero lo cierto es que solo veo lo mismo que vosotros. Lo que sí puedo prometer es que os quieren, me lo dicen cada noche cuando besan mi frente. Siempre se despiden diciendo que los tres somos el mayor tesoro que poseen. Ayer por la noche fue la última vez que lo escuché, y ya sabéis que los padres nunca mienten.

Con aquellas firmes y piadosas bondades, traté de transmitirles incluso más seguridad de la que yo misma poseía.

Estaba segura de su amor hacia nosotros, pero dudaba si en esos extraños momentos podríamos habernos convertido en una pesada carga para ellos.

Padre nos había enseñado a soñar, nos había infundido la magia y la fantasía, el poder de perseguir todo lo que nuestra imaginación fuera capaz de forjar. A pesar de mi suspicacia y precoz picardía, él siempre me hizo creer en aquel mundo de ilusión que brillaba en la palpable lejanía. Por eso, en aquellos momentos de cruda y fría realidad, nos sentimos perdidos, incapaces de afrontar cualquier tipo de tristeza cercana, acechante en nuestras pequeñas y terrenales vidas.

—Os aseguro una cosa, vigilaré día y noche, estaré de guardia como genial almirante que soy, y ante la más mínima sospecha de peligro, daré la voz de alarma.

Con aquellas palabras no traté de continuar calmándoles, más bien buscaba mi propio consuelo, pues la idea de tener que tranquilizarles diariamente, en esos momentos me pareció una ardua tarea de hermana mayor. Puede que de algún modo mi aparente confianza les tranquilizase, hasta el punto de que solo se preocuparan por sus juegos y cotidianas andanzas.

—Pero imagina que, aun así, algo malo sucediera, ¿nos cuidarías?  
—Insistió Juan con desconfianza.

—Sin duda Juan, os embarcaría en mi gran velero y juntos surcaríamos los mares en busca de tesoros y recónditos lugares.

Vociferé aquella especie de mentira piadosa, emulando al más intrépido villano, con voz ronca y convincente; pensando que, de aquel modo, entre empujones y masculinas maneras, podría aparentar ser aquel ser fuerte y protector, que ellos anhelaban en sus aterrados y frágiles corazones.

—Entonces, de acuerdo, sellemos el pacto como padre cuenta que hacían los nobles señores. —Solicitó Juan, a la vez que alzaba el brazo en señal de arraigada valentía.

—¿Con un apretón de manos? —Pregunté algo apesadumbrada, sabiéndome ajena a los entresijos que ocultan las historias de camaradería entre padres e hijos.

—¡Ya quisieras!, ha de ser con sangre. —Soltó Juan, mientras se ponía derecho y sacaba pecho.

Al cabo de unos instantes, Juan sonó mucho menos seguro de sí mismo, su voz temblaba, mientras acariciaba la palma de su mano, como si tratara de encontrar un espacio recóndito, inquebrantable al dolor.

—Pero, pero, yo no quiero, soy pequeño, esto..., duele, tarda en curar, pica.

Amador no paraba de balbucear palabras sueltas, sin ningún sentido. Ahora parecía el nativo de una tribu recóndita y perdida, y desde luego, había perdido su graciosa y pueril gallardía.

—No sufras, calma, existen otras maneras de asegurar una promesa. —Afirmé en tono esperanzado y repleto de una evidente y translúcida súplica.

—¡De eso nada, el que no tenga agallas quedará fuera del círculo de hermanos! —Exclamó de nuevo Juan, de forma dura e inflexible.

No sé cómo lo sentí así, lo cierto es que era demasiado crío, pero inmediatamente supe que era importante para él, que sus temores iban más allá de un simple desvelo, que precisaba de aquel sacrificio, aquella especial



unión entre caballeros.

Así pues, tomé aire y al instante dejé caer los hombros, sin pensarlo, en señal de entrega y rendición ante su reclamo.

Con una única condición, el indulto de Amador, que aún hacía requiebros y guiños espasmódicos de miedo. Él podría hacerlo de otro modo.

Pero entonces...ocurrió algo insólito.

—¡No hace falta, no soy ningún bebé! —Interrumpió Amador, sin que Juan pudiese concluir sus razones.

—¿Estás seguro, pulga?, ¡qué luego lloras y vas con el cuento a madre!  
—Increpé con matices de provocación, que pretendían dejar entrever mi gran sorpresa y admiración hacía el pequeño gran almirante.

—¡Mira, que yo te iba a dejar! —Dijo Juan, mostrando un leve resquicio de compasión hacia su tembloroso hermano.

—¡Pues ya veis que no hace falta, y vamos ya, que se echa la noche encima, marineros de agua dulce! —Exigió el crecido Amador, que, sin dejar de rechinar los dientes, no pudo por más que enternecernos.

Juan me miró con complicidad y ambos le seguimos sin dudarlo.

—Esta servirá. —Asintió Amador, mientras sostenía entre sus torpes manitas una piedra, cuyos afilados salientes recordaban a la dentada del más afilado cuchillo. Lo cierto es que parecía hecha a conciencia, como si alguien la hubiera puesto allí, conociendo nuestro ritual propósito.

—Tú primero Juan. —Dijo orientando hacia este la herramienta que había elegido.

—Será mejor que primero os ayude, no vaya a ser que os echéis atrás después de todo. —Contestó Juan, declinando aquel ofrecimiento.

—A mí me da igual el orden, la verdad, pero que sea rápido —Contesté extendiendo mi mano en señal de ofrenda.

Finalmente, Juan deslizó bruscamente la hoja de la improvisada cuchilla, mientras yo desviaba la mirada, presa de un miedo sobrecogedor, a la vez que me mordía el labio inferior, sin dejar de murmurar una pequeña oración.

Cuando por fin entreabrí los ojos, vi mi mano ensangrentada y el gesto enmudecido de mi hermano, sabiéndose artífice de tal desastre. En realidad, no pensaba crear una herida de tales dimensiones, más bien debió ser el resultado de un pulso inseguro y exageradamente acelerado.

Enseguida fui objeto de sus más afligidas disculpas, y aunque aún enmudecida por la impresión, le ofrecí mi perdón con un tembloroso guiño.

Lo cierto es que tras lavar la herida resultó tener menos importancia de la

que aparentaba, pero a pesar de ello, era imposible convencer al pequeño Amador de la destreza de su hermano, en ningún caso estaba dispuesto a ponerse en las manos de tan inexperto cirujano.

Así fue como de forma cauta y comedida concluí la necesidad de poner fin a todo aquello. Entonces, con adquiridos e inesperados arrestos, hice que ambos extendieran sus engarrotados puños, y sin vacilar pasé la piedra de una mano a otra, en un movimiento rápido, a la vez que firme, sin apenas dejarles pestañear, y mucho menos implorar o hacer la más mínima súplica.

Recuerdo como fueron recuperando su entrecortada respiración. Sorprendidos y gratamente aliviados, se lanzaron hacia mí, para entrelazar las manos. Así, una vez formalizado el pacto, los tres nos fundimos en un cálido y acogedor abrazo entre hermanos; sintiéndonos protegidos, fieles dueños de una promesa de honor, sellada ni más ni menos que con aquel vínculo escarlata, dolor, e incluso alguna tímida y furtiva lágrima.

Tanto nos aislamos del mundo real, que perdimos por completo la noción del tiempo, debíamos estar ayudando a madre con los preparativos de la cena, tal y como acordamos. Pero ahora, sin duda, nuestra injustificada e incorrecta demora, no haría más que acrecentar el oscuro ambiente que reinaba en casa.

Juntos decidimos regresar paseando, de nada servía ya retornar por esos caminos angostos y desolados a zancadas, lo haríamos tranquilos, ajenos a lo que la noche o el día siguiente nos deparaba.

De aquel día conservo la paz que dibujó aquella unión por siempre en mi pecho, y una pequeña grieta en mi memoria de aquella sentida promesa. Todavía hoy me consuela mirarla y surcar su tierna y débil profundidad, aun cuando a menudo, guiada por mi triste y presente existencia, dudo que pueda perdurar aún, y adivino en realidad arrugas y estrías marcadas por el gélido paso del tiempo.

## Noche de sombras

*Habíamos imaginado una noche repleta de riñas y castigos, prácticamente no albergábamos esperanza alguna, aquella sería la torre carcelera y nosotros sus atormentados prisioneros, ansiosos por respirar pequeñas briznas de libertad, a través de aquellos ventanales, cada vez más estrechos.*

*Puede que esos pensamientos fueran el principal motivo de nuestra sorpresa, al comprobar que la noche, a pesar de nuestra desobediencia, se presentaba tranquila, acompañada de una brisa fresca y plácida. Un inesperado e inmenso mar en calma, interrumpido únicamente por los ruidos que provenían de la cocina, los propios de andar trasteando entre cacharros y fogones.*



Entonces madre nos llamó a su lado, con una voz tan sumamente tranquila, que no parecía guardar ningún tipo de rencor, más bien anunciaba un claro propósito de perdón.

Casi podía sentir como me acunaba en un plácido y profundo abrazo.

Contrario a nuestro común modo de proceder, acudimos corriendo a su reclamo, los tres, sin dudarlo un instante, como si agradeciésemos de antemano haber sido dispensados por nuestro incorrecto comportamiento, dibujando a la vez una sonrisa en la boca, como el cachorro que espera una palmadita o caricia en el lomo.

Nos detuvimos frente a ella, con un frenazo brusco, como si hubiéramos

librado una carrera, con postura de sumisión, pero a la vez, deseosos de obtener nuestra soñada recompensa. Hubiera bastado un beso, un guiño e incluso una pequeña mueca. Tan leves expectativas hicieron aún más insoportable la ardua desilusión que estaba por llegar. Aquel sueño culminó de forma súbita y seca; madre se limitó a ordenarnos sentar a la mesa, sin ni siquiera requerir nuestra ayuda, como si pretendiera poner fin cuanto antes a ese fatídico día.

Ya en la mesa todo transcurrió con total normalidad, aunque con un funesto y tétrico ambiente. Nadie osó levantar la cabeza de su plato y aún menos proferir ningún tipo de comentario o queja. Juan y Amador fueron los angelitos que nunca antes había contemplado.

Al cabo de escasos minutos habíamos concluido aquella agónica reunión, en compañía del más incómodo y sofocante silencio. Fue de las pocas veces que nos levantamos al unísono, emitiendo una leve y cordial despedida hasta el día siguiente, ajenos a lo crucial de aquel momento, sin saber que debíamos aspirar cada aroma y gesto de aquellos últimos instantes juntos.

Me arropé sola, nadie atravesó mi puerta, como era costumbre, para darme el último beso y desearme felices sueños. El hastío había paralizado nuestros mejores sentimientos y relegado nuestras almas a las terroríficas pesadillas, que aún estaban por llegar.

Debí dormirme acurrucada en un tímido y agotado lamento, vencida por el cansancio de aquel tempestuoso día. La fatiga superó mi ansia de saber, de indagar o fabricar mayores conjeturas a toda aquella locura.

Pero mi descanso debió durar apenas unos instantes.

Tres golpes secos, seguidos y escalofriantes, me sobresaltaron en mitad de la noche. Enseguida comprendí que aquello era distinto, nada tenía que ver con los pequeños desvelos nocturnos; su violencia y brusquedad marcaba una clara y temible diferencia. Lo que había al otro lado de la puerta sonaba como el propio mal encarnado, no estaba dispuesto a marcharse, al menos, sin llevarse lo que había venido a buscar.

Sentí la necesidad de agazaparme, de hallar refugio entre las sábanas, y así las dispuse, a modo de escondite improvisado, ocultando mi cobarde postura, en posición fetal, como un bebé, que aún no alcanzase a vislumbrar las tinieblas de esta vida, flotando en las oscuras y seguras entrañas de su madre.

Me dolía el pecho, imagino que debido a la fuerte presión que ejercí al

presionar mis rodillas contra este, como si creyera factible la posibilidad de llegar a desaparecer, tornándome invisible a los ojos de todo aquel infierno.

Los gritos sonaban incesantes, atronadores y confusos, mientras yo continuaba inmersa en mi propio pánico, empeñada en ensordecer por completo mis oídos, apretando con fiereza y desesperación mis manos contra estos, pensando que de esa forma absurda todo aquel insoportable caos se detendría.

Mi cuerpo temblaba sin control posible, como si de convulsiones se tratara, ni siquiera era capaz de mantener aquella posición durante mucho más tiempo, estaba aterrorizada y dolorida.

Por fin, en medio de toda aquella atrocidad, logré comprender que nadie acudiría en mi ayuda, todos los seres que amaba, los únicos que podían socorrerme, se encontraban sumergidos en aquel mar de gritos y sollozos que yo ignoraba.

Entonces, aún presa de aquellos músculos engarrotados, sin pensar, sin sopesar ni un segundo más todo aquello, empujé la colcha con mis enrojecidas manos, respiré a fondo, y me armé de valor, mientras comenzaba a ser parte real de todo aquel tormento. Así pude distinguir la voz rota de madre, los llantos inconsolables de mis hermanos y la increpante y dura voz de al menos dos personas desconocidas.

Era consciente de que pensar me paralizaría de nuevo, por eso decidí dejarme invadir por aquella repentina e insensata fuerza que se habría pasado a través de mí, conectora del mal que acechaba a las personas que eran mi razón de ser, mi vida. Me incorporé torpemente, aún entumecida e incapaz de parar el frenético baile de mis piernas. Arrastré mis pies descalzos e inertes, esforzándome por tratar de no hacer ruido, pretendiendo valerme del factor sorpresa, creyendo que mi presencia podría sofocar aquel padecimiento, ajena a las verdaderas dimensiones de mi fuerza. Me deslicé lentamente por la escalera que conducía hasta el piso inferior, apoyándome en la pared, sintiendo retornar poco a poco la energía, y armándome del coraje que despertaba en mí la angustia de lo que estaba escuchando.

Cuando apenas quedaban unos peldaños para llegar junto a ellos, pude ver la silueta de padre, estaba junto a la puerta, y dos hombres de estampa rígida le sostenían de los brazos. Apenas se podía ver con claridad, solo la tímida y zozobranza luz de un quinqué dibujaba aquella dantesca escena entre sombras. Tardé en darme cuenta, incluso llegué a parpadear varias veces, buscando mayor certeza en mi turbia mirada, pero finalmente confirmé que

sin duda era ella, madre se encontraba postrada a los pies de padre, rodeando sus piernas con sus delicados brazos, sollozando y suplicando que le dejaran ir, implorando por la vida de su esposo, pidiendo clemencia para un hombre inocente, humilde y bueno.

Aquellas extrañas voces retumbaban coléricas en la noche, cada vez más enfurecidas ante la resistencia de madre, que había recibido más de un empujón, para tratar de hacerle claudicar. Sin embargo, se mantuvo firme, aferrándose a padre con todas sus fuerzas, como si en ello le fuera la propia vida, de hecho, con el tiempo comprendí que sin duda ella lo sabía, si le dejaba ir no volvería a verle, con él se marcharían su corazón, su fe y sus esperanzas.

Sorprendida detuve la vista en padre, absorta ante su templanza, ante su extraño sometimiento, su rendición y entrega, sin la mínima muestra de resistencia. Se mantenía sereno y orgulloso, sin mayor pena en sus ojos que la de ver rendido a sus pies al ser amado, y con el claro tormento que le ocasionaba nuestro padecimiento. Recuerdo que solo se inclinaba levemente hacia madre para calmarla, tratando de convencerla de que se levantara, de que aquello no era más que una desafortunada confusión, que se aclararía en el cuartelillo, y le dejarían retornar en cuanto se percataran de ello. En ningún momento ofreció ningún tipo de oposición ni sus labios pronunciaron la más mínima súplica o queja, solo trataba de marchar cuanto antes, mientras nos miraba fingiendo una desencajada sonrisa con la mirada.

—No pasa nada, no pasa nada. Estaré de vuelta enseguida. —Repetía una y otra vez.

—¡Jamás te dejarán volver con nosotros, no escucharán nada, no les importa lo que tengas que decir!

Madre continuaba oponiendo resistencia, con una fuerza sobrehumana, que nada tenía que ver con su porte esbelto y delicado.

Juan y Amador lloraban a mi lado, buscando refugio, pensando de nuevo que su hermana sería su roble protector, ajenos a la cruda realidad. Tenía tanto miedo como ellos y el ímpetu inicial con el que acudí en su ayuda no se tradujo más que en un llanto solidario. Me sentía cobarde e insegura, pero solo pude abrazarlos para sumarme a su angustia ante lo que estábamos viviendo.

La impaciencia de aquellos dos furtivos ladrones se hizo evidente, el más alto dijo que no podían esperar más, y entonces el otro, el que más gritaba y porfiaba, levantó el brazo. Un frío silencio recorrió la estancia, incluso los

pequeños cesaron repentinamente su llanto, permanecían con la boca abierta y los ojos completamente desenchajados.

—¡Noooo! —Grité, sin saber muy bien de dónde provenía mi angustiada y cautiva voz.

Solo entonces padre reaccionó, de un tirón inesperado se zafó de uno de ellos, deteniendo en el aire el puño que se cernía ya sobre la cabeza de madre.

Durante unos segundos todo pareció perdido, ya que el gesto de padre vino a terminar con la escasa virtud de aquellos dos crueles espectros.

Pero entonces apareció una silueta tras ellos, asomó por la puerta como una exhalación, a modo de caballero salvador, haciendo gala de su gran porte y gallardía. Había retirado la mirada temiendo lo peor, atrayendo hacia mí el rostro humedecido de mis hermanos, tratando de evitarles lo grotesco de aquella escena. Pero él había llegado a tiempo, alertado por los vecinos el abuelo no dudó en acudir a nuestro lado, y como era costumbre, no podía ser más oportuno.

Se anunció con voz solemne, con las manos en alto, tratando de calmar a los que ya no se andaban con miramientos para llevarse por la fuerza al que era su hijo. Tiraban de él sin contemplación alguna, como si de una bestia se tratara, arrastrando consigo a madre, que se mantenía agarrada, sin que nada le importara, solo mantenerle a su lado.

No logré ver la expresión de mi abuelo, pero sin duda entonces ya lloraba. Solo sé que se agachó junto a madre, mientras está mantenía un constante gesto de negación con la cabeza, tomó su rostro entre sus manos y susurró algo a su oído. Jamás sabré que le dijo, mi abuelo se llevó ese secreto consigo, solo sé que ella nos miró con ternura durante unos segundos, para después asentir mientras miraba a su suegro. Entonces se incorporó con dificultad, con las piernas doloridas y magulladas, levantó la mirada, y abrazó a padre con fuerza, como si anhelase fundirse con él, y de esa forma poder hacer juntos ese largo viaje. Padre la sostuvo entre sus brazos, con tanta entrega que los pies de madre levantaron un palmo del suelo.

—Te amo mi vida, siempre te estaré esperando, pase lo que pase. No sufras mi bien, yo cuidaré de ellos. —Dijo madre, mientras se retiraba un mechón de pelo que le tapaba la cara

—Volveré mi amor, te veré en mis sueños. Os quiero. —Contestó él, con aquella mirada triste y vidriosa.

Aquellos dos monstruos sin entrañas casi habían conseguido sacar a padre por la puerta de casa, cuando, a duras penas, alcanzaban a terminar de

pronunciar aquellas conmovedoras palabras.

Me precipité hacia la salida, con la intención de verle marchar, esperanzada, confiada en que hasta el último momento algún milagro se materializara y pusiera fin a tan descabellada y páfida injusticia.

Amador me siguió de cerca, y en la puerta, mientras la figura de padre se desdibujaba en el horizonte, pudimos ver como se giraba y nos lanzaba un beso. Nos dimos la mano, mientras cruzábamos una mirada de complicidad, convencidos de lo especial de aquel momento. Aquel beso se grabó a fuego en nuestras mejillas y en el fondo de nuestros corazones, nos hacía sentirle más cerca, más vivo, y sería así por mucho tiempo, hasta que un día el llanto de Juan nos hizo percatarnos de que él no estuvo a nuestro lado, se mantuvo dentro de casa, aún compungido y preso del pánico. Jamás recibió aquel beso, nunca albergó esa calidez en su pecho, por el contrario, se culpaba duramente, se detestaba creyéndose ruin y cobarde. Por eso acordamos no volver a mencionar aquello, aunque yo lo revivo cada noche en mis sueños.

Fueron tantas las cosas que no entendí, los reproches que me hice y los errores que cometí, que aquella herida permanece abierta en mí, sé que jamás podrá cicatrizar, y a veces deseo que permanezca así, pues de esa forma no podré olvidarle, cerraré los ojos y él seguirá allí, mirándome.

Mi mayor error aquella noche fue reprochar a mi abuelo su aparente indiferencia, su forma de entregar al propio demonio al que era su hijo. Recuerdo que a partir de aquella noche dejé de apoyarme en su firme hombro, marqué una cruel distancia entre nosotros, una brecha que nunca cerré, y aunque a los pocos años se marchó, mi corazón infranqueable le negaría el perdón. Con el tiempo, cuando pude entender su modo de proceder, la forma en que salvó a madre, aún a costa de perder el último beso de su hijo, el último aliento de este, enjugando sus lágrimas mientras le daba la espalda al ser que más adoraba, recuperé, aunque tarde, a mi héroe, a mi caballero de reluciente armadura, y entonces lloré, derramé todas las lágrimas que en su día le negué, y lancé al cielo todos los besos cautivos, que siempre fueron para él.



# Triste amanecer

*16 de marzo de 1939*

*A la mañana siguiente era incapaz de abrir los ojos, mis pestañas se empeñaban en no separarse, y la escasa luz, que traspasaba mis párpados, incidía en mí como fuego candente y penetrante. Ni siquiera alcanzaba a descubrir donde me encontraba, en qué lugar de la casa había terminado aquella trágica noche. Poco a poco logré centrar la mirada, desorientada y dolorida, como si una pesada carga hubiera caído sobre mi cuerpo. No tardé en reconocer la cama de mis padres, y a la vez percatarme de que no era la única que descansaba en ella, también se encontraban Juan y Amador, profundamente dormidos; Juan tenía la boca entreabierta y sus piernas sobresalían de la cama, casi hasta la altura de las rodillas, mientras Amador respiraba fatigado, emitiendo un leve pero molesto ronquido. Lo cierto es que la postura de ambos era de lo más incómoda; pensé que sin duda debían estar agotados.*



Decidí no perturbar el sueño de mis hermanos, y concentré mis escasas fuerzas en descubrir el paradero de madre. Así me conduje hasta el piso inferior, alertada por la ausencia de su voz, sin duda resultaba desalentador

no escucharla, aún más teniendo en cuenta el horror de lo vivido.

Encontré a mi abuela sentada en la mesa, bordando a la vez que movía la cabeza en señal de negación, murmurando algo que no alcancé a comprender. No tardó en percatarse de mi presencia, y al instante dejó caer la tela que mantenía entre sus manos, abalanzándose hacia mí, para abrazarme y besarme con todas sus fuerzas. Después me miró fijamente, recorriéndome de arriba abajo, como si tratase de comprobar que estaba entera, que no había sufrido ningún daño, pero lo cierto es que mis heridas eran internas, por lo que ella jamás hubiera alcanzado a verlas.

Rodeó con su brazo mi cintura, sin dejar de darme su calor y consuelo, preocupada por mi forma de vivirlo y sentirlo. Consciente de que todo había superado incluso el miedo que sentimos el día que las bombas pudieron verse en el cielo, casi sobre nuestras propias cabezas. Aunque a los niños solo nos dijeron que se trataba de un derrumbamiento, ocurrido en las montañas, jamás olvidaré como se heló mi sangre, hasta el punto de no lograr mover las piernas, paralizada al oír sonar atronadoras e incesantes las campanas olvidadas de la Iglesia, aquella que apenas conservaba su imperecedera estructura y aquel sólido campanario. Sintiéndome aterrorizada dentro de aquella oscura y fría cueva, repleta de gritos y sollozos, que resonaban sin respuesta, perdidos en la más profunda y recóndita caverna. Varios días después de aquel terrible suceso, aún mantenía sus huellas en mi piel, una tremenda y encarnecida reacción nerviosa bañaba mi cuerpo, o al menos eso fue lo que dijo el médico del pueblo.

Finalmente, sucumbí ante la entrega incondicional de mi abuela, buscando refugio en su pecho, implorando algún tipo de pócima milagrosa, capaz de atenuar o suavizar mínimamente el acelerado ritmo de mi corazón herido.

—Se lo han llevado para siempre abuela, jamás volveré a verle, ya nunca recibiré uno de sus besos, ni me acunará mientras me cuenta uno de sus preciosos cuentos. Se ha ido para siempre y no le he dicho cuanto le quiero. ¿Qué vamos a hacer ahora que no está con nosotros?

Continué lamentando su lejanía, sintiendo la necesidad de liberar mi garganta, de permitir la entrada de nuevas bocanadas de aire en mi atormentado y vencido cuerpo, equivocada al pensar que de esa forma lograría recuperar el aliento.

—Mi vida, no sufras más, tu padre es un hombre fuerte y cabal, verás

cómo encuentra la manera de hacerles caer en su errado proceder, porque sin duda ha de tratarse de una fatídica y lamentable equivocación. Ya verás cómo en breve, antes de que finalice el día, le vemos traspasar de nuevo esa puerta, acompañado de su eterna sonrisa, y trayendo consigo todos los besos e historias que anhelas.

Trataba de convencerse a sí misma; pensar que la situación era menos crítica de lo que aparentaba parecía aliviar su espíritu.

—Seguro que será como piensas abuela, y entonces tendrán que pedir perdón por todo el mal causado, ¿verdad?

Me hice cómplice de su fingido optimismo, aunque lo cierto es que sus palabras no me calmaban, seguía presintiendo lo peor, pero adoraba a esa dulce mujer, de cabellos rubios y ojos celestes, con pequeñas lunas plateadas. Sabía que sufría en silencio la marcha de su hijo; por eso solo podía sumarme a su espera, confiando en poder estar equivocada, esperando su pronto e inesperado retorno.

Aún hoy, resulta extraño recordar aquella rabia, aquel ardor embravecido, que inundaba por completo mi ser. Dudo que albergue un corazón la que fue su apasionada morada; a veces palpo incesante su cavidad profunda y hueca, consciente de la ausencia de latido, plenamente convencida de su prematura y sobrecogedora muerte.

—Así pues, mi niña, siéntate a mi lado, degustemos un succulento cuenco de leche, que nos devuelva las fuerzas, y haga más corta y llevadera esta espera. Además, los pequeños no tardarán en despertar, y entonces tendrás que ayudarme a calmarlos, contagiándoles así nuestros ánimos renovados.

—¡Pero aún no me ha dicho dónde está madre!

Sentía la ferviente necesidad de conocer su paradero, solo así podría encontrar un poco de calma.

No dejé de insistir, hasta que, por fin me dijo, que madre no había pasado la noche en casa, se marchó tras los pasos de padre, acompañada del abuelo. Parece ser que no fue el único vecino arrancado de su hogar en mitad de la noche, varios grupos, como el que irrumpió violentamente en casa, se llevaron a empujones a esposos, hijos y hermanos, ante la atónita y desesperada mirada de los suyos.

Todos pensaron que los habrían llevado a Lillo que, aunque no estaba muy lejos, suponía al menos una hora de arduo camino a pie, o bien media de trayecto en coche.

Me sorprendió descubrir que mi abuela materna había puesto su auto a

disposición de madre, sin esperar siquiera a recibir petición por parte de esta, nada más llegar a sus oídos la trágica noticia, ordenó a uno de sus hombres de confianza ponerse a disposición de su hija, para todo lo que pudiera ser menester en aquellos fatídicos momentos. Más tarde comprendería que no fue más que una burda forma de tratar de expiar los pecados de una familia traidora a su propia sangre, acorde y conforme con la cobarde atrocidad del momento.

El día transcurrió monótono y espeso, parecía que las agujas del reloj no avanzaran, cada segundo parecía eterno, aunque las sombras que proyectaba la noche, se cernían ya sobre nuestras cabezas. Los chicos habían amanecido presos de la congoja, desconfiados y temerosos, pasaron horas sobresaltándose ante lo inesperado de cualquier insignificante movimiento. Recuerdo que la abuela me llamó a un rincón apartado de la cocina, y allí me rogó complicidad en la mentira que estaba a punto de urdir. Aquello no dejó de extrañarme, ella jamás mentía, detestaba cualquier mínima falta a la verdad. Sin duda debía tratarse de una piadosa artimaña para sus nietos. Tendría que servirse de palabras llenas de fe y esperanza. Sabía que de lo contrario les condenaría a la mayor desolación, tornando la espera de aquellos chiquillos en una cruel condena.

Así pues, me tomó de la mano y me guió hasta ellos. Pude ver como el rostro de mi abuela dibujaba una sonrisa del todo imposible, que me dejó perpleja. Sentí admiración por la entrega de aquella madre que, sin duda, debía estar destrozada. Entonces, sacudió con suavidad mi brazo, haciéndome regresar de mi embelesamiento, sin duda, para hacerme saber que era mi turno, debía secundar su improvisado teatro y, sin embargo, solo tenía ganas de llorar. Solo fui capaz de forzar una ridícula mueca, que dudo sirviera para mucho, pues pude ver como Juan y Amador buscaban refugio junto a ella, esquivando constantemente mi fría y distante mirada.

Les contó que padre volvería, e incluso se aventuró a realizar algunas promesas vacías, cosas que haríamos con él; excursiones, cuentos y próximos festejos; ilusiones que yo sentía perdidas.

Por suerte, no tuve que ser partícipe de aquel engaño durante mucho más tiempo. Cuando los pequeños comenzaban a respirar camino de un merecido descanso, la calma se vio bruscamente interrumpida, la puerta se abrió de golpe, de par en par. Mis hermanos se giraron en dirección opuesta, ocultando sus caritas entre las manos; sin duda no eran capaces de contemplar mayor horror que el ya vivido. Yo permanecí estática, petrificada,

sin fuerzas para correr o pensar en huir, pero entonces sentí el suave tacto de mi abuela apoyado sobre mi hombro, emitiendo unas frágiles e intermitentes palmaditas. Levanté la vista hacia la puerta y la tímida claridad, que dejó entrar la puerta, se proyectó sigilosa, descubriendo a su paso dos figuras cabizbajas, dos silenciosas e inmóviles sombras. Una de ellas adelantó su paso. Solo entonces respiré aliviada, y me apresuré a girar el rostro de mis hermanos que, sin duda, ansiaban tanto como yo el deleite de aquella visión tan esperada.

Era madre, y aunque aún no habíamos podido escuchar el aterciopelado eco de su voz, no dudamos un instante en lanzarnos sobre ella, contentos de volver a verla, poder abrazarla y besarla, pero sin dejar de buscar desesperados con la mirada. Su presencia aplacaba nuestro temor, relajando nuestras engarrotadas y torturadas ganas, pero no tardaríamos en percatarnos de que él no estaba allí. La figura que acompañaba a madre fue cobrando nitidez conforme nos acercamos a ella, la claridad me hizo partícipe de la identidad de aquella otra persona, que no era otra que el abuelo.

Madre tardó en dedicarnos el calor que tanto ansiábamos, parecía conmocionada cuando se dirigió a nosotros, con la mirada perdida, adoptando una postura rígida que la tornaba fría y distante. Sin embargo, la perturbadora insistencia del pequeño Amador, que no cesaba en su empeño por tratar de alcanzar refugio entre sus brazos, logró desarmarla. Madre parpadeó un par de veces, como si tratara de tomar contacto con la realidad que en gritos la reclamaba, abandonando así, por unos instantes, su lugar junto a padre. Entonces nos envolvió con su dulce mirada y nos atrajo hacia ella con fuerza, besándonos y pronunciando constantemente las mismas palabras.

—Os cuidaré, no permitiré que os pase nada.

El abrazo llegó a ser incluso doloroso, madre parecía ajena a la intensidad de su fuerza, y aun así, callamos, ninguno pronunció la más mínima queja, era tanta la necesidad de proximidad y seguridad, que merecía la pena sentir aquella fuerte y agobiante estrechez entre sus brazos.

# A su lado

*17 de marzo de 1939*

*La reacción de madre no se hizo esperar, a la mañana siguiente nos despertó al alba. Me sorprendió ver que todo estaba dispuesto para nuestra marcha, al menos así lo indicaban las maletas agolpadas junto a la puerta, sin duda habían sido hechas de forma precipitada, dado que algunas de ellas estaban aún a medio cerrar y muchas de nuestras pertenencias se podían entrever de forma caótica entre la maraña. Nos guió hacia la cocina, o podría decirse que nos arrastró hacia ella, sin duda, con la clara intención de vernos engullir, en la mayor brevedad de tiempo, el desayuno que reposaba humeante sobre la mesa.*



Al parecer madre había tomado una firme determinación, su esposo no tendría que pasar aquel trance solo, todos estaríamos a su lado, velando por su pronta y justa liberación.

El día anterior se había conducido hasta las dependencias de la prisión, en Lillo, donde tras escuchar las esquivas respuestas de pronta excarcelación, se apresuró a buscar alojamiento en la posada del pueblo.

Lo cierto es que la templanza siempre primó en el carácter de madre,

siempre afrontaba cada aspecto de la vida de forma prudente y tranquila; por eso aquel arrebató no resultaba en absoluto acorde a su cotidiano y comedido modo de actuar, sin duda, una fuerza superior debía regir ahora sus impulsivas e inesperadas maneras.

Aprovechando una breve ausencia de madre, me asomé por el ventanal, esperanzada en poder hallar una mínima respuesta a toda aquella sensación de huida. Pude ver el coche de la abuela Bernarda apostado junto a la entrada, así como la escalofriante y perturbadora figura de su chófer, un ser oscuro como sus vestiduras, de tez pálida y cadavérica, aunque no era de extrañar, si tenemos en cuenta la sombra que le cobijaba.

No hubo lugar para demoras ni tímidas desganadas, aún sin haber concluido lo que otras veces se nos obligaba a comer, fuimos conducidos, de nuevo a empujones hacia fuera. El pequeño Amador llevaba consigo un bizcocho que le encantaba y que, desde luego, no estaba dispuesto a desperdiciar.

El equipaje había desaparecido, por lo que deduje que madre no había perdido el tiempo. La puerta se cerró bruscamente nada más cruzarla. Me sorprendió que todo quedase en completo desorden, como si nuestra casa hubiera sido objeto de un torpe saqueo. Pensé que más tarde alguien vendría a recoger todo aquello.

El trayecto fue largo y angustioso, apenas habíamos podido recuperarnos del fatídico impacto, cuando nos veíamos inmersos en un viaje lóbrego e incierto. El camino estaba lleno de baches y zanjas, por lo que tuvimos que detenernos en más de una ocasión, sobre todo por el pobre Amador, que no lograba retener nada en el estómago. Fue por ello, que no llegamos hasta bien entrada la tarde.

# Un pequeño rincón

*Lillo (Toledo), 1939*

*Nos detuvimos ante la casa de huéspedes, y descendimos del automóvil de forma atropellada, felices de abandonarlo, sintiendo retornar el equilibrio a nuestros cansados y entumecidos huesos. Tampoco el funesto chófer disimuló su júbilo al vernos marchar, por primera vez habría jurado que su rostro dibujó un leve gesto de alivio, complacido al verse privado de nuestros lloros y quejas, de hecho, bajó todos los bultos con admirable rapidez y destreza, como si por arte de magia su cuerpo hubiera adquirido la flexibilidad y fortaleza que nunca tuvo.*



La mujer que regentaba la posada debía rondar la edad de nuestra abuela Consuelo, y por ese motivo debió resultarnos tan entrañable y dulce desde un primer momento, de hecho, más tarde pudimos descubrir que madre y aquella señora compartían un pasado común, o al menos alguna historia que bien merecería ser conocida. Ambas se saludaron con un efusivo abrazo, repleto de nostalgia y afecto.

Habían dispuesto para nosotros una estancia amplia y luminosa, sin lujos ni elementos superfluos, pero suficiente para albergar dos pequeñas camas y



una litera, que más tarde ocuparían mis hermanos, no sin antes mantener la correspondiente disputa por ocupar la de arriba. Lo cierto es que no tardamos en comprobar la comodidad de aquellas camas, pues madre advirtió, incluso antes de poder pensar en deshacer el equipaje, que el cansancio se hacía patente en nuestros semblantes, dibujando cuencas grisáceas alrededor de nuestros ojos, demarcando un aspecto demacrado y sombrío. No pronunció una sola palabra, se limitó a retirar, con suma delicadeza, las colchas nacaradas, y nosotros respondimos a su gesto del mismo modo, sin decir nada, simplemente nos acurrucamos en ellas, esperando ser arropados.

Desperté al cabo de varias horas, desorientada, confusa ante la ausencia de luz, cegada por la absoluta oscuridad que invadía la alcoba. Me levanté a tientas, con los brazos extendidos, temerosa por golpear en cualquier momento contra algún mueble, desconociendo por completo el rumbo que habían de seguir mis pasos, tratando de abrirme camino hacia cualquier atisbo de claridad. Y cuando casi había perdido la esperanza de poder iluminar aquel recinto, la puerta se abrió de golpe, de par en par, dejando penetrar una palpable y ansiada luminosidad que, aunque solo alcanzó a dibujar confusas sombras, bastó para disipar todos mis miedos, aún más cuando fui capaz de distinguir la silueta de madre, que se apresuró a prender la llama de un quinqué.

Lo cierto es que la llegada de la Guerra había nublado el avance de grandes inventos y descubrimientos, y aunque hacía décadas que Edison nos había regalado la llama de la incandescencia, la ruina de los últimos años nos había vuelto a sumir en las tinieblas de antaño, tanto es así que casas como aquella, a pesar de haber gozado de aquellos privilegios, se veían postradas ahora, incluso a la luz de las velas.

Los pequeños no tardaron en responder al suave murmullo de madre, empezaron a desperezarse con gemidos estruendosos y exagerados, como si despertasen de un prolongado letargo. Y al minuto, estaban junto a nosotras, alrededor de la pequeña mesa, que presidía el escaso y deslucido mobiliario. No tardaron en torpedear a madre con incesantes preguntas, deseosos de saciar cuanto antes su ansia de saber lo que les aguardaba, ya que solo así podrían dejar de sentir aquella inseguridad y tristeza.

—Venid mis pequeños, trataré de aclarar las dudas que os asaltan.

Madre se había ausentado durante nuestras horas de reposo, y parecía dispuesta a hacernos partícipes de sus buenas nuevas.

Se precipitó a darnos noticias de padre, sabiéndonos desconsolados por su

ya prolongada ausencia. Nos dijo que había conseguido verle, a distancia y engrilletado, aunque en aquellos momentos ella omitió aquellos dolorosos detalles. Al parecer nuestro tío Antonio había hecho uso de amistades e importantes contactos, facilitándole estos, en la medida de lo posible, el acceso de madre a los calabozos. Por desgracia, la hermana de aquel cobarde traidor, mostraría eterna gratitud hacia el que creyó su aliado y cercano mediador, tardando aún varios años en descubrir que aquello no fue para él más que una aparente y débil penitencia, o puede que no fuera más que un calculado y despiadado plan para enmascarar su real y perversa apariencia.

El hecho es que padre tardaría en ser juzgado, y teniendo en cuenta el vago significado que entrañaba el término justicia, era de prever que nuestra visita se prolongara más de lo deseado.

Hoy, consciente de aquel vil engaño, mis labios pronuncian incesante la verdad, ajusticiar, un término que nada tiene que ver con la búsqueda de la verdad. Se limitarían a inventar un cúmulo de mentiras y patrañas, para después hacerlas recaer sobre él, desvaneciendo sus ideales y haciéndole enmudecer. Madre debía saberlo, las voces ya clamaban al cielo por las múltiples e injustificadas desapariciones, la mayoría de las veces voces silenciadas sin más testigos que los verdugos y la fría noche, y en otras, la comunicación de una carta calificada como oficial, informando sobre la decisión de ejecución y posterior certificación de un médico militar.

Ella prefirió aferrarse a su lealtad al vínculo de sangre, esperó que por fin su propia familia se comportara con su esposo como siempre debió hacerlo, considerándolo su fiel esposo y abnegado padre de sus hijos.

Nuestra marcha habría de retrasarse, con los gastos y sin sabores que aquello supondría; por eso madre no se había demorado al buscar soluciones ante semejante contratiempo. Al parecer, tras su visita al cuartelillo, corrió de vuelta a la pensión, con la clara intención de relatarle a su amiga Marta las sobrevenidas circunstancias, pensando que aquella podría ponerle al tanto de algún trabajo, que le reportase lo necesario para no verse forzada a regresar, cargando así con el duro fracaso de haber fallado a su adorado esposo. Pero cuál no sería su asombro y regocijo, cuando su compañera de antiguas batallas, le ofreció, sin dudar un solo instante, una ocupación honrada, sin ni siquiera tener que salir de aquella humilde casa. Su amiga no podía darle un jornal por aquello, pero sí cama y comida, para ella y sus tres hijos, lo cual no era poco. Continuaríamos rodeados de austeridad y escaso acomodo, pero sí tendríamos lo suficiente para no tener que abandonar a padre.

Marta conocía la maña de madre confeccionando, remendando y planchando, y era precisamente lo que necesitaba en aquellos momentos; los del pueblo y alrededores apenas frecuentaban ya la posada, y los escasos huéspedes que llegaban eran en su mayoría de ocupación militar, y no eran pocas las veces que estos demandaban que alguno de sus uniformes fuera zurcido, o la colocación de algún emblema o estandarte, accidentalmente desprendido; y el simple hecho de no poder dar cumplida respuesta a ese tipo de reclamos, le había costado más de un disgusto.

A madre no debió agradarle en absoluto la idea de sentirse sierva de los carceleros de padre, pero Marta se empeñó en hacerle comprender, que en aquellos tiempos le sería imposible hallar mejor ofrecimiento, el truco radicaba en no pararse a pensar en lo que para ella ahora habían de ser nimiedades, imagino que debió hacerle pensar que ella se iba a servir de ellos para obtener su firme propósito, tal y como ellos lo hacían con el resto.

# Ocultos

*Aquella primera noche lejos de casa y de los nuestros, madre se apresuró a explicarnos como durante su ausencia tendríamos que permanecer ocultos ante los ojos de los que vivían en la casa. Si padre era un traidor para aquellas frías y rígidas estatuas, nosotros éramos su familia. Temía que pudieran tomar represalias contra nosotros, le resultaba más sencillo improvisar una ficticia historia de su paso por allí, sin tener que preocuparse de nuestros arriesgados y constantes tropiezos.*



Solo recibiríamos su visita y la de Marta, y para salir tendríamos que contar con la aprobación de una de ellas, aguardando así los escasos momentos en que pudiera estar despejada la casa.

Miré a madre desconcertada, no sabía cómo podía esperar que mantuviese encerrados a esos dos bravucones, a menos que se me permitiera atarlos y amordazarlos, cosa bastante improbable. Quise gritar y dejar claro que no me haría cargo, que no podía desempeñar aquel descabellado encargo, pero entonces percibí la desesperación en su mirada, ella solo me tenía a mí y aquella situación, sin duda, la desbordaba.

—No te preocupes, se portarán como angelitos. Encontraré juegos y entretenimientos para llenar su tiempo.

—Gracias, mi vida, sabía que podía contar contigo, y con vosotros niños,

que sin duda tenéis que ser buenos y obedientes. Ya sabéis, cuando no esté la obedeceréis en todo, sin rechistar, ni la más mínima réplica.

Los pequeños asintieron casi a la vez, en un gesto tan apresurado y sumiso que no tardó en despertar mis peores y temidas sospechas..., algo tramaban.

A la mañana siguiente desperté presa del pánico, la promesa tendría que dar cumplida respuesta, y no tenía ni la más mínima idea de qué ingeniar para mantener a esos dos ocupados, ningún juego sería bastante largo y no tenía fuerzas para improvisar entretenidos misterios o entuertos.

Madre solo asomó a la puerta para traer algo de pan y leche, cuando apenas quedaban unos minutos para que Juan y Amador despertaran, con fuerzas y ánimos completamente renovados.

El desayuno transcurrió de forma tranquila, y aquello no hacía más que afianzar mis desvelos, no podía ser otra cosa, la calma que precedía la cruda y negra tempestad.

Mientras se vestían decidí comenzar a recoger aquel desorden, o en breve aquella marejada de ropas, colchas y almohadas terminaría por atraparnos. Antes me apresuré a tratar de ayudar al pequeño Amador, que libraba su propia batalla con uno de sus calcetines; entonces recordé que aquello siempre lo hacía madre, jamás se había vestido solo.

No tardé en percatarme de que ya aguardaban impacientes, no había comenzado a dar forma a todo aquel desastre, cuando sentí que me observaban desde un rincón; Juan se mordía las uñas, como hacía siempre que se veía preso del aburrimiento, y Amador no cesaba en su afán por golpear un zapato contra el otro, a modo de molesta tijera. No es que ninguno fuera especialmente ruidoso en sus pequeñas manías, pero si del todo irritantes, en breves instantes lograban desviarme de mis quehaceres, me invadía un profundo desasosiego y ya solo podía sentir sus prisas, tímidamente acechantes.

Por fin, me detuve en seco, lancé la escoba contra el suelo, en un resignado gesto de rendición, y sucumbí a sus silenciosos lamentos.

—¡Bien chicos, vosotros ganáis! ¿Qué hacemos?

Sollocé agotada y preocupada por cuales pudieran ser sus endiablados y perversos planes.

Con Juan no había entretenimiento suave ni cauto, nada giraba lejos de guerras o arriesgadas peleas, siempre alguien tenía que salir perdiendo. Amador, en cambio, se limitaba a seguir a su hermano mayor, aunque este

golpeará más de una vez su noble y profunda admiración por él.

—¡Al escondite! —Gritó Juan, llevado por un entusiasmo, que no tardé en juzgar exagerado. Aquella proposición infantil y efusiva hubiera sido propia del pequeño, pero jamás de aquel intrépido y valiente soldado, aquel que siempre se había considerado.

Pensé pararlo, aquello debía ser alguna enmascarada treta, pero cuando quise hacerlo era tarde, Amador se había unido a él, pletórico ante la idea de participar en uno de sus juegos predilectos.

Solo creí oportuno aclarar algunas reglas, sobre todo, que bajo ningún concepto podríamos salir de la habitación, aquel reducido habitáculo tendría que bastarnos, el resto solo la imaginación podría hacerlo.

—¡Yo cuento, yo cuento! —Gritó Amador, llevado por un gran entusiasmo.

—Vale chiquitín, cuenta tres veces hasta diez. —Contestó Juan, sin desaprovechar la ocasión para burlarse de él, mientras revolvía su pelo.

Amador accedió entusiasmado, nada importaba cuando se trataba de aquel juego que tanto le gustaba. Ya fuera buscando donde guarecerse o tratando de hallar el refugio de los demás, era capaz de jugar una y cien veces.

Lo cierto es que no puse demasiado empeño en encontrar una guarida apropiada, me limité a retirar parte del viejo cortinaje, y una vez dispuesta tras él, ni siquiera me preocupé al ver que sobresalían mis pies. No fue de extrañar que mi hermanito diera conmigo, sin tener que hacer grandes pesquisas.

—¡Te pillé! —Gritó, con una sonrisa que iluminaba su rostro.

El pobre estaba convencido de haberme sorprendido, parecía orgulloso de su proeza, y pensé que decepcionarle requería más esfuerzo que asentir y complacerle.

—¡Has estado increíble!, ¿Cómo lo has sabido peque?

Se limitó a encogerse de hombros, y a sonreír ruborizado. Entonces me tomó de la mano, ahora éramos dos para continuar con la búsqueda.

El tiempo comenzó a parecerme lento y angustioso. Llevábamos alrededor de diez minutos poniendo patas arriba la sala; levantando colchas, revisando bajos de muebles y camas, incluso en el balcón habíamos mirado. No quedaba esquina alguna por revisar. Pensé que, en un periodo de tiempo tan prolongado, la respiración sofocada o la risa le habrían delatado, como otras veces había pasado, sin embargo, no había rastro de Juan, se había

esfumado.

No tuve tiempo de pensar si convenía llevar conmigo a Amador, sabía que madre no tardaría en regresar, la hora del almuerzo estaba próxima, y nos había dicho que solo entonces podríamos compartir un rato, juntos. Tenía una hora para aquel menester. Pero si regresaba y descubría lo sucedido jamás volvería a confiar en mí, sabía que estaría perdida. Así que le tomé de forma enérgica del brazo, no pensaba correr el riesgo de perderle en el camino. Amador respondió sin tardanza, emitiendo un leve alarido de dolor.

—¡No aprietes tanto bruta, yo no he tenido la culpa! —Dijo compungido.

Pude ver, por primera vez, el rencor en sus ojos, y al instante me percaté de mi gran error, no podía hacer recaer mi ira sobre aquel inocente, que de nuevo veía truncadas sus modestas ilusiones, quería jugar y solo le habían engañado y magullado.

Sacudí la cabeza, avergonzada y sorprendida ante mi actitud egoísta. Pensando solo en la regañina que habría de soportar le había lastimado, tal y como lo hizo su hermano.

Ya se había girado, adoptando una graciosa, pero admirable postura, de notable orgullo, sus manitas asomaban a ambos costados, y podía imaginar su gesto enfurruñado.

—Perdóname, claro que tú no has hecho nada malo, siento haberme puesto tan gruñona contigo. ¿Qué te parece si tratamos de encontrarlo juntos?

Traté de reparar así el daño causado, pero el reloj galopaba atronador en mi cabeza, —«¡no voy a llegar, no voy a llegar!»—, pensaba sin poder centrarme en ninguna otra cosa.

Cuando creí que mis esfuerzos por complacer a madre llegaban a término, fue Amador quien me abrazó y me regresó de entre los muertos.

—¡Vale!, padre siempre dice que hay que saber perdonar a los que se equivocan. Seremos como un intrépido par de detectives, en busca de un bandido canalla y miserable.

Yo me había sentido una hermana rastrera e indigna, mientras él se limitaba a cambiar de cuento, ahora éramos como Sherlock y Watson en uno de sus misterios.

Me miró con sus enormes ojos castaños, enmarcados por aquel gracioso flequillo, que venía a redondear sus facciones, haciéndole parecer aún más angelical. Y mientras me sonreía, sentí que todo era posible, que la batalla no estaba perdida, al menos todavía.

Juntos nos apresuramos a recorrer el pasillo, que conducía al otro lado de

la casa, donde se encontraban la cocina, el comedor, recepción y un patio trasero, que comunicaba, a través de un pequeño enrejado, con la fuente de caños, donde acudían a lavar las mujeres del pueblo. Temblé al saber que a esas alturas Juan podía estar deambulando por las calles, cuando de pronto, alguien entreabrió una enclavada portezuela a nuestra derecha, que no debía estar muy lejos de fogones y comida casera, pues pude escuchar ruido de platos y cacharros, y un agradable olor llegó a nublar el resto de mis sentidos. Tampoco pasó de ser percibido por Amador, que tocó su estómago, tras sentir en él un fuerte rugido, sin duda un claro reclamo para acudir a la mesa, una mesa que ella no encontraría dispuesta.

Lo cierto es que no habíamos reaccionado ante el primer sobresalto, parecíamos asumir, temblorosos y resignados, que nos habían pillado, no había dirección segura ni cercana a la que poder dirigirnos, nos limitamos a mirar hacia abajo, con aire despistado, esperando ser perdonados. Fue entonces cuando alguien tiró de nosotros con fuerza, introduciéndonos en el interior de aquel misterioso cuarto, que no resultó ser más que una pequeña alacena o trastienda de la cocina, pues, con dificultad, dada la escasa claridad, pude ver que allí se almacenaban algunos alimentos de primera necesidad: patatas, lentejas, arroz...; por suerte nada que se hiciera demasiado apetecible al paladar en aquellos tensos momentos.

Resultó difícil no gritar, sosteniendo la rabia contenida que hubiera querido hacer caer sobre Juan, y más después de comprobar que campaba a sus anchas por la casa, mientras nosotros teníamos el corazón en un puño, temiendo el peor de los desenlaces.

—¿Qué crees que estás haciendo?, ¿no te das cuenta de que madre habrá regresado? —Le reproché, mientras le dedicaba la peor de mis miradas.

Me dirigí a él presa de una histeria incontrolable, que bien podía helar la sangre; esforzándome por gesticular de forma exagerada, dibujando muecas que debían hacerme parecer aterradora. Pero nada era suficiente para intentar que mi hermano tomara en serio lo crucial de todo aquello, el peligro en caso de llegar a ser descubiertos.

—¡Lo siento Isabel, sé que no hice bien, pero te juro que no pretendí engañaros! Veréis..., lo cierto es que me escondí durante un buen rato detrás del sofá, de hecho, casi me duermo, pero cuando estaba a punto de entregarme, vencido por la desidia y el sueño, escuché una risa al otro lado de la puerta, sin duda era un niño, y no podía perder la ocasión de hacer un amigo. Pensé que os daría una sorpresa a los dos, ¡canijo, no te enfades!



—Dijo, tratando de recuperar el apoyo de su hermano.

Juan se giró hacia Amador, quizá pensando que le resultaría más sencillo obtener sus disculpas, pero cuál no sería su sorpresa al ver que su manipulable y tierno súbdito se mantenía firme y callado. Probablemente estaba cansado de tantos desplantes y trucos de nuestro hermano. Por una vez no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer.

Me preparé para llevar a los dos de vuelta, ya tendrían tiempo de concluir sus disputas. Pero no acababa de elegir el camino más seguro, cuando una pequeña silueta asomó de entre los bultos, que estaban al fondo de la despensa; su contorno se fue proyectando cada vez más nítido, hasta dejar a la vista a un niño, que no parecía mayor que Amador.

—¿Y tú quién eres? —Dije asombrada.

Aquello no podía hacer más que empeorar las cosas, «¡cómo si no fuera suficiente cargar con dos pequeñajos!», pensé, sintiéndome desvalida, incapaz de emprender el camino de regreso, y me vi obligada a admitirlo, aquello se escapaba de entre mis manos, madre se vería obligada a comprender mi fracaso.

Cuando todo parecía perdido, la puerta se abrió desde el otro lado. Tras ella apareció Marta, visiblemente angustiada, no cesaba en su empeño por vigilar a uno y otro lado, mientras nos tendía la mano.

—Venid niños, vuestra madre me ha contado, ha tenido que volver a su tarea, os ha estado buscando, pero no podía demorarlo. Poneros en fila, y si alguien nos sorprende, manteneros en silencio.

Asentimos y proseguimos la marcha tras sus pasos.

Su milagrosa aparición me colmó de una paz inusual, alejando mis pensamientos, por unos instantes, de la profunda decepción que sentiría madre.

Por fin, nuestra salvadora se detuvo ante nuestra puerta, giró el pomo enérgicamente y nos hizo pasar, mientras ella no dejaba de mirar hacia atrás, tratando de confirmar que nos dejaba a salvo.

—Ahora, sed buenos, no volváis a hacer nada parecido. Iré a contarle a vuestra pobre madre, ha de estar muy preocupada.

Antes de cerrarse la puerta, pude ver que aún llevaba consigo a aquel otro niño, celosamente custodiado. Pensé que sin duda no éramos los únicos, él vivía oculto como nosotros, puede que incluso guardara una historia similar a la nuestra.

# Inesperada fantasía

*Después de aquel susto, pasamos el resto de la tarde embargados por un inquietante silencio, cada uno parecía sopesar el riesgo al que nos habíamos expuesto. Incluso decidí no seguir reprendiendo a Juan, por si aquello le hacía retornar de su embelesamiento, con nuevos y temerarios pensamientos.*



Amador no tardó en acurrucarse a mi lado. Supe que estaba muerto de aburrimiento. Aún faltaba una hora para las siete, y entonces ella volvería. Pero cuando me miró con esos cálidos ojitos marrones, fue inevitable que me convenciera; sonriendo tomé el primer cuento que encontré sobre la mesa.

Juan nos miraba de reojo, y aunque parecía deseoso de unirse a nosotros, decidió adoptar la postura de víctima incomprendida, artimaña que empleaba siempre que se excedía en sus maneras, cuando no encontraba excusa para sus descabelladas e inoportunas fechorías.

Cuando parecía que nada ni nadie podía perturbar aquel ambiente novedoso y relajado, alguien golpeo la puerta. Los tres nos sobresaltamos, madre y Marta no habrían llamado. Recorrí instintivamente la alcoba, buscando un espacio oculto, o al menos lo suficiente para evitar ser descubiertos. Pensé angustiada que alguien debió vernos, no pudimos hacer toda aquella locura sin que se percataran de ello. No dejé de calcular, midiendo cada posible hueco, pero todo era insuficiente para darnos cobijo a los tres en aquel espacio tan reducido y austero.

Entonces lo supe, aterrada comprendí que, de nuevo, el que estaba al otro lado, no estaba dispuesto a esperar, el manillar había comenzado a girar, de manera lenta y sigilosa, pero solo era cuestión de tiempo. Parpadeé abandonando mi postura inerte frente a la puerta, apreté el manillar con todas mis fuerzas y con un enérgico empujón guie a mis hermanos hacia aquel pequeño armario. No estaba dispuesta a perderlos, aunque me fuera la vida en ello, resistiría hasta que se escondieran y solo entonces abriría para enfrentarme a quien estaba llamando.

Una vez dentro de aquel estrecho y nefasto zulo, que había de guardarlos, lograron cerrar con dificultad sus viejas puertas, no sin antes dedicarme una desolada y compungida mirada.

Una vez les creí a salvo, dejé deslizarse el manillar entre mis temblorosas manos, sintiendo que ahora lo hacía de forma apresurada. Mantuve los ojos fuertemente cerrados, contuve la respiración y comencé a rezar algo en un susurro profundo y desesperado. Temblaba esperando lo peor, y entonces me sorprendió el cálido y tímido silbido de su voz.

—¡Menos mal que abriste, han estado a punto de pillarme!

Atónita comprobé que no era otro que el niño de la trastienda, que respiraba aliviado, mientras se santiguaba sin dejar de dar gracias al cielo.

—¡Un minuto más y seguro que me cogen!

—¿Quién eres tú? —Pregunté de nuevo.

Para entonces Juan y Amador habían abandonado su agobiante guarida. Se lanzaron sobre él, incluso antes de que pudiera responder. Le abrazaban y zarandeaban como si de un muñeco se tratara.

—¡Lograste llegar Lucas! —Gritó Juan victorioso, como si de un sueño se tratara, como si aguardara su llegada.

—¿Acaso lo dudabas?, os dije que vendría a jugar un ratito cada día, quería comprobar si era tan sencillo como pensaba.

—¡Pues ya has visto que no, así que te puedes ir marchando por dónde has venido!, aquí ya tenemos bastantes problemas.

—Contesté con mi habitual genio, ahora embravecido por el suspense y el miedo.

El pequeño se giró resignado, y sin oponer ningún tipo de resistencia comenzó a caminar hacia la puerta, arrastrando los pies, dejando entrever su lánguida y profunda tristeza.

Pero no pudo llegar a ningún lado, al instante mis hermanos frenaron su paso, suplicando que no se marchara e incluso disculpando mi falta de tacto.

Comprendí que tendría que escucharles, de lo contrario volvería a ser la cruel y despiadada hermana mayor, aquella que odiaban.

Así fue como les brindé la ocasión de explicar todo aquello.

Lucas nos relató su historia, poniendo fin con ello a nuestras fantasiosas conjeturas. Lo cierto es que todo lo que narraba nos resultaba trágicamente familiar y cercano, con la salvedad de que a él le arrebataron madre y padre en una misma noche. Por lo que ahora se encontraba acompañado de su abuela Candela, que empleaba todos los ahorros de su vida en aquella triste tarea, recibiendo cada día menos noticias y sintiendo palidecer la llama de la esperanza.

Le habían prohibido abandonar su habitación, pero con el transcurrir de los días le resultó imposible cumplir esa promesa. Además, sabía que eran muchos los que se hospedaban en esas mismas condiciones, los que palidecían confinados a la luz de las lóbregas velas. No pudo frenar el ansía de salir a estirar las piernas, primero tímidamente y con sumo recelo, para terminar, sintiendo que merecía la pena exponerse, a cambio de pequeños sorbos de una libertad tan añorada.

Nos disgustó saber que llevaba allí cerca de un mes, sin rastro ni noticias de su familia, solo excusas y respuestas evasivas. Confiaba en que estaban bien pero no tenía ninguna certeza ni evidencia de que aún existieran.

Cuando concluyó me pareció descortés echarle, me compadecí de aquel pequeño frágil e indefenso, que vivía su dolor en soledad, como nosotros. Madre aún tardaría algo más de una hora, así que les permití dar rienda suelta a sus juegos y enredos, siempre que no armaran demasiado revuelo. Además, mirándolo bien, aquello me concedía un buen y merecido descanso, no me libraría de vigilarlos, pero en esta ocasión me vería libre de entretenerlos.

Me sorprendió ver que disfrutaban sin armar demasiado alboroto. Aunque no tardaría en comprender que Lucas había tenido tiempo de acostumbrarse, agudizando el ingenio y la paciencia. Les enseñaba a emular animales de la selva y los tres parecían reír a carcajadas, aunque ningún ruido emitieran, más allá de cómplices y sostenidas risitas. También pude ver como Amador colocaba una de sus manitas, muy abierta, tras la oreja, y a su vez el otro brazo doblado, haciéndolo coincidir con la nariz, fingiendo ser aquel gran elefante que pudo ver cuando vino el circo, ese poderoso animal que tanto le impactó y del que tardó varios días en dejar de hablar.

—Toma cacahuetes elefantito. —Decía Lucas a Amador, mientras le daba suaves palmaditas en la espalda.

Él le siguió el juego, fingiendo saborear lo que le ofrecía, mientras Juan se limitaba a refunfuñar por no ser el protagonista del juego.

Entre tímidas risas y juegos, el tiempo se desvaneció en un suspiro. Al percatarme de la hora, me apresuré a poner fin a tan peculiar y furtiva algarabía. Se dispusieron a despedir a su amigo, mientras yo recogía e iba urdiendo nuevas excusas y mentiras. Siempre odie valerme de embustes con la que siempre consideré mi mejor amiga, pero la situación lo requería, sabía que aquella compañía podría retener a esos pequeños, pero también que sería peligroso, y madre así lo creería.

Pactamos ocultar la existencia de Lucas y marcar una precavida y necesaria contraseña para cada una de sus visitas, vendría a vernos después de almorzar, pues entonces la mayoría de los hombres uniformados retornaban al cuartel, los empleados de la casa se afanaban en múltiples tareas y los escasos huéspedes, que estaban de paso, solo descansaban.

El alto y seña sería rápido, no podíamos tener a Lucas demasiado tiempo tras la puerta, por eso fijamos dos golpes secos, seguidos de un ininterrumpido silencio, nada de girar el manillar, más golpes, susurros o voces, solo eso, dos golpes firmes y rotundos.

Estaban radiantes de alegría, por primera vez, en muchos días, la ilusión retornaba a sus cansados ojos, despertando la llama de ilusiones perdidas. Por fortuna desconocían lo efímero que llegaría a ser ese grato sentimiento.

Cuando todo estuvo decidido, los tres se despidieron de forma efusiva y cariñosa, como si encontraran un poco de luz en medio de aquel oscuro tormento.

Temí que la emoción les delatara, por un momento me pareció imposible guardar tan profundo secreto, pero entonces mis hermanos se giraron, mirándome con un gesto solemne y serio, mientras simulaban cerrar los candados de sus pequeñas bocas, para después lanzarlos bien lejos.

—No sufras, estamos juntos en esto. —Dijo Juan con aire maduro y convincente, dos cualidades que solían brillar por su ausencia cuando de él se trataba.

Acababa de marcharse Lucas cuando madre abrió sigilosa, tanto fue así que temimos haber sido precozmente descubiertos.

Por fortuna no tardamos en comprobar que ella no se había percatado de nada. Regresaba resplandeciente, haciendo gala de una sorprendente energía. Parecía ansiar hacernos partícipes de su alegría. Se limitó a pedir que nos

sentásemos en una de las camas, y entonces tomo una silla para ponerse frente a nosotros.

Estaba confundida, e imagino que ellos también, pero decidí ser precavida. Aunque habíamos esperado que todo comenzara con una feroz regañina, ya nada era como antes, madre estaba tremendamente ocupada, merecía la pena esperar, por si lo había olvidado.

—Niños, mañana veré a padre.

Tras aquella inesperada noticia, hizo un pequeño silencio, para terminar pronunciando las palabras que más ansiaba oír en aquellos difíciles momentos.

—Isabel, tú vendrás conmigo.

Madre pronunció aquella frase de forma tan atropellada, que, por un momento, dude que pudiera ser cierta.

—¿Juntas?, ¿padre? —Sentí vibrar mi voz en la garganta, como la de un bebé balbuceante, torpe e insegura al pronunciar aquellos sonidos.

Para entonces mis hermanos ya habían comenzado a manifestar un rotundo e insistente tono de protesta, que no hizo más que confirmar que había sido tal y como lo había escuchado. Podría ver a padre, por fin volvería a sentir sus fuertes y cálidos abrazos, y me sentiría de nuevo tranquila y segura.

El tormentoso y nefasto día nos había alejado de lo que debía ser lo más importante, sin duda tener noticias de padre, debimos correr esperando saber de él nada más verla, sin embargo, mil historias ocuparon nuestras cabezas, impidiéndonos ver el recobrado brillo que desprendían sus ojos.

Aquella noche no hubo cuento, aunque madre solía hacer un esfuerzo creyó oportuno explicar a los pequeños porqué les excluía de tan ansiado reencuentro. Aunque estaba plenamente sumergida en mis sueños, escuché referencias a la corta edad de estos y al hecho de no poder ser visitado por más de dos personas.

Al parecer, de nuevo, madre debería a su hermano el poder visitar a padre llevándome de su mano, ya que para nada debía ser habitual, o eso pensé, teniendo en cuenta lo que Lucas nos había contado.

Al día siguiente Marta lo había dejado todo dispuesto, para ser ella en persona quien pudiera ocuparse de los niños durante esas horas. La ocasión lo merecía, y sabiendo todo lo sucedido, madre y ella acordaron que no debía ser de otra manera.

# Susurros y lágrimas

*19 de marzo de 1939*

*Marchamos temprano, apenas despuntaba el alba. Me sorprendió que emprendiéramos camino a esas horas pues, aunque a las afueras del pueblo, el cuartelillo no se encontraba a gran distancia.*



La noche anterior no había logrado pegar ojo, imaginando el momento de volver a verle. El tiempo fue transcurriendo, mientras trataba de encontrar las palabras perfectas para aquel emocionante momento. Finalmente, debí caer rendida, ignorando que en breves instantes madre vendría a llamarme. De hecho, no lo sentí, el descanso no dejó leve señal en mi cuerpo. Apenas dormida, sentí palmaditas en la espalda, aunque al no resultar demasiado molestas, no hice demasiado caso y seguí durmiendo. Pero cuando había decidido continuar con mi profundo letargo, aquellos tímidos toquitos se tornaron pequeñas sacudidas, y aunque no dolían, si eran lo suficientemente molestas como para desvelarme. No obstante, fui vestida cual marioneta, sintiendo a cada paso flaquear mis fuerzas, ni siquiera la ilusión del día anterior lograba embargarme, solo me dejé guiar sabiendo en el fondo de mi

alma, que aquella tortura concluiría con un maravilloso desenlace.

El camino era angosto, las vastas piedras se empeñaron en jugarme más de una mala pasada; solo la firme mano de madre logró impedir que cayera de bruces contra el suelo en más de una ocasión.

Así hasta que, por fin, evitando tropezones y sorteando profundas zanjas, vimos a lo lejos las puertas de aquella lóbrega prisión. Me sorprendió ver una silueta apostada unos metros antes de ella, y según avanzamos en su dirección, observé como abandonaba su pose relajada, para incorporarse con brusquedad, mientras colocaba su mano sobre la frente, y puesto que no podía tratarse de un gesto esquivo hacia el sol, deduje que buscaba avistar con claridad las dos siluetas que se aproximaban, las nuestras.

¡Estaba tan cansada! Por un momento me dejé seducir por una frágil pero cautivadora visión, la imagen de padre dirigiéndose hacia nosotras. No vacilé un instante, solté con brusquedad a madre, y eché a correr, ahora aún más cegada por las lágrimas que derramaba.

Casi había logrado salvar la distancia que nos separaba, sin ni siquiera levantar la vista del suelo, cuando me detuve fatigada, para volver a mirarle, entonces, orgullosa, enderecé mi postura, enjugué mi llanto, y mi gesto pasó del gozo a la más profunda decepción. Odiaba aquella mueca que emulaba sonrisas, aquel porte cobarde y altivo, aquella despiadada arrogancia. Mi tío Antonio extendió los brazos hacia mí, confiado en recibir mi eufórica llegada, pero del mismo modo habría de cerrarlos, vacíos, aferrados a su único verdadero amor, el que se profesaba a sí mismo.

Deshice el camino andando hacia atrás, como el que no confía en dar la espalda a su enemigo, con el ánimo abatido, buscando sentirme de nuevo al abrigo de madre.

No tardé en tropezar con ella, sintiendo que recuperaba lentamente el aliento.

—¿Qué hace él aquí? ¡Haz que se marche! —Increpé a madre.

—Ayudarnos hija, solo ayudarnos.

—¡Mentira, él no quiere a padre! —Grité desesperada, convencida de su falta de imparcialidad, de su ingenuidad al considerar que pudiera albergar buenas intenciones.

Madre aplacó aquel arrebato de ira tirando de mí enérgicamente, sin que pudiera terminar de argumentar por qué no soportaba su presencia.

Por mucho que trataba de frenar nuestro rumbo con los pies, la distancia se presumía cada vez más corta.



Percatarse del escaso afecto que me inspiraba su persona, no pareció resultarle del todo indiferente, ya que cuando llegamos a su altura, se limitó a ignorarme, ajeno al inmenso favor que me brindaba con aquel descortés gesto.

Cruzamos aquella primera verja negra y chirriante; deslizándonos como fantasmas en la noche, pretendiendo no ser vistos ni escuchados. Hasta dar con una tosca puerta de madera, con dos guardias situados a ambos lados, que no tardaron en salir a nuestro encuentro. Mi tío se adelantó para conversar con ellos, sin dejar de sonreír y mirarnos de reojo.

Supe que no había errado al juzgarle, ahora más que nunca, se revelaba ante mí como el ser despreciable que siempre fue, un hombre falso y mezquino, capaz de anteponer ideas radicales por encima de su propia familia.

Sabía que aquello no debía ser más que un medio para alcanzar algún fin, un interés oculto habría de mover aquel fingido gesto de humanidad, esa ridícula y forzada apariencia.

Continué deleitándome en el sencillo placer que me producía degradar su ridícula persona, imaginando que sus muecas no eran más que las mofas de un esperpéntico bufón. Hasta que nos llamó a su lado con un molesto silbido, como si tratara con ganado.

Nos explicó lo inusual de aquello, el hecho de que una niña visitara la prisión no era cotidiano. Alguien le debía un favor y habíamos tenido la fortuna de venir a disfrutarlo. Nos contó esta y otra sarta de patrañas, haciendo que mi desconfianza fuera en aumento, mientras el sentimiento de madre se afianzaba, a cada segundo sentía profundamente que estaba en deuda con aquel maestro del engaño.

Debíamos apurar el tiempo, en breve llegaría el relevo y perderíamos todos los privilegios.

Señaló con su mano un largo y oscuro pasillo, con celdas a ambos lados, en las que imperaba el más profundo y desolador silencio.

Sin dudar un momento, me precipité hacia el lugar que había indicado, arqueando la cintura al pasar por su lado, ya que bajo ningún concepto quería tan siquiera rozarlo. En aquel momento mire a mi tío, inquieta, expectante, confiando en que no demorase el momento de indicarme cuál de aquellas vergonzosas jaulas le retenía. Era incapaz de frenar el baile de mis pies, dispuestos a echar a correr en su busca.

—La quinta.

Fue lo único que dijo, señalando la pared que se encontraba a nuestra derecha.

No vacilé un instante, me precipité por aquel sombrío corredor, hasta toparme con su celda. Pronto pude distinguir su esbelta silueta, estaba de espaldas, tratando de peinarse haciendo uso de los dedos, por lo que deduje que debía estar al tanto de nuestra llegada. De hecho, debió escuchar nuestras voces y pasos, pues al momento se giró sobresaltado.

A pesar de las sombras en que se refugiaba, pude ver que tenía la cara magullada, el labio partido y el ojo izquierdo amoratado. No habían escatimado al dejar señales de tan brutal paliza.

Me sentí incapaz de articular palabra, ninguna frase podía expresar lo que sentía, aquella dicha mezclada con el dolor por verle maltratado, preso de tan sucia e inhóspita morada. Por suerte, madre me había alcanzado y se apresuró a reclamar su abrazo, aún a través de aquellos oxidados barrotes. Padre no se hizo esperar, se abalanzó hacia ella con el rostro visiblemente emocionado, sus ojos brillaban repletos de lágrimas. Por un momento pareció que las rejas desaparecían, mientras se fundían en un furtivo y desgarrador beso.

Permanecí paralizada, ya no solo por ser incapaz de pronunciar la frase correcta, sino también apesadumbrada ante la idea de poner fin a tan ferviente muestra de amor entre ellos.

De nuevo, alguien me tomó el relevo en tan pesarosa tarea. Mi tío interrumpió sin ningún reparo, retirando a madre con sus habituales y rudas maneras.

—¿Ni siquiera podéis esperar a que abra la puerta?

—¿Qué le han hecho esos animales? —Preguntó colérica, dirigiéndose a su hermano.

—Nada que yo sepa Mercedes, seguro que se ha tropezado, el muy torpe puede haberse caído mientras estaba durmiendo, ¿verdad cuñado? —Contestó con su habitual sarcasmo.

Padre asintió y desvió la mirada. Imagino que solo pretendía evitar problemas, sabía que contestar a cualquier provocación de Antonio solo serviría para dar por terminada nuestra visita, renunciando a la única posible cura que su cuerpo y su alma requerían.

Madre comprendió, como yo, que aquello no era el resultado de ningún accidente. Clavó los ojos en su hermano, sin que fuera preciso pronunciar ningún reproche, y decidió, aun teniendo que morder sus labios, emular la indiferencia de su esposo.

De esa manera logramos que se marchara cuanto antes, complacido ante nuestro comportamiento doblegado y sumiso.

Aun así, padre mantuvo absoluto mutismo sobre todo aquello, ningún quejido ni lamento salió de su boca, de hecho, ni siquiera hubiera proseguido con aquello, si no fuese porque madre comenzó a llorar, mientras acariciaba con suma delicadeza su rostro.

—No llores cariño, verte así me duele más que cualquier herida.

Ella besó sus manos y le dedicó una forzada sonrisa.

Tras calmarla, padre se agachó ante mí, extendiendo los brazos. Le miré compungida, tratando de no dar rienda suelta a todas aquellas emociones contenidas; mis labios temblaban y mis brazos ansiaban abrazarlo. Volví a mirarle, y pude sentir una primera y cálida lágrima, frenada con ternura por su mano, a la vez que me atraía con firmeza hacia su regazo. Recuerdo aquel sufrimiento desgarrado. Me derrumbé como no había podido hacerlo antes, sintiendo por momentos un profundo y ansiado descanso. Debí continuar así un largo periodo de tiempo, pues padre, probablemente agotado por tan incómoda postura, tuvo que trasladarme en brazos, para sentarse en aquella madera que osaban llamar su cama.

Mientras conversaba con madre, padre deslizaba suavemente su mano por mi cabello, besándome y susurrando, tratando de reconfortarme, sabiendo que era todo lo que necesitaba.

Cuando me sentí calmada quise participar de aquella dicha. El tiempo se esfumaba y no estaba dispuesta a renunciar a escuchar sus maravillosos relatos. Me incorporé abandonando mi postura encorvada, retiré mis cabellos, despeinados y mojados al contacto con mis lágrimas, y por fin me creí con fuerzas para pronunciar lo que tanto había soñado.

—¡Padre, te he extrañado, tenía tanto miedo, pensé que jamás volvería a verte!

—No sufras mi bien, estoy contigo, estamos juntos y pronto volveré a estar con vosotros para siempre.

—¿Sabes algo?, ¿Te han dicho cuándo? —Interrumpió madre, presa de la impaciencia.

Padre no contestó, se limitó a mirar hacia ambos lados, como si alguien más pudiera estar escuchando.

—No os preocupéis, ya no pueden tardar mucho. Mejor contarme, estoy deseando saber de vosotras y los chicos, ¿qué tal están?, ¡qué pena que no hayan podido venir!

—¡Se portan fatal! —Contesté sin pensar, sin tener en cuenta que debía tratar de velar por la tranquilidad de padre.

Pero la tensión acumulada aquellos días, cuidando a los pequeños, se puso de manifiesto al momento, sin dar lugar a improvisaciones u ocurrencias inventadas.

Madre no dijo nada, pero pude ver de reojo su mirada de reproche.

Entonces, consciente de mi torpeza, sellé mi boca con la mano.

—No sufras Isabel, me reconforta saber que no llevo aquí tanto tiempo, como para que las cosas de siempre hayan cambiado. Suponía que mis niños continuarían dando rienda suelta a sus ingeniosas travesuras. Pero me tranquiliza que estés ahí para ayudar a tu madre, como siempre.

—Te hemos traído el almuerzo, un poco de pan y algo del guiso que sobró anoche, no es gran cosa, pero seguro mejor que lo que puedan darte aquí. Estás muy delgado. Lo tienen los guardias, pero me han dicho que te lo traerán más tarde.

Madre interrumpió a padre con aquellas palabras, preocupada por su estado, incapaz de continuar con tan cotidiana conversación, cuando en realidad ansiaba saber cómo le trataban y que destino le aguardaba.

Padre sonrió, como si la intervención de madre no le hubiera cogido por sorpresa.

—¡Mujer, solo llevo aquí unos días!, no es posible que haya perdido peso. ¿Qué me dices de vosotros?, ¿coméis?, me tranquilizó saber que Marta os ayudaba, recuerdo que erais grandes amigas, aunque preferiría que volviereis con mis padres, deben estar preocupados, y su compañía os sería de gran ayuda, sobre todo con Juan y Amador, que parecen teneros desbordadas.

En esta ocasión fue madre quien miró a su alrededor con recelo y prefirió callar, como si guardara un gran secreto.

Me sorprendió ver que los dos parecían entenderlo. Yo estaba confusa, no alcanzaba a comprender el porqué de todo aquello, el verdadero motivo de tanto misterio, rodeados de susurros e inexplicables gestos. Por fin estábamos juntos y, sin embargo, no podíamos manifestar, a voz en grito, nuestra inmensa alegría.

De pronto, voces rotas comenzaron a sonar en el interior de aquellas celdas. La mayoría sonaban a lamento. Personas derrotadas y angustiadas, que pedían agua, comida, libertad o simplemente saber algo de sus familias. Poco a poco aquello comenzó a parecer el propio infierno, una cueva repleta

de quejidos y sollozos sin respuesta, solo gritos amenazadores, dispuestos a infligir más sufrimiento a todos aquellos presos.

Aquello nos puso alerta. Sin duda nuestro tiempo había expirado. El repentino despertar de aquellos pobres atormentados vendría a concluir nuestro sueño, cuando apenas habíamos comenzado a saborear ese momento.

Así fue, no se hizo esperar, mi tío reapareció tras la verja, exigiendo a viva voz que le siguiéramos, sin dar lugar a despedidas. Aun así, desafiamos su prepotente postura y nos abrazamos, ajenos al gentío e ignorando las acaloradas protestas de mi tío; aferrándonos a ese eterno y plácido momento, desconociendo el día que volveríamos a vernos.

Creí imposible derramar una lágrima más en aquella triste despedida, pero de nuevo lloré, agarrada a su brazo, incapaz de abandonarlo, empeñada en mantenerme a su lado, pensando que así nadie osaría volver a lastimarlo. Para entonces, madre guiada por su infinita prudencia, me reclamaba a su lado, mientras yo continuaba moviendo la cabeza tratando de oponer resistencia.

Aterrorizada sentí una fuerte sacudida, mis piernas se despegaron del suelo, a la vez que nada pude hacer por no verme alejada de su lado. Miré hacia atrás y pude ver a mi tío, empeñado en separarme por la fuerza.

En aquella ocasión padre intervino, le dijo que aquello era innecesario, mientras se apresuraba a hacerme entender la necesidad de separarnos en aquel momento, no sin antes prometer que pronto volveríamos a vernos.

Conocía a mi tío, había sido testigo de su infinita soberbia, sabía que de persistir en mi tozudo empeño habría serias consecuencias, para padre o para mí. Era muy capaz de prohibirme volver a visitarlo, con tal de dar merecido escarmiento a mi desafiante comportamiento.

Mientras le soltaba, sentí frenar el latido de mi pecho, como si algo en mí hubiera muerto. Él me dedicó una dulce y cómplice mirada, como aquellas veces que premiaba mi buen hacer en casa.

—Aquí te espero mi vida, la próxima vez te contaré un bonito cuento.

Madre le lanzó un delicado beso con su mano, impulsándolo con su débil y acongojado aliento.

Más tarde me culpé de haberles privado de aquel momento, sin darme cuenta les había robado aquel importante y cálido beso.

Casi habíamos retornado por aquel cavernoso pasillo, cuando sentí la necesidad de mirar atrás. Pude ver sus manos entrelazadas alrededor de aquellos sucios barrotes, mientras los gritos y protestas iban sonando cada

vez con más fuerza.

## Tímidas risas

*Ni siquiera se percataron de nuestra ausencia, que fue tan breve como frustrante, un pequeño suspiro en el tiempo.*

*Juan y Amador dormían plácidamente, sumergidos en sus sueños, bajo la atenta mirada de Marta, que bordaba a la vez que bostezaba. Parecía realmente agotada, de hecho, tardó en percatarse de nuestra llegada. No lo hizo hasta que estuvimos a su lado, en ese preciso momento se incorporó, mirando a madre con impaciencia.*



—¿A qué esperáis?, contadme, ¿qué tal está?, ¿cuándo le liberarán?  
—Preguntó buscando saciar su sana curiosidad, sus ansías por saber qué destino nos aguardaba.

—Nada amiga, no sé nada, no hemos podido hablar, solo insignificancias que no guardaban una mínima relevancia, banalidades que me hicieron marchar llevando conmigo la misma pesada incertidumbre. —Contestó madre, visiblemente desolada.

Pude sentir como me miraban y al instante callaban. Supe que preferían conversar en otro momento, cuando yo no estuviera con ellas.

Su fiel amiga la abrazó, mientras le susurraba algo al oído, para después marcharse. En una hora el resto de la casa estaría en pie, y ella debería estar al frente de todo aquello.

Me sentía cansada y profundamente decepcionada, aquello no se parecía a

lo que tanto había imaginado. En mi mente padre se marchaba con nosotras y jamás habría sido cruelmente apaleado.

Me senté cabizbaja. Celosa de esas dos criaturas tan felices, que dormían ajenas a todo aquel sufrimiento. Me invadió el simple y mundano deseo de imitarles, de cerrar los ojos para huir de tan oscuros y turbios pensamientos.

Madre vio que desfallecía, por lo que no tardó en aconsejarme que volviera a dormirme. Estaba claro que los niños aún tardarían en despertarse, y no había nada que poder hacer allí recluida.

Me ayudó a cambiar mi vestido por un cómodo camisón, para después cepillar con suavidad mi pelo. Madre comenzó a recogerlo en dos cómodas y largas trenzas, como solía hacer cada noche, solo así lograba evitar los molestos enredos y tirones.

—No hemos podido hablar, no sé nada. —Repetía madre una y otra vez, ausente, con la mirada perdida, sumergida también en el tremendo fracaso de aquella visita.

Cuando reparó en el hecho de que ya estaba perfectamente peinada, continuó mesando mi cabello con delicadeza y mimo.

—Lo cierto es que tienes una melena preciosa, mi vida, me recuerda a la que solía lucir cuando era más joven, larga, voluminosa y con un brillo realmente extraordinario.

Entonces madre hizo un prolongado silencio, absorta, moviendo los ojos de un lado a otro, mientras sus labios parecían dibujar una tímida sonrisa.

—Espera un momento, y si..., no, sería una locura, pero... podría funcionar.

Madre pronunció aquellas palabras completamente ensimismada, sin alcanzar a concluir sus frases, como si ella misma desconfiara de la idea que rondaba su cabeza.

—¿Qué ocurre madre?, ¿estás indispuesta?, podrías decirle a Marta, seguro que lo entiende. —Dije preocupada al verla completamente desorientada.

—Nada malo mi niña, puede que, todo lo contrario, cuando vuelva haremos algo juntas, a ver si resulta, ¿de acuerdo?

Estaba cansada de tantos misterios, y por eso, nuevamente, opté por descansar, En unas horas todo se proyectaría ante mí de forma menos borrosa. En aquellos momentos, la nitidez era imprescindible para mis lastimados y agotados ojos.

Ella se despidió con un beso, mientras yo di gracias por aquella perfecta



calma, aunque tardaría en sacar a padre de mis pensamientos, sus heridas se habían grabado a fuego en mi piel, hasta el punto de sentir las propias. De haber continuado así, me hubieran invadido la culpabilidad y más de un reproche, ¿Cómo era capaz de rendirme al placer del sueño, habiendo sido testigo de su horrible padecimiento?, pensaba mientras mis ojos se iban cerrando.

Finalmente, una fuerza superior a mi propia consciencia, debió guiarme a través del más placentero sueño. Logré dormir sin que aquellos perturbadores momentos deambularan torturando mi cuerpo.

Tal y como había presagiado, Juan y Amador no despertaron hasta bien entrado el medio día, sin duda nos faltaban por recuperar horas de merecido descanso.

Fue Amador quien se lanzó sobre mí, exultante de energía. En otra ocasión aquello habría bastado para despertar mi ira, sin embargo, en esta ocasión me sentía con fuerzas renovadas. La desesperanza había dejado paso a un ferviente y convencido propósito, el de dar por concluidos los inútiles y lastimosos lamentos, para comenzar la verdadera lucha por padre. Desconocía lo que madre tramaba, pero cualquier medio para alcanzar aquel fin habría de parecerme certero.

Madre debió venir como cada día a la hora del almuerzo, y al encontrarnos dormidos marchó dejando la comida dispuesta sobre la mesa, de hecho, no debió transcurrir mucho tiempo, pues cuando nos abalanzamos sobre aquellos cuencos, nos percatamos de la humeante calidez que aún desprendían. No tardamos en devorar aquel guiso, sin desperdiciar el caldo y sin dejar una miga de pan a salvo.

Tampoco tardaron en manifestarse aquellos dos golpes, aquella contraseña secretamente pactada. Para nosotros el día se había desvanecido en el aire, llevados por aquel largo y necesario descanso. Mientras Lucas había sufrido el lento y soporífero transcurso de las horas, ansiando el momento de volver a vernos.

Esta vez no hubo lugar a dudas ni temores, los dos golpes sonaron rotundos y secos, solo seguidos de un tranquilo silencio. Así lo manifestaron Juan y Amador, que no dudaron en correr desenfrenados a tirar de la puerta, sin vacilar un instante, convencidos de quien se encontraría al otro lado.

Lucas saltó sobre ellos como un león, con tanta fuerza que los tres cayeron de golpe contra el suelo, formando una pirámide de carcajadas y voces.

Enseguida supe que tenía que poner freno a todo aquello. Podía entender que ahora sus juegos dieran por olvidada aquella absoluta e inicial soledad, pero no estaba dispuesta a correr riesgos; no tendrían que abandonar sus juegos, pero sí mantener cierta precaución y mesura en el desempeño de aquellos.

Asintieron los tres con la cabeza, sin emitir una mínima protesta. Sin duda, aquella unión les daba fuerzas, todo valía, cualquier imposición o regla, siempre y cuando pudieran disfrutar de aquellos momentos en compañía.

Recuerdo que Lucas propuso jugar a las escuelas y sorprendentemente, a todos nos pareció una maravillosa y mágica idea. Juan no tardó en reclamar su papel protagonista, sin duda quería ser el ilustrado profesor, mientras que a los demás nos resultaba indiferente el lugar que debíamos ocupar, cualquiera sería ideal, con tal de volver a sentir esa normalidad, esa calma cotidiana, rodeados de amigos en clase, paseando entre juegos y charlas de vuelta a casa.

Terminamos siendo tres disciplinados alumnos, frente a un profesor, que resultó ser un tanto gruñón y tirano. Primero comenzó poniéndonos tarea, mostrándose paciente y complacido, a la vez que nosotros creíamos estar haciendo un buen trabajo, sobre todo el pequeño Amador, que apenas había comenzado la escuela cuando esta cerró sus puertas, por lo que se mostraba emocionado pensando que aprendía deprisa lo que le estaban enseñando. Pero al cabo de un rato, todo cambió de forma estrepitosa, Juan comenzó a comportarse de forma odiosa y mandona, exigiéndonos el desempeño de ejercicios que ni él mismo era capaz de realizar. Aquello estaba al borde del motín; yo estaba castigada contra la pared, Lucas lucía unas improvisadas y graciosas orejas de burro, y Amador corría alrededor de la mesa tratando de zafarse de Juan, que le perseguía con una vara en la mano, con la intención de golpearle por haberse equivocado al cantar la tabla del tres. Fue en ese momento de locura, cuando Lucas gritó para salir al recreo. Miramos desafiantes a Juan, que se vio obligado a negociar, concediéndonos quince minutos de descanso. Aun así, continuó sumergido en su desproporcionado personaje, fingiendo corregir exámenes, mientras nosotros jugábamos en aquel improvisado y estrecho espacio.

Apenas había tiempo para disfrutar, aquel juego se había tornado un infierno, y en breve nos veríamos sometidos a los caprichos del despiadado Juan. Pero Lucas tenía claro lo que debíamos hacer, nos llamó para formar un corro y fingimos jugar entre cantos y falsas risas, mientras él nos explicaba

como librarnos de aquel malvado tirano.

Para cuando hubo concluido el descanso, todos estábamos de acuerdo. Entramos en clase con sonrisas perfiladas de engaño, y cuando mi hermano se giró hacia su ficticio encerado, los tres nos lanzamos sobre él, en respuesta a la señal de Lucas. Lo cierto es que nos costó hacernos con él, era el más fuerte, pero al fin logramos atarle con una sábana a la silla, ponerle las orejas de burro y sustituir la cruel vara por una especie de betún que encontramos entre las cosas de madre, algo con lo que Amador pudo dar rienda suelta a su desarrollado y portentoso talento artístico, pintándole un bigote negro y rizado.

Pero al cabo de un rato, todos lamentamos verle cabizbajo. Era cierto que siempre se excedía en sus juegos y por lo general era otro el que salía perdiendo, pero verle allí sentado y avergonzado, dejó de parecernos divertido. Solo queríamos poder pasarlo bien juntos y por eso no tardamos en convenir concederle una nueva oportunidad.

—Si te rindes jugamos, si te rindes jugamos. —Repetía Lucas una y otra vez, sin dejar de lucir una gran sonrisa.

Pero como Juan continuaba en su postura orgullosa, con el ceño fruncido y luciendo morritos, Lucas no dudó en hacerle sucumbir empleando otros medios, unos muy distintos; cosquillas, besos y achuchones. Se aproximó al concienzudo maestro, y ni corto ni perezoso comenzó a colmarle de todo aquello que Juan aborrecía. Amador no tardó en emular al que ahora era su fiel amigo, y juntos continuaron con aquel despliegue de amor y risas, aún frente al mutismo infranqueable de mi hermano, que no dejaba de dedicarles miradas repletas de odio y recobradas ansias de venganza. Hasta que se me ocurrió la forma de ayudarles, no podía fallar, estaba convencida, y así me dispuse a pintar mis labios de color rojo intenso, y me fui acercando a él, mientras los humedecía de forma exagerada, fingiendo estar dispuesta a plantarle un beso largo y baboso. Todavía me rio al ver su rostro de espanto, estupefacto ante la sola idea de poder recibir un beso chispeante de su hermana. La reacción no se hizo esperar, comenzó a echarse hacia atrás, más y más, sus pies colgaban ya, y la silla se apoyaba solo sobre las patas traseras.

—¡Me rindo, me rindo chicos, pero quitarme a esa loca de encima!

—¡Menos mal que no he tenido que desperdiciar mi primer beso de amor contigo! —Exclamé, eufórica ante mi sublime logro. Dios sabe que no le hubiera dado ese beso bajo ningún concepto, pero sin duda sirvió para hacerle caer rendido ante los chicos.

Lucas y Amador acudieron complacidos a su desesperado reclamo, pero antes de desatarle continuaron intentando hacerle cómplice de sus risas, hasta que, por fin, los tres, acompañados de la silla, cayeron de espaldas al suelo, entre cómplices risas.

## Oscuras vestiduras

*Jamás olvidaré aquella tarde de juegos, de hecho, son las últimas risas que recuerdo. Aquel día Lucas se marchó pronto, su abuela había tenido que ausentarse para hacer unos recados, pero le había pedido que le esperase en su habitación alrededor de las cinco. Lucas estaba inquieto y emocionado, por alguna razón sospechaba que su abuela regresaría trayendo buenas nuevas. Y es que su desesperación había llegado a esos extremos, ya no fantaseaba imaginando la vuelta de sus padres, ni siquiera hablaba del lugar donde vivía antes de todo aquello, simplemente se conformaba con saber de su existencia, esperaba que alguien le confirmara que sus corazones seguían latiendo, aunque él ni siquiera alcanzara a poder sentirlos.*



Cuando se marchó todo se volvió a sumir en ese incómodo y turbio silencio, allí acorralados, añorando la libertad que un día dimos por sentado. El calor era cada vez más sofocante, tornando la estancia en la humeante boca de un volcán a punto de estallar. Por eso nos alegró sobremanera su inesperada llegada. Con tanto suspiro y soterrado quejido habíamos olvidado que Marta vendría, trayendo consigo algo con lo que poder aguantar hasta la hora de la cena. Aunque aquel calor nos había provocado una repentina desgana. Solo Amador acudió corriendo. No estaba dispuesto a dejar de averiguar si Marta traía consigo algún bizcocho. Cualquier dulce merecía para él un último y bochornoso esfuerzo.

Ella le miró con ternura y, agachándose hasta encontrarse a su altura, le mostró un pequeño pero apetecible bizcocho.

—Ten Amador, he guardado este para ti, sé que es tu favorito, también he traído uno para tus hermanos, aunque ellos no parecen tan ilusionados.

Acto seguido Marta nos llamó a la mesa, ofreciéndonos leche fresca para acompañarlo. Y aunque Juan y yo compartíamos la misma desgana, coincidimos al creer descortés hacer oídos sordos a su recurrente y amable llamada.

Pero no habíamos terminado de llegar a la mesa, cuando llamaron de forma insistente. Pensé que no podía tratarse de Lucas, pues apenas acababa de marcharse. Marta nos guio de la mano hasta el pequeño remanso que había tras la puerta, nos colocó en fila y nos pidió que no hiciéramos ruido. En esta ocasión no sentí miedo, situada en el medio, tomé las manos de mis hermanos, tratando de transmitirles, por una vez, aquella plácida sensación. Estábamos con la dueña, era su casa, ahora nada malo podía pasarnos.

Ella nos miró asintiendo con la cabeza, como si confiara plenamente en nosotros. Por nuestra parte sellamos los labios y nos acercamos todo lo posible a la pared, tratando de contener la respiración. Abrió sin titubeos, plenamente convencida, pero pronto se hizo un extraño silencio. Vimos aparecer los zapatos de Marta, y no tardé en deducir que ahora estaba agachada. Aquello me aterrorizó, congeló mi sangre por completo, nada lograba dar sentido a esa nueva e incómoda postura. Todo era desconcertante, hasta que comenzaron los lamentos, pudimos escuchar el comienzo de un desconsolador llanto. No sabía quién lloraba, solo que parecía pertenecer a un niño, alguien pequeño estaba al otro lado.

No había logrado decidir qué hacer, cuando sentí que Marta se incorporaba, para después desplazar la puerta, apareciendo por fin, a salvo, acompañada del pequeño Lucas.

No entendíamos lo que estaba ocurriendo, Lucas vestía de negro, tenía la mirada clavada en el suelo y las lágrimas cubrían su rostro. Marta le acariciaba y calmaba, sin preguntarle nada, como si entendiera el motivo de aquel dolor que estaba padeciendo.

Juan y Amador corrieron a su lado para fundirse con él en un fuerte y sentido abrazo. Le preguntaban una y otra vez lo que le había ocurrido, pero el pequeño estaba tan apenado que solo alcanzaba a dar cortos e ininteligibles balbuceos.

Todo apuntaba a una triste despedida, se marchaba la única persona que

daba un poco de entretenimiento y luz a nuestros funestos días.

Aunque insistimos, Lucas permaneció hundido en su profundo y secreto sufrimiento. Solo seguía llorando y temblando, aún abrazado a nosotros.

No habían pasado más de unos minutos, cuando la abuela de Lucas atravesó la puerta, le había visto entrar y acudió en su busca, pues no podían demorarse. Y comprendimos que no había lugar a dudas, nuestro único amigo estaba a punto de marcharse, cuando apenas comenzábamos a disfrutar de su mágica compañía.

No pude evitar fijarme en las vestiduras de su abuela, también incapaz de articular más que palabras entrecortadas.

De nuevo Marta reaccionó conmovida y protectora, solo que ahora su rostro también estaba rebosante de lágrimas.

Entonces lo supe, recordé aquella suma de factores, era como aquella vez, la pequeña Eva enfermó, jugaba siempre con nosotros, pero después de aquello no regresó, dijeron que la escarlatina se la llevó. Padre y madre no nos contaron nada, pero todos pudimos ver a sus padres sollozando y vestidos de negro, caminando por la cuesta que daba al pequeño cementerio.

Sus padres se habían ido, y aunque poco entendía sobre el final de la vida, una cosa era cierta, jamás regresarían.

Madre nos habló del cielo cuando Eva se marchó, pero mis dudas continuaban despiertas, estaba llena de preguntas que aún tardarían en obtener respuesta.

Hubiera deseado encontrar la frase que le calmara y convenciera, pero todas le alejaban de ellos, ni el cielo ni los perfectos ángeles, de que tanto hablaba mi abuela, le darían lo que él anhelaba en esos momentos.

Lucas atendió al silencioso reclamo de su abuela, separándose poco a poco de nosotros. Amador se resistía a soltarle, se aferraba a su mano como si con él se marchara otro hermano. Ambos habían creado estrechos lazos, ya fuera por su edad o por la carencia de afecto en aquellos momentos tan oscuros y desolados.

Finalmente, Lucas trató de regalar a su pequeño amigo una torpe sonrisa, un guiño, que Amador supo agradecer en medio de tan horrible y desgarrador momento.

—Espera un momento amigo. —Dijo Amador entre sollozos.

Todos le aguardamos expectantes, mientras veíamos como rebuscaba en su pequeña caja de tesoros.

No tardó en regresar a su lado, entusiasmado, trayendo algo entre sus

pequeñas manos, que no alcanzábamos a ver.

—Toma, es para que nunca me olvides.

Lucas respondió extendiendo las manos hacia él, hasta ver como Amador dejaba caer sobre ellas un juguete, un pequeño soldado de plomo con el que nuestro abuelo le había obsequiado.

—Es mi más preciado tesoro, siempre me ha dado suerte, y ahora será tu amuleto, verás, todo te irá bien, amigo.

—Siempre. —Fue lo único que pudo responder, mientras apretaba entre sus manos aquella pequeña muestra de afecto.

Con él se marchó nuestra ilusión, nuestras vagas esperanzas, nuestro consuelo frente a esa constante sensación de abandono y miedo.

Jamás volveríamos a verle, aunque con el paso del tiempo supimos que, sin duda, Lucas había logrado sobrevivir a la tragedia, a pesar de todas aquellas penurias y tormentas.

Por su parte, Juan retomó sus acostumbradas y odiosas fechorías, mientras nuestro pequeño volvió a encerrarse en sí mismo, en su triste coraza, convencido de que nunca volvería a tener otro amigo como aquel, un ser afín en quien poder confiar, un verdadero hermano.



## Pequeña paloma mensajera

*Madre regresó bien entrada la noche. Enseguida comprendí que también conocía la triste noticia, pues nada más vernos se apresuró a colmarnos de caricias y besos, mientras nos decía que ella siempre estaría allí, nada ni nadie podría alejarla de nosotros.*



Compartimos una tranquila velada alrededor de la tenue y plácida luz de las velas, degustando una exquisita y succulenta cena, que Marta había reservado para nosotros.

La pérdida de Lucas nos hizo sopesar el valor de todo aquello, la importancia de mantener la familia unida, convencidos de que solo así lograríamos traer de vuelta a padre.

Recuerdo que madre parecía rendida, en ocasiones, durante alguno de los relatos que leía a los chicos, su voz enmudecía, a la vez que sus ojos descansaban durante un tímido y silencioso parpadeo. Yo lo sabía, era consciente de su esfuerzo, del modo en que, agotada y abatida, nos dedicaba los últimos momentos de un largo y tedioso día.

Al terminar la cena, ella se dispuso a preparar a los pequeños, que no cesaban de emitir tremendos bostezos. Mientras, me precipité a compensar a madre con lo único que podía estar a mi alcance; recoger la mesa era un insignificante pago por sus innumerables desvelos, pero pensé que agradecería tener unos minutos de merecido descanso. Así pues, limpié los

platos, recogí el habitual desatino que solían dejar tras de sí aquellos dos granujas, y todavía me restó tiempo para ponerme el camisón, mientras podía escuchar los cálidos susurros del relato que madre contaba a los niños.

Me recosté en la cama, mientras veía a madre, ya incorporada, terminando de arroparlos, plasmando, en sus angelicales y plácidos rostros, un tierno y profundo beso.

Madre respiró profundamente aliviada, como si por fin pudiera declarar vencido su titubeante y castigado cuerpo. Se dirigió hacia mí, mientras estiraba todo el conjunto de sus huesos, a la vez que los músculos de su hermosa cara se deformaban, dibujando una desgarrada expresión de profundo y encarnecido duelo. Sentada a mi lado, sin pronunciar palabra, comenzó a buscar algo en uno de los bolsillos de su bata. La miraba ensimismada, embelesada por el suave sonido que despertaba el roce de aquella tela, sin importarme lo que pudiera guardar en ella. Pero entonces tomó mi mano, y puso sobre ella su puño cerrado, dejando deslizarse algo que me dejó aún más perpleja. Se trataba de un fragmento de papel y un lápiz bastante desgastado. El sueño me impedía arrojar un mínimo de luz y sentido común sobre todo aquello, por lo que me mantuve expectante, con la mirada fija sobre aquello que sostenía en mi mano. No tendría que esperar demasiado, pues madre levantó mi barbilla con un gesto suave de su mano, reencontrándome de nuevo con su desvanecida pero misteriosa mirada. Fue entonces cuando pronunció aquellas enigmáticas palabras, lo que vendría a ser el camino a la libertad, enmascarado de una sutil simpleza.

—Tú serás mi pequeña paloma mensajera. —Dijo presa de una súbita y radiante ilusión reavivada, mientras me guiaba impaciente y emocionada hacia un lado de la mesa, donde había más papeles y pequeños lápices afilados.

—Es todo lo que he podido encontrar, no es mucho, pero bastará, ya lo verás. ¡Casi olvido los lazos! —Exclamó golpeando su frente— Espera un momento, enseguida vuelvo.

—¿Lazos? —Pensé incrédula ante aquel desatino.

No buscaba obtener ninguna respuesta, sino más bien aliviar aquella profunda sensación de zozobra.

Aquello carecía de sentido. Padre encarcelado y nosotras perdiendo el tiempo en pasatiempos absurdos y mundanos. Mantuve la respiración, a la vez que me aferraba indignada a un desgarrado hilo de esperanza, confiaba en que todo eso no tuviera nada que ver con la soñada y temprana excarcelación

de padre, ya que, en tal caso, estaría completamente perdido.

Madre apareció al instante, esta vez exultante de energía. Una sonrisa nerviosa enmarcaba el gesto de su cara. Actuaba de forma compulsiva, hablando para sí misma, sin dejar de formar pequeños cilindros de papel entre sus dedos. Después fijaba sus ojos en mí, sin dejar de murmurar, como si en mí se encontrase la clave final para dar por concluidos sus planes.

La ira me dominaba, hasta el punto de sentir que no podía controlarla, tenía que arrojarla, o toda esa rabia terminaría por devorar mi alma. Me sentía engañada, defraudada ante toda aquella parafernalia, todos aquellos útiles que no servían para nada, o al menos no para lo que la situación requería. Nada con lo que poder derribar puertas o abrir fuertes cadenas.

—¡Madre, esto no vale para nada! —Estallé, sin pensarlo.

Recuerdo como se giró sobresaltada, dejando caer uno de aquellos pequeños tubos al suelo; para después venir hacia mí, de forma comedida y pausada, sin mostrarse mínimamente alterada ante mi pueril pataleta.

—Mi niña, sé que no lo entiendes, pero a veces, el cuchillo que mejor corta, no tiene ni filo ni dientes. Tú y yo nada podemos hacer frente a fortalezas, muros o torretas, pero sí podemos luchar por aquello que tu padre tanto amaba, nuestra naturaleza misma, el ser pensante y libre.

Mantuve la mirada perdida e inerte, sin duda madre sobrevaloraba mis facultades, pues me sentí incapaz de entender lo que me había dicho. Me juzgué ignorante y torpe, mientras renunciaba a mis antiguas e infantiles vanidades.

—Comprendo tu desazón Isabel, no es tu culpa, siéntate a mi lado, pronto lo entenderás todo.

Me senté junto a ella, avergonzada, convencida de haber cometido una imperdonable e insensata torpeza, viendo humillado, de nuevo, mi arraigado y desmerecido orgullo de cría.

Madre me relató, como, mientras contemplaba mis trenzas, tras aquel desafortunado día, el de la primera visita, invadida por un profundo sentimiento de impotencia, le sobrevino una brillante idea, la llave que pondría fin a esa censura, a esas visitas repletas de obligado mutismo y narrativa vacía. Había muchas cosas que decir y no estaba dispuesta a perder el breve tiempo que les unía. Se acordó de como la voz llegó a su destino a través del tiempo, a veces encontrando refugio en las adiestradas alas de aves mensajeras y otras mediante simples artilugios, como translúcidas botellas. Ahora sería ella quien encontrase un nuevo cauce para sus furtivas promesas.

Aunque madre continuaba cegada, rindiendo pleitesía a su cobarde hermano, en el fondo sabía que no podía descargar sobre él sentidas confianzas, y aún menos esperar obtener respuesta a sus soterradas y enmudecidas réplicas. Él era un instrumento, capaz de abrir aquellas puertas, en verdad un oscuro aliado, pero al fin y al cabo eso, nuestro único medio certero. Por esa razón, ella incluyó su nombre en la narración de sus planes.

—Mi niña, sé que te resulta difícil, incluso doloroso, pero es crucial que tu tío este convencido de nuestro abatimiento e infinito agradecimiento, solo así lograremos disipar cualquier mínima sospecha. Dime, ¿serás capaz?

Con aquellas palabras apelaba de nuevo a mi débil y marchito sentido del deber, reclamando mi ayuda, sin alcanzar a darme una visión clara y concisa de lo que me estaba pidiendo. Solo sabía que mi persona desempeñaba un importante papel, para el que podía no estar preparada.

—Siempre, sea lo que sea, solo dime lo que he de hacer, juro que esta vez no te defraudaré. —Contesté, sin ser fiel a mis verdaderos sentimientos.

No tardé en vislumbrar los primeros signos de emoción y congoja. Sus labios temblaban, y ella se apresuró a taparlos con su mano, mientras sus bellos ojos brillaban agradecidos. En ese momento me apresuré a resguardarme entre sus brazos, sintiendo que ahora formábamos una fuerte alianza.

Más tarde, ya calmadas, todo comenzó a cobrar sentido. Madre escribiría pequeños mensajes en aquellos trozos de papel, y después, tras formar con ellos pequeños pergaminos, los camuflaría en el espesor de mi cabello, escondidos entre mis fuertes y espesas trenzas.

Ahora solo había que esperar a que mi tío nos comunicase cuando podría tener lugar la próxima visita, del resto nos ocuparíamos nosotras.

# Rumbo al corazón

29 de marzo de 1939

*El verano insistía en su llegada rotunda y prematura, y con ello un temporal de inusual calor nos oprimía, haciendo aún más insoportable la espera. Madre se dejaba la piel cosiendo y planchando de la noche al día, mientras lidiaba de forma cortes con más de una proposición deshonestas.*

*Lo cierto es que no me sorprendieron los relatos de madre. De mayor me contaría lo difícil que fue mantener la compostura ante los que la creían viuda o soltera, pues siempre poseyó una elegante y angelical belleza, que no les dejaba indiferentes.*



Aquella fatiga, dentro de aquel recóndito y desolado zulo, había conseguido minar nuestras fuerzas.

Resultaba extraño, aunque apacible, ver a mis hermanos postrados, tumbados o sentados la mayor parte del tiempo. El pequeño Amador no había vuelto a jugar desde la marcha de Lucas, y Juan ni siquiera alcanzaba a reunir fuerzas para organizar alguna de sus macabras ocurrencias.

Habían pasado escasos diez días desde que madre me hizo partícipe de sus planes, de su forma de emplear el ingenio para poder comunicarse con

padre. Cada noche tardaba en conciliar el sueño, rezando por ser capaz de ayudarla, y no cometer algún inesperado tropiezo. Pero el tiempo transcurría lento, mi tío no había vuelto a hacer acto de presencia. Tampoco había ofrecido respuesta a los múltiples reclamos que madre le hacía. Todo parecía presagiar lo peor. No fueron pocas las veces que madre se humilló implorando ante las piedras del cuartelillo, pero el paso sin él nos había sido vetado. Ahora el cerco se hacía más pequeño. Siempre tuve una ligera sospecha, pero entonces me supe en sus manos, solo mi tío, aquel que tanto aborrecía, podía abrirnos paso a través de aquellas puertas.

Aquella noche regresó algo más temprano, ni siquiera había ocupado su tiempo en comer, había preferido aligerar la tarea para llegar cuanto antes y compartir con nosotros la mesa. Los niños se pusieron pletóricos al verla, lo cierto es que resultaba triste ver que aquel era su único momento de entusiasmo en todo el día. Marta llegó tras ella, portando una humeante perola de exquisita sopa. No es que resultara apetecible en aquellos calurosos días, pero nos sabíamos afortunados, en aquellos difíciles momentos eran muchos los que no tenían nada que llevarse a la boca.

Por primera vez en todo aquel tiempo, Marta nos acompañó. Había dejado todo dispuesto y su marido había accedido a tomar su relevo por unos momentos. Aquello colmó de dicha a los pequeños. Lo que antes era normal ahora era motivo de regocijo. Alguien más nos acompañaba aquella noche funesta. Su reacción no se hizo esperar, se mostraron cordiales y serviciales, tratando de ayudar en todo, convencidos de que así Marta regresaría otro día.

La velada transcurría tranquila. Las dos amigas conversaban sobre los quehaceres del próximo día, mientras los niños se esforzaban por continuar complaciendo a Marta, como si en algún momento fueran a obtener su ansiada recompensa.

Por primera vez, en todo aquel agónico trance, observé complacida, que la noche les deparaba, en verdad, una pequeña sorpresa. Cuando Marta comprobó que nuestros platos estaban vacíos, nos pidió que extendiésemos las manos. Recuerdo el brillo en sus ojos, resplandecientes de emoción, mientras yo lo hacía tratando de no cometer un descortés e inoportuno desplante. Entonces, Marta nos obsequió con un succulento trozo de chocolate, un placer impensable entre otros muchos, y recuerdo, que, a pesar de mi inicial falta de interés, resultó ser el bocado más dulce y delicioso que haya podido saborear en toda mi vida.

Aquella refrenada ansiedad, por degustar aquel manjar, dibujó

pronunciados cercos alrededor de nuestros labios. Al percatarnos, la estancia quedó repleta de sonoras carcajadas, a la vez que madre y Marta se abalanzaban sobre nosotros para hacernos cosquillas. Fueron segundos gloriosos, aunque solo fuera la compasión de dos mujeres que nos adoraban.

Pero aquel festivo regocijo vino seguido de una calma repentina y brusca, lo que por desgracia venía siendo habitual. El manillar de la puerta se movía, y Marta reaccionó tapando con premura mi boca, a la vez que madre rogaba silencio, entre forzados y desesperados lamentos por nuestra falta de cordura y prudencia. Todo pareció tornarse lento, aletargado, casi como aquello que cuentan, lo del tiempo que se ralentiza cuando te acecha la muerte.

Fue madre quien se dirigió hacia la puerta, tras haber sumido la estancia en la más angustiosa de las tinieblas. Por suerte, en esta ocasión, el suspense se hizo menos prolongado, pues no había hecho más que entreabrir la puerta, cuando una tosca y familiar voz resonó en toda la estancia y gran parte del pasillo. Reconocerla me alegró sobremanera, era él, por fin había decidido honrarnos con su inquietante presencia.

—¡Antonio!, ¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó madre sorprendida pero visiblemente aliviada.

—Entra mujer, no querrás que todo el mundo descubra lo que aquí se cuece. —Dijo mientras empujaba a madre de vuelta al interior, comprobando que nadie se hubiera podido percatar de todo aquello.

No quise esperar, pensé que aquel momento era tan bueno como cualquier otro. Mejor dar el primer paso sin pensar, sin llegar a sentir renacer en mí las náuseas ante tan burda hipocresía. Me lancé sobre él con los brazos abiertos, mientras repetía su nombre una y otra vez, recreando una infantil melodía.

—¡Tío Antonio, tío Antonio, por fin has venido!

Supe que era el primer sorprendido, por el tiempo que tardó en abrazarme. Sin embargo, al cabo de un rato, accedió complacido ante tanto lisonjeo.

Ni siquiera se había sentado, al parecer le aguardaba algún alto mando. Se limitó a decirnos que aquella misma noche podríamos verle de nuevo. A continuación, se marchó sin hacer demasiado alarde de buenas maneras. Nos aguardaría junto a la puerta trasera en escasa media hora.

Madre estaba descompuesta. En un primer momento se dejó cautivar por un sentimiento de gozo, ante la idea de volver a verle, pero no tardaría en reparar en la inconveniencia de tan inesperada sorpresa, apenas tendría

tiempo para escribir la nota.

Habían pasado escasos segundos desde la marcha de mi tío, cuando por fin madre despertó ante el verdadero significado de todo aquello, miró a su alrededor, con la mirada repleta de terror, y al instante dio dos fuertes palmadas, en señal de reclamo, solicitando nuestra ayuda.

En cuestión de minutos todo quedó perfectamente recogido, y así, mientras Marta acostaba a los niños, las dos, con los nervios a flor de piel, nos pusimos manos a la obra.

Ella redactaba y yo trataba de escoger el lazo que guardaría aquel furtivo mensaje. Pensé que no tendría tiempo de cambiarme, debería lucir el vestido que llevaba, por eso merecía la pena esforzarse en aquel pequeño pero crucial detalle.

*«Mi vida, ¿Cómo estás? No debes preocuparte, sé que no podrás contestar, pero en breve conseguirás hacerlo. Como has podido ver acompaño un pequeño lapicero, por si la situación se presentara propicia y pudieras escribir al reverso de esta. No he de mentirte mi bien, te extraño como jamás pensé tener que hacerlo, resultaba más sencillo imaginar que siempre estarías a mi lado, tal y como juramos aquel día. El tiempo transcurre vacío, mientras la desolación y la ausencia de ti van minando mi alma. A pesar de haber luchado por mantener mi promesa, siento flaquear mis fuerzas. He velado por nuestros hijos, no has de sufrir por ellos, aunque presos de la desidia, están bien; pero no sé el tiempo que podré soportar. Mi amor, no quiero fracasar, no te quiero fallar, pero tengo miedo, me paraliza continuar sin ti. Necesito un pequeño hilo de esperanza al que poder aferrarme, algo has de saber. Recuerda que siempre fuimos leales y sinceros, no disfraces tus palabras de amables invenciones, ni trates de improvisar promesas que se desvanezcan como el viento, pues así esta arriesgada argucia no sería más que una ridícula y lamentable torpeza. Cuídate cariño, siempre te estaré esperando. Te quiero.»*

No alcancé a leer una sola palabra de aquella preciosa nota, como tampoco vería ninguna de las que siguieron a esta, madre las enrollaba con temple y rapidez una vez concluidas, mientras aguardaba mi llegada. Solo después, cuando todo hubo acabado, se me permitió conocer el contenido de aquellas bellas cartas.



## La oscura fortaleza

*Madre no tardó en peinarme con dos gruesas y largas trenzas, hechas con firmeza y sujetas por dos lazos fuertemente anudados, una portaba la nota y la otra lo necesario para obtener alguna respuesta.*

*Mi tío aguardaba impaciente en la entrada, tal y como nos había indicado, mirando hacia un lado y a otro, cual bandido que espera en la oscuridad, agazapado. Nos tomó del brazo con sus bastas y habituales maneras, y nos encaminamos a través de aquellas desoladas y pedregosas tierras, dejando atrás nuestras huidizas sombras, tímidamente dibujadas por la tenue luz de aquellos faroles. Fuimos arrastradas sin poder proferir ningún tipo de protesta o leve quejido.*



No tardamos en divisar las puertas de aquella oscura fortaleza, flanqueada por dos hombres uniformados. Fue entonces cuando reparé en un detalle que había pasado por alto, sin duda, presa de la emoción y las prisas. Observé que vestían como mi tío. Entonces, mis sospechas se vieron claramente reforzadas, aún más cuando pude presenciar aquel saludo repleto de sonrisas y sobradas confianzas.

En esta ocasión no tendríamos que entrar en ninguna de aquellas celdas, todo estaba dispuesto, habían conducido a padre hasta una sala apartada, tratando de prevenir así nuevas insurgencias. De hecho, todo se fue desarrollando de forma rápida, sin duras esperas que vinieran a prolongar la

agonía. Nada nos hizo presagiar que tras aquella primera puerta nos tropezaríamos de bruces con su silueta.

Era él, claramente desmejorado, pero su dulce mirada y su gallarda figura aún resplandecían en medio de aquella triste y mugrienta estancia. Esta vez, no quise esperar, me lancé sobre él sin pensar, sin calcular siquiera si padre tenía fuerzas para poder soportar mi efusiva y pesada carga. Me colmó de dicha sentirme recibida con fuerza entre sus brazos, ahora algo huesudos, aunque enérgicos y firmes como antaño. Madre me siguió de cerca, por lo que no tardamos en fundirnos en un monumental y ansiado abrazo, repleto de besos y caricias.

Aún tendríamos que esperar la marcha de mi tío, solo entonces podríamos hacer partícipe a padre de nuestro secreto. Pero él parecía disfrutar sabiendo lo perturbadora que resultaba su presencia. Parecía deleitarse resoplando a nuestro alrededor y dejando caer sobre padre miradas condenatorias y burlescas.

Sabíamos que la única manera de frenar sus pretensiones era armándonos de paciencia, minando sus intenciones a base de indiferencia, solo así claudicaría, tendría que terminar sucumbiendo.

Nuestra estrategia no tardó en alcanzar merecida recompensa, al cabo de unos minutos comenzó a emitir un molesto e incesante carraspeo, para terminar, abandonando la sala, asegurando, entre dientes, tener cosas mejores que hacer. Cualquier cosa antes que presenciar amor y muestras de ternura.

Cuando por fin nos sentimos seguras, madre se apresuró a sentarse a mi lado, y sin perder un momento, comenzó a aflojar el primero de los lazos, para después deshacer la trenza, solo hasta la altura necesaria para poder extraer con facilidad la nota. Padre contemplaba la escena incapaz de salir de su asombro, absorto ante tan extraño proceder. El pobre debió pensar que carecía de sentido gastar aquel breve y valiosísimo tiempo en nimiedades como aquella.

Cuando el blanco amarillento de aquel papel comenzó a sobresalir de entre mi pelo, el semblante de padre pasó del asombro a la incredulidad. Su tez rebosaba curiosidad y desconcierto, cuando madre abrió con cariño uno de sus puños, para extenderlo y depositar en él aquel emblemático y mágico descubrimiento.

Miraba alarmado hacia la puerta, probablemente convencido de los problemas que podía acarrear todo aquello. Hasta que madre puso la mano en su hombro, mientras le dedicaba una mirada cómplice y tranquilizadora,

haciéndole saber, sin hablar, que podía leer en calma. Él confió en ella, como siempre lo hizo, a ciegas; y mientras padre se sumergía en el misterio de aquella inesperada carta, observando complacido que junto a ella había un pequeño recorte de periódico, madre me condujo junto a la puerta, y allí, donde resultaba posible escuchar pasos o voces acechantes, comenzó a rehacer la trenza, para después proceder igual con la otra, y así poder entregar a padre lo que habría de servirle para tratar de escribir algunas líneas.

Resulta sencillo imaginar lo fácil que habría sido colocar aquel papel en uno de mis bolsillos o simplemente escondido. Pero solo cometería ese error un ser inocente que no le hubiera conocido. Mi tío era infame y desconfiado con todo el mundo, mucho más con su familia. Solía depositar caramelos en mis bolsillos o hacerme cosquillas en situaciones completamente fuera de lugar, con el solo propósito de vigilar, de controlar todos nuestros movimientos, incluso los que podían tener que ver con su pequeña sobrina. El simple hecho de escuchar arrugarse aquella nota hubiera despertado sus sospechas.

Padre se había sumergido de lleno en la profundidad de aquellas sentidas letras. Pudimos verle sonreír complacido, y al rato apenado como un niño, así cada cierto tiempo, pasando de la alegría al llanto, incapaz de refrenar aquel cúmulo de emociones que de pronto le invadían. A menudo, nos sonreía y otras veces miraba a madre, mientras apretaba la boca con su mano, como el que trata de ocultar un profundo y arraigado dolor, casi parecía implorar algún tipo de perdón.

Ansiaba correr a su lado, abrazarle y tratar de consolarle, pero hubiera sido demasiado arriesgado, no debía distraerme, debía mantener la cabeza templada. Madre tenía que terminar aquello, y yo tenía que lucir tal y como había llegado, solo así lograría disipar cualquier mínima suspicacia.

El tiempo había transcurrido rápido, dicen que lo bueno dura poco, pero aquello pareció el brillo de una estrella fugaz en el firmamento. Esta vez tuvimos que gastar nuestro valioso y ansiado momento en llevar a buen término nuestra ocurrente idea. Apenas hubo lugar para arrumacos y besos, pero si al final lográbamos saber la verdad que enmascaraba todo aquello, habría merecido la pena todo aquel sacrificio.

Para cuando madre se percató de la cercanía de aquellos pasos, él había concluido, incluso le había restado el tiempo necesario para ocultar con sumo cuidado el papel y el diminuto lápiz.

La proximidad de aquellos pasos hizo que nos fundiéramos en un fuerte

abrazo. Merecía la pena aguardar así, en silencio, aspirando aquella atmósfera de amor, aquellos buenos deseos, aquella necesidad de estar juntos de nuevo, sin pensar, sin temer, sin lamentar nada, solo aguardar su llegada.

Finalmente, la puerta se abrió de golpe, y tras ella de nuevo él, su tosco y chabacano porte, sus bastas y frías maneras. Solo que esta vez traía consigo una insólita e inesperada propuesta.

Nos dijo que madre tenía que marcharse cuanto antes, pero si yo estaba dispuesta a soportar todo lo que aquel lugar implicaba, podría permanecer aquella noche junto a padre, podría dormir junto a él, podría escuchar uno de sus mágicos cuentos y acompañarle en sus fríos y solitarios sueños.

Recuerdo que ella se quedó desconcertada, no alcanzaba a comprender porque permitían permanecer a una niña en un sitio como aquel, repleto de quejidos, olores nauseabundos y camas que eran poco más que una vasta madera.

Madre no tardó en poner de manifiesto su asombro e indignación ante tan extraña sugerencia, aquello escapaba a toda lógica y entendimiento posible. No lograba entender porque no se le brindaba aquella ocasión a ella, su esposa, alguien capaz de vislumbrar los sinsabores que albergaba aquel recóndito y sombrío lugar.

Pero mi tío no prestó oído a sus ruegos, a su idea de cambiarse por mi persona; se limitó a decir que solo yo estaba invitada, y en caso de optar por declinar tan amable y cordial ofrecimiento, ambas tendríamos que abandonar el lugar al instante.

Permanecí en silencio, sin saber muy bien lo que sería más correcto, continuar callada o dejar hablar a mi abrumado corazón, dejarle gritar a los cuatro vientos que ansiaba quedarme a su lado, sin importar lo que nos rodeara o incomodara.

La reacción de padre tampoco se hizo esperar, apoyaba la protesta colérica de madre, con mayor moderación que ella, pero dejando clara su desaprobación ante tan descabellada ocurrencia.

No estaba dispuesto a ver como permanecía a su lado encerrada, por mucho que pudiera anhelar mi presencia.

Mi tío parecía disfrutar con todo aquello, y la intervención de padre no hizo más que avivar la llama de su macabro propósito, su deseo de humillarle hasta el final, como si todo aquello no fuera suficiente trofeo para sus maquiavélicos sentimientos.

Recuerdo que entonces me miró y solo me hizo una pregunta.

—¿Quieres estar con tu padre? —Dijo con voz ronca y hueca.

Tenía tanto miedo de errar en mi forma de contestar, que solo fui capaz de asentir con la cabeza, sin apenas respirar. Enseguida pude ver el gesto compungido de ambos, como si les hubiera traicionado. Quise rectificar, no había mala intención en mi respuesta, solo buscaba no dejarle solo. Aun así, traté de arreglarlo, y comencé a mover la cabeza en señal de negación, incapaz de articular palabra. Pero para entonces mi tío se había cobrado su preciada y ansiada respuesta, y era sí, me quedaría esa noche acompañando a padre, en aquel lugar triste y oscuro, alejado de la mano de Dios, y él continuaría relamiéndose por su endemoniada victoria, fingiendo, de nuevo, habernos concedido un deseo.

A partir de aquel momento, la insistencia de madre no sirvió de nada. Fue conducida hacia la puerta sin escrúpulos ni atención alguna, viéndose obligada a mirar torpemente hacia atrás, mientras trataba, sin demasiado éxito, de frenar el impulso de su hermano, para lanzarnos un beso entre sollozos, mientras padre trataba de calmarla con tres dulces palabras.

—Estaremos bien, cariño.

Ambos quedamos con el ánimo truncado, sintiendo que aquella estancia se tornaba mucho más lúgubre y vacía. Padre me atrajo hacia él con todas sus fuerzas, y entonces sentí que estaba segura, nada podía pasarme si él estaba a mi lado.

## Corazón valiente

*Solo cuando logramos calmarnos, fui capaz de reparar en la realidad que nos rodeaba. Aquella habitación no era muy distinta de aquella otra celda, en realidad solo la hacía mejor el silencio, la distancia que la separaba del resto de los presos, la ausencia de quejidos y desgarradores lamentos. Aquello, sin duda, le restaba crudeza, haciéndonos pasar por alto la notable falta de pulcritud y belleza.*



—No temas mi bien, estamos solos, nada has de temer, yo te voy a proteger. Haré de las estrellas un manto, que te cubra de bellos sueños, y la luna brillante, cómplice de mis anhelos, iluminará esta estancia para que no albergues ningún tipo de inquietud o miedo.

Padre susurró aquellas tiernas y poéticas palabras a mi oído, mientras trataba de encontrarme acomodado en aquella dura y destartada cama. Por fortuna, las noches comenzaban a ser algo más cálidas, por lo que aquella harapienta y ennegrecida manta habría de bastar para frenar aquella leve y fresca brisa de verano.

Le recuerdo sacudiendo con tesón aquella apulgarada tela, poco antes de cubrirme con ella. La delicadeza y tesón que empleó en adaptar su camisa a modo de improvisada almohada, y su forma de admirar mi rostro mientras lo acariciaba, tumbado a mi lado, en una postura incómoda y descuidada, solo preocupado por procurarme seguridad y calma.

Por suerte, la plácida luz de la luna se abría paso a través de aquel estrecho y enrejado ventanal, tal y como padre había aventurado, impidiendo que la turbia y funesta oscuridad se apoderara de aquel tétrico y precario espacio.

Pero no quería dormir, aunque estaba cansada, deseaba aprovechar aquellos momentos, no podía estar junto a él sin escucharle, no podía perder aquel valioso y robado tiempo, ni siquiera pensé en él, probablemente estaría agotado.

—Padre, no puedo dormir. —Dije en un tímido y entrecortado reclamo, que pareció desvanecerse en el silencio, como si nada hubiese pronunciado.

Para entonces, debía estar sumergido en un tranquilo y merecido letargo, pues tardó en responder un largo rato.

—¿Decías algo, cariño?

—Me preguntaba si podrías contarme uno de tus cuentos, aún no logro dormir, y temo quedarme sola.

Esta vez mi voz sonó más enérgica y gritona, con el firme y decidido propósito de perturbar el plácido inicio de su reposo. Pensé que no era tan malo, solo le restaría unos minutos de descanso, pues yo misma terminaría cayendo rendida entre sus brazos.

La cama crujió, emitiendo estruendosos y chirriantes sonidos, mientras padre se incorporaba, a la vez que bostezaba. Estaba sentado, aunque parecía titubeante y profundamente cansado. Yo le observaba expectante, pensando si sería capaz de espabilarse, o por el contrario tendría que conformarme, permitiéndole continuar sumido en ese zozobranante y relajante estado.

—¡Está bien! —Exclamó de pronto, provocándome un tremendo sobresalto.

Todavía no había retornado el corazón a mi pecho, cuando padre dio unas palmaditas en sus piernas, invitándome a buscar refugio en su regazo. Mesaba cuidadosamente mi pelo, mientras balbuceaba palabras carentes de sentido, como si tratará de encontrar la combinación perfecta, la forma de dar comienzo a otra mágica y prodigiosa historia.

Pero entonces le interrumpí, no sé bien porqué, solo debía esperar, permanecer en silencio y aguardar la respuesta a mi demanda. Imagino que la desazón me superaba, necesitaba reforzar mi fe, aunque fuera a base de promesas vanas.

—Promete que siempre estarás a mi lado, que nada ni nadie podrá separarnos. Que pronto te liberarán y volveremos a estar felices como antes.

Lo cierto es que padre jamás contestó aquella pregunta, se limitó a mirarme visiblemente emocionado, con aquella bramante sonrisa que siempre lucía, sobre todo cuando la ocasión requería hacer uso de todas sus argucias para tratar de consolarme. Después, abandonó su postura encorvada, para enderezarse de forma súbita, a la vez que daba golpecitos con el dedo índice en su frente, como si una brillante idea le hubiera sobrevenido.

—¡Lo tengo! —exclamó pletórico— Hija, acabas de recordarme aquella preciosa historia, y es perfecta, has de escuchar lo que aconteció hace ya muchos años, en un pequeño campamento indio, junto al río, al cobijo de grandes y frondosas montañas. Él era Corazón Valiente, el gran jefe de la tribu, y ella, su amada hija, Flor que brilla, él la llamó así porque era hermosa como las flores y sus ojos lucían como radiantes estrellas en el cielo.

—¿Cuántos años tenía? —Interrumpí, impaciente por conocer más detalles sobre ellos.

—Debía rondar tu edad, quizás uno o dos años más, pero ese no es un detalle importante mi amor, tendrás que esperar para escuchar lo bonito de este cuento, aunque en realidad es más bien una leyenda, pero son muchos los que dicen que fue real. Ten paciencia, permíteme continuar.

Asentí y me acurruqué de nuevo a su lado, observando el movimiento que provocaba la magia que brotaba de sus labios, ansiosa por conocer el desenlace de aquel prometedor relato.

—¿Por dónde iba?, ¡Ah sí!, corrían tiempos difíciles para Corazón Valiente y los suyos, había personas que no respetaban nada y querían arrebatarles aquello que les pertenecía, eso por lo que tan duramente habían luchado, su tierra y su forma de vida. Eran personas pacíficas, amantes de la naturaleza, sin mayor tesoro que la propia vida. Odiaban la violencia y cualquier manifestación de esta. Solo cazaban para poder vivir, y a veces para protegerse.

El Gran Jefe adoraba a su hija. Durante el día siempre encontraba tiempo para compartir con ella momentos inolvidables, exploraban las montañas en busca de aventuras. Se refrescaban pescando en el riachuelo y al caer la noche, acurrucados junto a la hoguera, Corazón Valiente compartía con ella el recuerdo de bellas y emocionantes leyendas, muchas de antepasados nobles y de gran fortaleza.

Pero aquel fatídico día llegó, el que tanto habían temido. Todos sus intentos por evitar la guerra habían terminado en fracaso, y ahora aquel gran hombre se veía forzado a intervenir en un enfrentamiento, que sin duda se



cobraría muchas vidas.

Su corazón no albergaba miedo alguno, por su pueblo entregaría su propia vida, sin pensar, si no fuera por ella. Solo le desolaba la idea de no encontrar el modo de volver junto a su pequeña, de no ser capaz de encontrar la fortaleza para regresar y envejecer junto a ella.

La noche anterior a su marcha no lograba conciliar el sueño, trataba de encontrar el valor necesario para despedirse de su tesoro máspreciado. Era incapaz de hallar la forma de hacerle saber que lo era todo para él, no sin que sonara a despedida. Así, decidió salir de su tienda, para dejarse cautivar por el hechizo que ejercía siempre la luna en sus malos momentos, que había resultado ser su más fiel y sabia consejera. Bajo su atenta mirada obtuvo a menudo la luz que le faltaba. Y ahora, más que nunca, precisaba de su sabio consejo. Continuó caminando bajo su tenue y relajante fulgor, hasta llegar a la hoguera, donde se podía apreciar la plenitud de su belleza, y donde tantas dichas habían compartido.

Aquel instante no hizo más que acrecentar su incondicional fe en ella, pues al llegar, aún cegado por el candente resplandor de aquel plácido fuego, pudo distinguir su silueta, la de Flor que brilla. En su infinita sabiduría había guiado hasta allí a su hija, al menos él así lo creía. Se miraron, separados aún por el pequeño abismo que dibujaban aquellas avivadas llamas. Fue entonces cuando el fuego pareció bifurcarse, rindiéndoles merecida pleitesía, abriéndoles camino, para que sus manos pudieran alcanzarse. Se fundieron en un eterno abrazo, que bien podría derretir el propio infierno.

Allí, con la luna como fiel y cómplice testigo, Corazón Valiente prometió encontrar la manera de volver junto a ella, lo haría a cualquier precio, aunque tuviera que renunciar a su espíritu o a su propio cuerpo.

Padre me explicó entonces lo importante que era el espíritu para esos pueblos, y así fui capaz de valorar el gran sacrificio que estaba dispuesto a hacer aquel gran hombre.

Continuó contándome como marchó al día siguiente, con el rostro compungido, pero con el firme convencimiento de que algún día regresaría junto a ella.

Los días transcurrían largos y desoladores para Flor que Brilla, solo la creencia de que su padre regresaría algún día, hacía menos agónica la espera.

Pero en el campo de batalla la realidad se sucedía de forma muy distinta; Corazón Valiente y los suyos se habían visto superados en armamento y número, eran muchos los caídos, y las fuerzas de los supervivientes habían

mermado. Estaban completamente cercados; sin agua, sin alimento, sin esperanza. El Gran Jefe supo que era la última noche, y aun así agradeció la presencia de su amiga, en ese su último atisbo de vida, pensó que si había llegado su hora no podía existir un escenario más perfecto, con la luna plateando su piel y las estrellas para recordarle los momentos vividos junto al que era su cielo. Cerró los ojos resignado y complacido, sin mayor pesar que el de no haber sido capaz de cumplir su solemne promesa. Con el ruego de poder alcanzar el perdón en la memoria de su hija. Pero de pronto, el cielo comenzó a cubrirse de nubes negras, que amenazaban tormenta. Vio teñirse el horizonte de un intenso color magenta, como si hubiera de mostrar su propio sentir de duelo y luto. Pronto grandes gotas de lluvia recorrían su rostro, cuando agradecido por aquella última refrescante sensación, recordó a su hija; como le gustaba dar forma a las nubes, como amaba el olor que despertaba el agua al caer sobre la tierra, la manera en que se deleitaba con el perfume de las flores, los momentos compartidos pescando juntos en el arroyo. Lo vio en esos cruciales segundos, a punto de expirar su último aliento.

Poco antes de que el hombre que se había declarado su enemigo, cayera sobre él para segar su vida, clavó sus ojos en la luna y se dirigió por última vez a ella. En esta ocasión no pediría su consejo, imploraría en un desgarrador lamento, mientras su voz se quebraba debilitada, pronunció su deseo de convertirse en lluvia, tornándose en el agua que había sido la fuente de su vida.

Su cuerpo quedó inerte sobre la tierra y la lluvia no cesó durante días.

Para cuando padre había llegado a este punto fatídico y crucial del cuento, yo era incapaz de contener el llanto, trataba de disimular las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. Pero padre no tardó en percatarse de mi profunda y sentida congoja. Alarmado y pesaroso pretendió darlo por zanjado. No pensó que me afectara tanto.

Le rogué que continuara, y aunque se mostró reacio durante bastante tiempo, finalmente, accedió a ello, aunque no sin antes imponer una pequeña condición, estaba dispuesto a proseguir, pero tendría que tener paciencia.

—¿Por dónde iba?, ya sé. Verás, los días fueron transcurriendo, sin que nada volviera a saberse del destino de aquellos valientes. El corazón de Flor que Brilla no albergaba ningún tipo de rencor o reproche, solo añoraba estar a su lado, soñaba con ver regresar a su padre por aquel camino, en el que le dedico su último y sentido adiós. Nada lograba llenar su ausencia, y poco a

poco su brillante mirada se fue apagando. No había pócima ni unguento que los viejos sabios no hubieran probado, pero al final tuvieron que rendirse, incapaces de conceder la vida a quien no la quería.

Sin que se dieran cuenta, los meses de lluvia habían regresado. Aquel día la pequeña pudo escuchar el sonido atronador del cielo, anunciando la cercana tormenta. Debilitada, apenas con un hilo de vida en su frágil cuerpo, abandonó arrastrándose su tienda, incapaz de mantener su propio peso, atraída por el olor a tierra mojada, que lo impregnaba todo.

Una vez fuera, todavía arrodillada, puso los brazos en cruz, y aspiró profundamente, como si ansiara hacer suyo todo aquel aire, aquel aroma a tierra húmeda que tanto le gustaba. Y fue en ese preciso instante cuando la lluvia comenzó a caer. Flor que Brilla abrió los ojos sobresaltada. Los que la observaban temieron lo peor y corrieron a sujetarla, pero una vez junto a ella vieron que estaba sonriendo, rebotante de vida, como si aquello le hubiera devuelto la energía.

Finalmente, no se marchó, después de aquello decidió aferrarse a la vida. La lluvia trajo las perfumadas flores e hizo crecer el caudal del río. Y Flor que Brilla se deleitaba pasando el tiempo en el campo, en el arroyo y la montaña. Disfrutando de todo lo que solía hacer junto a su padre.

Nadie comprendió jamás su repentina mejoría, se limitaban a dar gracias porque en un determinado momento decidiera quedarse junto a ellos. Jamás supieron por qué desde aquel día la pequeña llamaba padre a las flores, al riachuelo y al cielo cuando llovía. Con los años decidieron ver en ello un tierno y merecido homenaje al que fue un noble padre y jefe.

La historia había concluido y me emocionó sentir que lo había entendido. Aunque él no estaba en cuerpo, aunque no podía verle, siempre estaría a su lado, velando por ella. Estaría en el campo y en el cielo, y cada día desbordaría su corazón y sus sentidos, como lo hiciera en vida.

—Estoy orgulloso de ti, no solo has logrado ser paciente, también lo has entendido, mi amor, hay cosas que se escapan a nuestro cotidiano entendimiento, has de creer que todo es más grande y maravilloso de lo que vemos.

Aquello debió causar el efecto pretendido por padre, pues me relajó la idea de que estuviera siempre; incluso fui capaz de dormir. Mis ojos comenzaron a nublarse, mientras pude ver a padre, bastante más despierto, tomando papel y lápiz, pues ya no quedaba mucho tiempo.

# Un pedazo de ilusión

*30 de marzo de 1939*

*Madre me recogió cuando apenas despuntaba el alba, y aunque todavía parecía algo contrariada, yo no podía evitar lucir una inmensa sonrisa, era incapaz de ocultar todas aquellas emociones, mi deseo por compartir con ella y los chicos aquel cuento tan hermoso.*

*Pero ella solo ansiaba saber lo que había sucedido, estaba impaciente por descubrir si portaba alguna nota, una mínima respuesta con la que poder alentar sus esperanzas, ya casi truncadas.*



Traté de hablarle en susurros, pretendía calmarla antes de llegar a la posada, pero ella se conducía a ciegas, tirando de mí con fuerza, presa de la incertidumbre, sin pararse a escuchar lo que trataba de decirle.

Quería contarle que había sido difícil, al menos más de lo que imaginamos. Padre había redactado su mensaje sin problema, pero ocultar el rollo de papel había sido distinto. Al despertar, mi cabello estaba despeinado y revuelto, no teníamos peine que poder usar y padre no era diestro en el arte de acicalar, por lo que finalmente tuve que ingeniármelas para usar los dedos a modo de improvisadas púas, a la vez que él trataba de ayudarme en la ardua

tarea de volver a rehacer aquellas dos grandes trenzas.

Por fortuna logramos hacer encajar el puzle, y ambas cartas quedaron prensadas en el grosor de mi pelo.

Sin embargo, el temor por ser descubiertos se mantuvo latente en nuestros ojos, al menos hasta que Antonio se hubo marchado con nosotras.

Madre me condujo a un paso tan forzado, que la casa de Marta pareció aborarnos, apareció de pronto, como si de una exhalación se tratara, como si hubiera estado en mitad del camino siempre.

Continuaba sin pronunciar una sola palabra. No habíamos alcanzado a cruzar la puerta de la habitación, cuando comenzó a deshacer el lazo de una de mis trenzas. Temblorosa fue escalando por ella. Solo sentí retornar la calma a su tenso y sofocado pulso, cuando sus dedos alcanzaron a rozar un trozo de aquel papel. Su rostro se iluminó y, una rebosante sonrisa se abrió paso a través de sus pómulos ensombrecidos. Comenzó a desenrollarla sin demora, empujada por una ilusión palpable, como cuando mi abuelo ponía ante mí aquel cuenco de chocolate, ¡cómo extrañaba todo aquello!

No tardó en tenerlo ante sus ojos. Rebosante de una emoción contagiosa se acomodó alrededor de la mesa, sosteniendo la carta entre sus manos. Con el pulso zozobante se sumergió en la lectura de aquellos delicados trazos, con el firme propósito de encontrar en ellos la clave de todo lo que estaba sucediendo, el porqué de su reclusión o al menos una mínima respuesta que aclarase aquel destino tan incierto.

Me acurruqué a su lado, aproximando otra de aquellas sillas, en silencio, tratando de prolongar el sueño de los pequeños, que aún dormían en una sincronizada sinfonía de ruiditos y ronquidos.

Me deleité observando el rubor sonrosado de sus mejillas, acompañado a veces de pequeñas risas. Satisfecha ante la idea de verla complacida, embelesada por el ritmo de aquellas valiosas líneas. Toda ella irradiaba vida y, aunque ansiaba conocer su contenido, me conformé soñando lo que decía. No pude evitar verme embargada por aquella mágica fuerza, aquel optimismo que brillaba en sus ojos, sin duda el regreso de padre estaba próximo, y aquel debía ser el feliz preludio de nuevos días.

Estaba traspuesta, augurar tantas maravillas había terminado por guiarme lejos de aquella estancia, a lugares de ensueño, donde no existía el dolor. Sitios en los que volveríamos a estar felices y juntos.

Pero entonces escuché un débil sollozo, primero tímido, secreto, como si tratara de acallararlo, tanto que dudé haberlo escuchado, hasta que se tornó

desesperado. Madre trataba de contener el llanto, ahogándolo con su mano, mientras estrechaba contra su pecho aquel pedazo de ilusión truncada. Me abalancé sobre ella, abrazándola con fuerza, tratando de calmar el temblor que invadía su esbelto y agotado cuerpo; mientras ella continuaba esforzándose por enmudecer aquel dolor que ahora se traducía en desgarradores lamentos. Supe que no quería despertar a los chicos, como también comprendí que no lograría calmarla. No solo se aferraba a lo que había escrito padre en aquel trozo de papel, también trataba de protegerme de su contenido.

Hice lo único que se me ocurrió en aquel momento, aún a costa de acarrear fatales consecuencias. Me zafé de ella como pude, dada la fuerza que empleaba presa de la congoja, y me conduje a hurtadillas por el largo pasillo de habitaciones, conociendo los riesgos de tan intrépida acción, pero confiando en que la mayoría de la gente no estuviera despierta. Me deslicé como un fantasma, silencioso y cauto, pero cuando estaba a punto de conseguirlo, se abrió una puerta. Escuché una tos ronca y seca. Supe que debía esconderme, de lo contrario estaría perdida. Pronto observé que no había salida, opciones como retroceder o continuar me hubieran delatado. Mi única oportunidad era aquel cesto de ropa sucia, apostado unos metros atrás, por donde ya había pasado. No había tiempo para pensar, ni para vaciar el cesto, pues de haberlo tenido, sin duda, habría sido un gran refugio, solo podía esconderme tras él, y confiar en que aquella persona decidiera seguir el otro camino. Me agaché junto a él y aguardé rezando en silencio.

Supe que venía hacia mí, lo sentí en la cercanía de sus ruidosos y contundentes pasos. Entonces ansié tener el valor suficiente para haberme entregado, privándome así de lo agónico de aquel intenso momento. Por fortuna mis cobardes piernas, de nuevo, flaquearon, y me mantuve esperando, aguardando el momento de ser descubierta. Se encontraba a escasos pasos, el eco de su respiración inundaba todo el espacio. Me sabía postrada y perdida. Pero de pronto otra voz sonó en la lejanía, alguien reclamaba su presencia en aquel preciso instante, cuando exhalaba ya mi último encarnecido aliento.

Le escuché replicar, pero un simple grito bastó para hacerle claudicar. Pensé que debía tratarse de un mando o alguien de rango superior, y aquella fue la única vez que agradecí la superioridad de un hombre sobre otro.

Finalmente, se habían marchado, pero la casa estaba a punto de despertar, en breve el tránsito se haría visible y nada podría ocultar mi presencia ante sus ojos. Debía correr, llegar al final del corredor y alcanzar la puerta de la

cocina, tras ella, seguro, se encontraría Marta o alguna otra de las mujeres que la ayudaban, pero ninguna de ellas representaba la más mínima amenaza.

Presas del pánico, corrí, corrí sin mirar atrás, juzgando esa mi única ocasión para huir de allí. Abrí la puerta de un empujón, con tal impulso que no pude evitar caer de bruces contra el suelo. Por suerte pude reaccionar interponiendo las manos, logrando reducir el impacto a la zona de las rodillas, aunque no por ello dejó de ser sumamente doloroso. Levanté lentamente la mirada, aquella torpe entrada había nublado por completo mi visión del entorno, en cierto modo temía aquello de lo que podía estar rodeada. Enseguida observé aliviada que Marta estaba sola, nadie la acompañaba, se mantenía perpleja, junto a los fogones. Entonces sacudió la cabeza, como si tratara de volver a sentirse despierta, y de una gran zancada llegó a mi lado, preocupada por comprobar que estuviera entera. No dejó de mascullar entre dientes, hasta que terminó de palpar cada uno de mis huesos.

Le relaté con premura lo que había sucedido, rogándole que viniera junto a madre. Solo ella sería capaz de templar su alma, solo en ella confiaba. No dudó un instante, me pidió que aguardara mientras buscaba alguien que pudiera sustituirla en la cocina.

Al cabo de escasos minutos regresó, tomándome de la mano, con ternura, pero visiblemente preocupada. Juntas deshicimos aquel tortuoso pasillo, esta vez sin miedo, confiando en su argucia para improvisar en caso de inesperados encuentros.

Pronto llegamos junto a la puerta, tras ella encontramos a madre, claramente descompuesta, aunque mucho más templada y serena, sin duda había encontrado el coraje para contener aquella profunda rabia, aunque solo fuera por prolongar el reposo de aquellos inocentes. Continuaba recelando de liberar aquel cautivo y confidencial papel, lo retenía con fuerza, con la mirada perdida, y un movimiento oscilante y constante, como el péndulo de un bello pero deslucido reloj de pared.

Marta se arrodilló junto a ella, tratando de fundir el hielo de sus engarrotadas manos. Y aunque el frágil artífice de aquella muestra de profundo dolor, lucía cada vez más arrugado, ella se resistía a soltarlo, mientras su fiel amiga la acariciaba el rostro tratando de sosegarla, a la vez que pronunciaba palabras alentadoras, procurando infundirle la fuerza que la llevara a desahogar su ira. Por momentos pareció que jamás abandonaría aquella trágica postura, tanto fue así, que Marta estaba casi incorporada, cuando madre extendió su brazo para sujetarla, suplicándole que se quedara.

Ambas se fundieron en un sentido y conmovedor abrazo, sabiendo que allí, en ese mísero tiempo de tinieblas, solo se tenían la una a la otra, no existía nadie más en quien poder confiar o a quien hacer la más mínima confidencia. Ni siquiera el Sr. Manuel era buen confidente para su esposa Marta, se limitaba a cumplir su parte de tarea en la posada, y el escaso tiempo libre que le restaba lo pasaba fumando o sumergiendo su cabeza en las atrocidades que refería la prensa.

Aunque había decidido sincerarse, lo cierto es que no pronunció una sola palabra, se limitó a extender los brazos, liberando aquel arrugado papel.

Me retiré pensando que agradecerían no sentir mi presencia acechante y cercana. Y aunque me gustaría decir que jamás llegué a leerla, o que lo haría años después, siendo mayor y algo más despierta. Lo cierto es que, aún me avergüenza reconocer que la tomaría prestada, aunque, a decir verdad, la robaría aquella misma noche, y jamás encontraría la ocasión de devolverla.

*«Mi amor, no debiste correr riesgos, aunque en el fondo de mi corazón agradezca tu imprudencia. Añoro cada minuto, cada segundo de existencia a tu lado, el suave tacto de tus manos y el dulce roce de tus perfectos labios. Extraño las pequeñas cosas, que al hacerse cotidianas dejan de parecer hermosas, pero lo son cariño; despertar a tu lado, cada almuerzo en familia, la risa de nuestros niños, aquel ratito de charla cuando están acostados, disfrutar de tu piel cuando la claridad se torna lejana...Solo lamento haber tenido que verme así para haber extrañado lo único que es valioso y verdadero en este mundo, aquello que nos hace ser lo que realmente somos.*

*Siento que hayas decidido hacer la intrépida locura de marchar hasta este maldito y olvidado lugar con los chicos, dejando atrás todo aquello que hacía más llevadera esta decadencia. Aunque no pueda negar que sentir vuestra cercanía alienta mi espíritu cada día. Pero verte agotada, entregada a un sinfín de tareas, hace que ese sentimiento se aflija, dejando paso a la pesadumbre de saber que estás sola en la afanosa tarea de sacarlos adelante.*

*No puedo ni deseo mentirte, no quiero manchar las que podrían ser nuestras últimas horas, de tinta emponzoñada. Las cosas no pintan bien mi cielo, parece que ya nada pueda frenar lo que ya es objeto de vítores entre ellos. Aquí siguen desapareciendo, no quiero volver a entablar conversación con ninguno de ellos, ya sabes lo pronto que afloran en mí esa clase de sentimientos, y no quiero revivir más despedidas en mi atormentada cabeza. Al comienzo marchaban en silencio, camino de un traslado o con el pretexto de ir a faenar en tierras vecinas, pero pasaban los días, y con ello las*



*noches, sin que nadie volviera a saber de ellos. Los rumores se fueron sucediendo y las tristes conclusiones no tardaron en hacer mella en cada uno de nuestros hombres.*

*Nadie más que mi corazón habla de mi destino, pero debes regresar al pueblo con los niños, aquí nada puedes hacer y allí las noticias se irán sucediendo. Hazlo por mí, cariño.*

*Te amaré siempre.»*

# Un inesperado festejo

*31 de marzo 1939*

*Cuando desperté al día siguiente, madre se había marchado, pensé que debió hacerlo antes de lo acostumbrado, pues solía despertarme mientras ella se arreglaba, o alertada por el ruido de la puerta tras su marcha.*

*Me sorprendió ver lo que parecía una nota, apostada junto al tosco jarrón de la mesa. Mi mirada turbia se mantenía fija en aquel misterioso trozo de papel, mientras mi mente hacía elucubraciones sobre su mordaz contenido.*



Retiré la colcha, invadida por el pánico, reviviendo el dolor del día anterior, el fatídico trance, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Cuando los chicos despertaron madre seguía ausente, petrificada, como si le hubieran arrancado el alma. Pasó el día divagando y releendo, como si dudara de sí misma, de lo que sus ojos le mostraban.

Me dirigí hacia la mesa con la firme convicción de zanjar aquella inquietud. El ansia de averiguar a donde había conducido sus pasos, en aquel lastimoso estado, me concedió el empuje que precisaba. Tomé la nota entre mis temblorosas y torpes manos. Enseguida pude comprobar a quien iba

dirigida, el nombre de Marta aparecía en ella. De nuevo, supe que no debía hacerlo, pero actué por instinto, una fuerza ajena a mi diaria sumisión, me empujó a rasgar el sobre sin pensar. Atónita descubrí el rumbo que habían seguido sus pasos. Explicaba que debía marchar en busca de su hermano, confiada en que solo en él podría encontrar el apoyo necesario. Continuaba encomendando a Marta la tarea de confeccionar a Juan algún dulce o pequeña sorpresa, con la que poder obsequiarle el día de su cumpleaños. Entonces pensé en lo inoportuno de aquel acontecimiento; como a madre, me hubiera gustado confiar en que él mismo lo habría olvidado, pero aquello era bastante improbable, él solo sabía el día en que vivía por aguardar aquella fecha, sin duda debió acostarse con aquel secreto pensamiento, confiando en lo que el día siguiente le aguardaba. Pensé que aquello ya era suficientemente triste y desolador, como para que un niño se sintiera olvidado el día de su séptimo aniversario. Por esa razón, decidí pasar el día empleando mi ingenio en aquel menester, tratando de pintar de color aquel apocalíptico día.

Recogí la habitación, aprovechando que aún estaban entre los brazos de Morfeo. Después tomé prestado lápiz y papel, del que habíamos estado empleando, y traté de improvisar una tarjeta, que después coloqué donde encontré la nota, al pie de aquel deslucido adorno. No había mucho más que poder hacer, ni envoltorios ni regalos. Traté de rebuscar entre mis pertenencias, con la intención de verme sorprendida por algún objeto, con el que poder agasajarle, pero marchamos con tanta premura de casa, que nada llevamos, más allá de lo puramente indispensable.

Por fortuna, se materializó el momento que había estado aguardando, Marta apareció trayendo consigo un espléndido y succulento bizcocho, acompañado de algunas onzas de aquel sabroso chocolate. Lo dejó sobre la mesa, dedicándome una sonrisa cómplice y risueña. Pensé que habían tenido tiempo de hablar sobre aquello, e imaginé que la carta era un mero recordatorio. No obstante, me apresuré a entregársela, y ella se limitó a fruncir el ceño, probablemente sorprendida ante el errado proceder de su amiga.

Descorrió las opacas cortinas y se dirigió de puntillas hacia la cama de Juan, al compás de un simpático bailecito. Sentada junto a él, comenzó a proferirle todo tipo de cosquillas y carantoñas, mientras mi hermano gruñía y tiraba de la colcha, con la clara intención de seguir durmiendo. Debió ser cuestión de segundos, el tiempo que tardó en percatarse del porqué de tan efusivo despertar. Fue en ese preciso momento, cuando se levantó de un salto

y comenzó a brincar de un lado para otro, exultante de energía.

Me resultó reconfortante, para variar, ver aquellas exageradas manifestaciones de merecido gozo y fantasía. Solo me desconsolaba pensar lo que él pudiera esperar, más allá de aquella humilde muestra de sincero y profundo cariño.

Saboreamos, en compañía de Marta, aquella ambrosía, entre risas y chanzas, como si por unos instantes el miedo hubiera cesado, una corta tregua a nuestros agotados y jóvenes cuerpos.

Luego ella se marchó, no sin antes hacer la solemne promesa de regresar más tarde para jugar.

Pasamos el resto del tiempo tratando de complacer cualquier mínima petición de Juan, conscientes de que aquel sería el único modesto homenaje que le podríamos ofrecer. Accediendo, por una vez, a todos sus deseos, sin excepción, sin valorar lo arriesgado o descabellado de sus ocurrencias. Ni que decir tiene que no tardaríamos en encontrar la consecuencia a tan bien intencionada osadía; Amador luciría un moratón, en la frente, durante días, y yo llegué a pensar que jamás recuperaría la movilidad en la rodilla. Aunque de haber sabido la sorpresa que estaba a punto de llegar, jamás habiéramos accedido a ninguna de aquellas intrépidas majaderías.

Aquel viejo reloj de cuco acababa de dar la una. Sin darnos cuenta la mañana había transcurrido fugaz, sin que nos percatásemos de la cercanía de la hora del almuerzo. Sin embargo, al cabo de un rato, no sería Marta la primera en atravesar la puerta, tal y como había prometido, sería madre, guardando una postura forzada y estática, que sin duda trataba de ocultar la presencia de otra persona.

En esta ocasión no hubo lugar para frustrantes decepciones. A madre le hubiera resultado imposible esconder tras de sí a padre, ya que su porte era mucho más alto y ancho que el de ella. Así pues, no tardamos en descubrir que era el abuelo Lorenzo quien nos sorprendía con su más que oportuna visita.

Supe que aquello tendría que bastar, su compañía daría luz al resto del día. Los niños se lanzaron sobre él, apenas madre se hubo retirado. Y aunque su llegada me complacía, hice gala de la injusta ira que le tenía. Traté como cobarde y traidor al ser que tantas enseñanzas me había transmitido, mostrando indiferencia y desprecio, una actitud del todo esquiva y reprochable, solo apaciguada por la casual cercanía de los pequeños, que en ocasiones propiciaban que me viera forzada a dedicarle fingidos abrazos o

fríos y huidizos besos.

Lo triste es que repudié lo que en el fondo anhelaba, su presencia me colmo de gozo, y solo el temor de sentir el sabor a traición en mi boca, frenaría mi impulso inicial de verme cautiva de sus cálidos abrazos, aun sabiendo que aquella dulce sensación sería lo más parecido a estar junto padre en aquel insoportable espacio.

Todavía puedo ver el rostro compungido de aquel gran hombre, descompuesto ante mi singular e inesperado rechazo, incapaz de vislumbrar los motivos que me llevaban a conducirme como un ser despreciable e infame, que nada tenía que ver con la dulce nieta que dejó atrás un día, junto aquel humeante cuenco.

Se frotó los ojos, como si tratara de despertar de un terrible sueño, como si aquella fuera la gota que venía a colmar el vaso, en este caso su corazón herido, carente de latido, al que le habían arrebatado hijo y nieta en un mismo suspiro.

Pareció apartar las miles de preguntas que debieron invadir su mente, para dejar paso a una sobreactuada y excesiva actividad, un derroche de energía que pretendía dar sobrada respuesta a la constante demanda de un niño. Juan tiraba de su pantalón con insistencia, tratando de atraerle hacia él, reclamando su posesión, esperando que la que consideraba su exclusiva sorpresa, le rindiera pleitesía el resto del día.

Los tres saltaron, rieron y jugaron el resto del tiempo, sin que nada ni nadie pudiera perturbar su eufórica dicha; solo la necesaria interrupción a la hora de la comida, que no dejó de resultar atípica, ya que tras cada cucharada Juan y Amador abandonaban la mesa, para tentar al abuelo a perseguirles o hacer alguna gracia o arriesgada pirueta.

Marta nos acompañó a lo largo de aquel extraño almuerzo, que, a pesar de estar repleto de gestos risueños, me resultó triste e incómodo.

Tanto ella como madre mantenían una postura cómoda, aunque no relajada, acorde con el buen hacer y correctas maneras, pero sin hacer ningún derroche de entusiasmo, o esfuerzo por formar parte de aquel mágico sortilegio. De hecho, madre exhaló algún que otro suspiro, siempre acompañado por la pronta reacción de su gran amiga, que enseguida le acariciaba el brazo con suma ternura o susurraba algo a su oído, mientras deslizaba la mano por su vencida y truncada espalda.

De pronto algo impactó contra mi cara. No era pesado, al menos no lo suficientemente consistente como para causarme daño alguno, aunque si

mordazmente eficaz a la hora de traerme de vuelta, viniendo a rescatarme del profundo agujero negro en que se hallaban sumidos mis confusos y envenenados sentimientos. Era un trozo de bizcocho, de aquel que rehusé probar, llevada por mi firme penitencia de no sentir ningún tipo de ilusión, al menos hasta que padre estuviera de nuevo a mi lado.

Esquivé aquella provocación, y otras tantas invitaciones a formar parte de sus juegos. Hasta que por fin nos vimos sorprendidos por la plácida calma de la noche. La calidez y los suaves cantos del cercano verano, se abrían paso a través de las ventanas, viéndonos, sin embargo, resignados a respirar pequeñas briznas de aire, que se colaban con dificultad, por aquellos estrechos huecos de puertas prácticamente selladas. Solo en aquel momento, cuando la oscuridad lo envolvía todo, gozábamos del privilegio de abrir las ventanas por completo, y sentir el frescor recorriendo nuestra piel, emborrachando cada poro de nuestros blanquecinos cuerpos.

Me apresuré a dejar entrar aquel fragmento de merecida libertad, pero en aquella ocasión me detuve antes de poder alcanzar el resquicio de la ventana. Cada noche, yo hacía el mismo rápido movimiento, y al instante madre se había encargado de apagar cada vela, sumiendo la habitación en la más absoluta de las tinieblas, condición imprescindible para dar rienda suelta a nuestras andanzas nocturnas. Pero en aquella ocasión no se había cumplido, las luces de las velas y el quinqué continuaban iluminando la estancia. Imaginé que madre seguía distraída, y sin duda no se habría percatado de que había llegado el momento de concedernos un respiro.

Entonces me giré, y al ver que sin duda había observado cada uno de mis pasos, supe que algo más estaba ocurriendo.

Aun así, quise disipar cualquier resquicio de duda, y me mantuve expectante y quieta, deseando que en cualquier momento reaccionara.

Eso jamás ocurriría, madre se limitó a reclamar mi presencia a su lado, con voz temblorosa y apesadumbrada; recuerdo que por entonces apenas era capaz de traer a la memoria el tono aterciopelado y sereno de la que antes era su voz cercana.

—Acércate Isabel, hay algo que debéis saber, y ha de ser antes de que concluya la noche, después habrá tiempo para tumbarse y descansar.

De nuevo era un enigma, era incapaz de alcanzar a descubrir que más desgracias nos aguardaban, pero estaba convencida de que nada bueno me esperaba.

Me senté junto a todos alrededor de aquella mesa, recelosa de las furtivas

miradas que mi abuelo y madre se profesaban. Enseguida comprendí que fuera lo que fuese él estaba al tanto de todo aquello.

—Veréis niños, el abuelo no solo vino por acompañar a Juan en el día de su cumpleaños, también está aquí para recogeros y llevaros a vivir con él y la abuela.

Madre soltó todo aquello de carrerilla, como si ansiara verse libre de preguntas, dotando sus palabras de rotundidad y firmeza, como si fuera cosa hecha, incuestionable, sin reproche ni alternativa posible.

Mi reacción no se hizo esperar; grite como jamás lo había hecho, sintiendo un profundo dolor, mezclado con un tremendo e incontrolable odio, que se adueñaba de mí a cada instante, creciendo más y más, incapaz de encontrar límite a sus fronteras. Entonces, cuando ya nada me importaba, y todo parecía perdido. Cuando la idea de alzar la voz sin importar los tonos, se mostraba ante mi atractiva, incluso liberadora, madre tapó mi boca con rudeza.

—Tú no irás, continuarás conmigo.

Aquellas palabras de madre domaron mi fiereza, trasladándome de nuevo a la más profunda incertidumbre.

## Un futuro incierto

*Madre nos explicó que la situación era cada vez más caótica. Algunos decían que el fin de la guerra estaba próximo, era cosa hecha. Pero aquello no podía significar el final del sufrimiento. La implantación de una dictadura jamás pondría freno a nuevas y constantes rebeliones y protestas.*

*Eran muchos los desaparecidos y otros tantos los pendientes de ser juzgados, o ajusticiados, si se trata de hacer honor a la verdad, pues no tiene potestad el hombre para enjuiciar el alma, ni puede matar ideales que jamás hicieron uso de la violencia. La palabra y el pensamiento son caminos a la libertad, y jamás podrán ser sentenciados. Bien es cierto, que como en todo conflicto hubo extremistas y asesinos, en ambos bandos, pero fueron demasiados los que murieron sin blandir ningún tipo de arma; hijos, padres y abuelos, que desaparecieron sin más, truncando generaciones, convirtiéndose en rememoradas y dolorosas historias, que apenas alcanzan a vislumbrar las sombras en el recuerdo de aquellos que los perdieron. Esos como yo, los que arrastramos el yugo de la pérdida sin justicia, sin consecuencias.*



Por todo aquello que parecía tan cercano y sobradamente anunciado, madre consideró conveniente poner tierra de por medio; sin duda aquel lugar era poco recomendable en aquellos momentos de máxima tensión. En breve todo aquel caos comenzaría a resultar palpable en aquel entorno de milicias.



Me regocijé al saber que solo ellos se marchaban, mientras yo me quedaba. No comprendí que madre se vio obligada a mantenerme a su lado, aunque aquello le supusiera el mayor de los fracasos; al verse de nuevo coaccionada, obligada por los hirientes caprichos de su hermano que, sin hacer caso omiso a sus múltiples súplicas, se limitó a decir que solo yo podría acompañar a padre en las sucesivas noches.

Ahora sé la impotencia que madre debió sentir al verse empujada a exponer la vida de su propia hija, en medio de tan trágicos y tormentosos momentos, pero en realidad es la única parte que agradezco de todo aquel sufrimiento. Doy gracias por la falta de pudor que tuvo al tratar de condenarle exponiendo nuestras vidas, porque solo en aquellas horas junto a él soy capaz de sentirme viva. Todas y cada una de aquellas trágicas y conmovedoras noches se grabaron por siempre en mi recuerdo y así pasarían a mis hijos, y a los hijos de sus hijos, inquebrantables, de forma que nadie olvidará jamás la verdad del joven y buen Lorenzo.

Así les vi marchar, entre enfurecidos lamentos y llantos, dedicándome severas miradas de condena, sintiéndose de nuevo abandonados, traicionados. Sé que traté de abrazarlos, pero solo Amador accedió a sentarse en mi regazo para recibir mis arrumacos. Juan se limitó a llamarme mentirosa una y otra vez, como si pretendiese plasmar incesante, atronador y perturbador su odio en mi memoria.

Lloré mientras veía el pequeño oso de peluche de Amador, descosido y mugriento, barriendo el suelo, mientras lo llevaba descuidado de su mano, caminando cabizbajo y resignado. Mientras Juan aguardaba ya dentro del auto, aquel que nos trajo a la oscuridad y que ahora retornaba aún más triste y vacío.

Sentí no tener lugar para mayores lamentos, me convencí de la certera y conveniente decisión de madre, y consideré oportuno esmerarme en ayudarla, ya que ahora ninguna otra ocupación me requería. No negaré que la noche fue perturbadora y extraña. Añoré sus pequeños ronroneos y la forma en que Amador se acurrucaba junto a mí para escuchar un cuento. El silencio invadía el espacio que antes cubrieron sus risas y juegos, y aunque jamás pensé poder sentirlo, lo hice, eché de menos a esos dos pequeños y risueños bichejos.

Madre confiaba ciegamente en el abuelo, para ella era más que su propio padre, o al menos así se lo hizo sentir siempre, desde que ennoviara con padre. Él siempre sonreía y le decía que era su nuera preferida, y entonces ambos se hacían un cómplice guiño, sabiendo que en realidad no existía rival

con quien poder compararla.

Por eso madre respiró al verlos marchar, sabía que él antepondría la seguridad de sus nietos por encima de su propia vida, y en cualquier caso estarían más seguros en el pueblo, allí donde todos formaban una pequeña familia.

El futuro era mucho más incierto para nosotras. Cuando el festejo y regocijo hicieran mella en los que allí residían, resultaría imposible mantener a salvo nuestras, hasta entonces, discretas apariencias.

El destino de padre no dependía de aquel triste y precario final, como habría cabido esperar si el triunfo hubiera sido de otros. Seguiría allí confinado, preso de sus captores, ahora además triunfadores; a la espera de ser masacrado, a manos de un régimen que nada ganaba al aparentar y nada quería demostrar, mucho menos humanidad o compasión. El escarmiento, la opresión y la venganza serían su única caridad humana.

Así, mientras esperaba impaciente ser requerida por madre, me refugié en aquella inhóspita y olvidada habitación, recorriendo la herida, aún encarnecida, aquella que ahora no era más que un vil delator de mi traición, de mi falta de honor y palabra. Había tenido que elegir y con ello les había fallado. Sin duda mi proceder sería el origen de sus próximos miedos y recurrentes pesadillas.

# El fin de la Guerra

*1 de abril de 1939*

*Fr*anco anunciaba el final de la guerra, tal y como se esperaba, en aquellos últimos días eufóricos para unos y terminales para otros.

*Pero* aquello no significaría el cese del sufrimiento, y aún menos la pronta liberación de todos los que continuaban encarcelados.

*Mientras* el generalísimo se deleitaba entre agasajos y felicitaciones, de personajes como Hitler, Mussolini o el propio Pío XII, cientos de personas continuaban en el abismo, aguardando para ser eliminadas, constituyendo el último remanso de víctimas empleadas para dar ejemplo y escarmiento, comenzando así la andadura por una larga y tormentosa dictadura.

*Solo* aquellos que recobraban de nuevo su estatus privilegiado, eran capaces de celebrar el régimen que había llegado. El resto, solo podía mirar con estupor a su alrededor, lamentando la pérdida y la destrucción, llorando por las muertes sin sentido, por pueblos arrasados sin motivo, masacres como la de Guernica, estampas dantescas e inhumanas que serían recreadas en los años venideros, tratando de dar homenaje a injusticias que jamás hallaron respuesta.



Desde primera hora del día la casa estaba revuelta, los gritos y las voces se sucedían, entre vítores y gestos de euforia incontenida.

Marta no había aparecido todavía, y madre no había comenzado sus tareas, se mantenía estática junto a la puerta, mientras aquella radio, que jamás antes habíamos escuchado, resonaba atronadora por todas las estancias, repitiendo una y otra vez lo mismo, el triunfo de Franco.

Me mantuve sentada junto a la mesa, sin saber todavía si todo aquello significaba que había algo que celebrar. Incapaz de distinguir si aquello traería de nuevo a padre o por el contrario nada había cambiado.

Solo alcance a pensar que si aquellos de los que aún nos ocultábamos lo estaban festejando, nuestro padecimiento aún se vería prolongado.

Madre siempre me hablo de los niños que tuvieron que marchar fuera para estar seguros, y de la suerte que habíamos tenido al poder atravesar todas aquellas penurias sin tener que separarnos. Pero en aquel preciso momento les envidiaba, vinieron a mi memoria todos aquellos mayores y niños que aún tendrían que esperar para regresar a España, y les creí afortunados lejos de todo aquel sufrimiento, sin tener que esforzarse por entender algo que era inexplicable, sin sentir ese pavor en su piel, a cada paso, con cada respiro. Estar lejos de casa, de los seres queridos debía ser un tormento y duro sacrificio, pero presenciarlo comenzaba a resultar insoportable. Algo anunciaba que había llegado a término y, sin embargo, tenía más miedo que nunca.

Por fin Marta atravesó la puerta, despeinada y exhausta, como si acabara de cocinar para todo un regimiento. Se detuvo un instante para recuperar el aliento, con la espalda apoyada en la pared y los brazos vencidos a lo largo de su cuerpo. Al cabo de ese breve respiro, nos miró fijamente y nos contó que todo se había tornado una incontrollable algarabía. La casa estaba a rebosar y ella había empleado su tiempo en organizar un monumental y oportuno almuerzo en el salón principal, un lugar en el que atraídos por el alcohol y el vino se acababan de agolpar, despejando así nuestra salida.

Marta consideró que aquel ambiente de triunfo terminaría por delatarnos, resultaba lógico augurar que cualquiera de aquellos hombres, preso de la bebida y la euforia, pudiera atravesar cualquier habitación sin contemplaciones, simplemente llevado por el entusiasmo de compartir el festejo.

Nos dijo que una buena amiga suya se había ofrecido a ayudarnos en esos difíciles momentos. Era viuda y vivía sola, lo que facilitaba el hecho de tener

que continuar ocultas frente a todo lo que estaba sucediendo. Además, la casa estaba cerca de la cárcel, y de ese modo no habría problema a la hora de acudir al reclamo de Antonio.

Recogimos nuestras escasas pertenencias en apenas unos minutos, mientras Marta no cesaba en su empeño por cerciorarse de que el pasillo que conducía hasta la salida estuviera completamente vacío, fuera de todo peligro.

Caminamos tras ella con total confianza, como en días anteriores, sin dejar de escuchar las voces estruendosas, repletas de expresiones y palabras soeces.

Ya junto a la puerta, Marta nos besó de forma atropellada, a la vez que nos daba pequeños empujoncitos hacia el frente, impaciente por ver cómo nos alejábamos de allí, camino de un lugar capaz de cobijarnos mientras las aguas se calmaban.

Solo se dirigió a madre para decirle que ella misma le haría llegar noticias de Antonio y de igual modo velaría porque no nos faltara de nada allí adonde íbamos.

Marchamos cual delincuentes en mitad de la tarde, desconcertadas y temblando de miedo. Sin saber qué podía depararnos el futuro, si es que aún existía, y si aquello cambiaría también la especie de pacto que teníamos con mi tío.

No tardó en salirnos al paso una mujer mayor, que sin pensarlo nos tomó del brazo. Caminamos como si fuéramos familia o al menos íntimas amigas, hasta llegar a una pequeña cabaña, donde entramos sin dejar de mirar atrás en ningún momento.

Enseguida pudimos percatarnos de la familiar cercanía de aquella bondadosa y afable mujer, tan parecida en sus formas a nuestra querida y entrañable Marta. Nos tendió la mano para tomar los pañuelos que cubrían nuestros cabellos y después nos ofreció asiento alrededor de su mesa.

Se llamaba Soledad, había perdido a su único hijo en Marruecos, y el invierno pasado Dios quiso que su amado esposo fuera a reunirse con este. No le quedaba nada por lo que luchar, y por eso ayudaba a personas que estaban en apuros, gente que ella consideraba buena y honrada, digna de encontrar ayuda en medio de tan cruel locura.

Nos contó que Marta había sido su mayor apoyo en momentos de profunda y desesperada congoja. Como impidió que se quitara la vida cuando recibió la terrible noticia de la desaparición de su hijo, y como más tarde lograría hacerle recobrar el juicio al perder a su adorado marido. A madre

todo parecía resultarle cercano, propio de aquella su mejor amiga, pues no dejaba de mover la cabeza, asintiendo una y otra vez, como si juntas hubieran atravesado alguna situación parecida.

Nos ofreció lo poco que tenía, sin límites, sin condiciones, haciendo que de nuevo nos sintiéramos algo menos desconcertadas y perdidas.

Aquel día Antonio tampoco apareció, por lo que dedujimos que mi tío debió verse arrastrado por el júbilo de la maraña, sin duda formando parte de la celebración de los suyos, de los que torpemente creyeron haber ganado, sin mirar atrás, sin ser conscientes de haber sido empujados a participar en una trágica y denigrante guerra entre hermanos y amigos. Ante tan indigna batalla jamás podrán existir vencedores y vencidos, todos habrán perdido su ser y con ello la guerra. No fue más digno el tiro en la nuca de un bando sobre el otro, no hallará consuelo ninguno al tratar de convencerse de que todo aquel mal fue por una causa justa. Toda fuerza que anule la justicia y la razón no podrá ser más que eso, fuerza, y esa es una cualidad propia de cualquier animal.

Pero padre y otros tantos no merecían aquello, no lo habían buscado, ni siquiera habían tomado parte, se habían limitado a soñar y habían errado al pensar que sus pensamientos podían volar, ignorando que en realidad eran tristes esclavos de sus soñadoras palabras. Se limitaron a dar voz a su corazón, que ahora sangraría atravesado por decenas de balas.

Pasamos la tarde conversando con nuestra nueva protectora, mientras la ayudábamos a doblar la ropa que acababa de retirar de la cuerda; para más tarde sentarnos a pelar patatas junto a ella; sin dejar de hablar, tratando de alejar nuestros pensamientos de lo que estaba sucediendo.

Fue reconfortante terminar aquella velada sintiendo que podíamos estar tranquilas. Sin duda, Soledad era un alma cándida, afín a nuestro modo de sentir la vida en aquellos angustiosos y confusos momentos.

Al concluir la cena parecía rendida; imagino que el trabajo de una granja, aunque no fuera demasiado grande, resultaba agotador para aquella bondadosa anciana. Se retiró excusándose ante nosotras; no sin antes señalarnos el otro dormitorio que había en la casa; disponiendo al pie de la cama un juego de sábanas blancas.

Nuestro nuevo escondite era bastante pequeño, y la cama demasiado estrecha para albergar el sueño de dos personas, de hecho, Soledad no había pasado por alto aquel detalle, haciéndonos saber su profundo pesar por no tener mejor acomodo. Pero lo cierto es que a ninguna nos importaba, aquello

era insignificante frente al gran alivio que sentimos al sentirnos de nuevo seguras. Además, el día anterior habíamos acordado dedicar gran parte del tiempo a preparar notas para padre. Desconocíamos el momento en que mi tío decidiría volver a visitarnos, pero no queríamos que volviera a pillarnos desprevenidas.

Por eso, mientras nuestra anfitriona dormía plácidamente, centramos nuestros cinco sentidos en la afanosa tarea de elaborar mensajes para padre. No es que no tuviéramos sueño, pero cosa distinta era lograr conciliarlo, sobre todo cuando todas aquellas emociones aún nos invadían.

*«Mi amor, la guerra ha terminado, aunque imagino que serás de los primeros en saberlo. No he podido reaccionar, apenas comenzaron las muestras de celebración y regocijo, cuando me sentí profundamente perdida. Sé lo que puede traer este final, y aunque nosotros sabemos que están equivocados, para los ignorantes seguimos siendo el enemigo.*

*Te alegrará saber que padre se llevó a los niños. Aunque me avergüenza sentir que puedo haber sido profundamente egoísta al no pensar del mismo modo en el bienestar de nuestra hija. Sentí que ella era la llave para llegar a tu lado, y este pensamiento nubló mi decisión a la hora de haber actuado como una buena madre, y así la mantuve a mi lado, aún a costa de arriesgar su propia vida. He pasado la noche atormentada por mi cobardía, por preferir exponer a nuestra niña. Sé que es pequeña, y ni siquiera habrá reparado en mi vergonzoso proceder. Solo espero poder perdonármelo y llegar a ser digna de ella.*

*No podía dejarte ahora, después de todos los miedos superados, después de llegar tan lejos. Creo ser capaz de convencerle, sé que entre las dos, aprovechando la dicha que le embarga, podremos hacerle percatarse de su errado proceder y de su oportunidad de enmendarlo, logrando que te liberen. Podría ser un manifiesto de sus buenas intenciones.*

*No me llares ingenua. Necesito aferrarme a cualquier oportunidad que pueda mantenernos juntos. No soy tan idealista ni sacrificada como tú, mi vida, sabes que solo soy capaz de humillarme por amor, y es lo que estoy haciendo; renuncio a mi integridad y a todo lo que soy, por ti, por tu vida, porque si no estás en ella solo soy un ser vacío e inerte, que perdería su corazón con el último latido del tuyo.»*



*«Padre, sé que estaremos juntos las próximas noches, pero no quería perder la ocasión de enviarte también esta pequeña carta, así podrás leerla cuando yo me vaya, y nunca te sentirás solo.*

*Te quiero, te quiero mucho, deseo que sigas en mi vida, necesito que me enseñes todo lo que sabes, escuchar cada uno de tus fascinantes cuentos, incluso que me riñas cuando me equivoque, porque así sabré que sigues a mi lado, cada día.*

*Ojalá no fuera una niña, ojalá supiera con quien hablar para liberarte, o tuviera la fuerza de mil hombres para romper esos muros que te retienen. Entonces nos iríamos juntos, con madre, para estar de nuevo junto a los chicos. Se marcharon llorando, solo pude ver el rostro de Amador, pero estoy convencida de que Juan también lo hacía. No sufras, están con el abuelo, pero no es lo mismo, nadie podría ocupar tu lugar. Vuelve pronto con nosotros.»*

Aquella noche ambas le escribimos. Ninguna quiso acostarse sin dedicarle un último pensamiento, nuestros mejores anhelos para él, para su pronto y milagroso regreso.

Caímos rendidas casi al alba, acurrucadas en aquel diminuto espacio, que en realidad nos resultó cándido y grato, sobre todo después del cúmulo de emociones vividas, a lo largo de aquel confuso y nefasto día.

Pensamos que en breve tendríamos que estar de nuevo en pie, ayudando a Soledad en las múltiples tareas que le aguardaban. También éramos conscientes de la necesidad de reponer fuerzas, ya que de lo contrario nuestro ánimo no estaría a la altura de poder afrontar los desplantes y necesidades de mi tío.



# La noticia

*2 de Abril de 1939*

*Debimos dormir varias horas, pues despertamos presas de un profundo sopor y desconcierto. Supe que debía ser tarde, pues sentí un descanso inusual en mi cuerpo. El silencio envolvía por completo la casa, y nos sentimos avergonzadas al comprobar que todo estaba hecho, perfectamente limpio, e incluso la mesa dispuesta. Sin embargo, ni rastro de ella. Imaginamos que estaría terminando alguna tarea fuera de casa, pero al mirar por la diminuta ventana no vimos nada, solo un pequeño corral, ahora desierto, y un huerto, donde se apreciaba el trabajo que Soledad continuaba haciendo. El racionamiento y escaso reparto de víveres en algunas ciudades habían llegado a ser insuficientes para el propio sustento, y algunas personas trataban de resistir el paso de la devastación, sin rendirse, esforzándose por sacar fruto a sus pequeñas parcelas de tierra.*

*Sabíamos que no podíamos salir en su busca, todavía resultaba arriesgado exponernos. Nos resignamos ante nuestra frustrante falta de elección y aguardamos su llegada, sin dejar de sentirnos inútiles ante nuestra postura sumisa y expectante.*



Por suerte, no tardó en hacer acto de presencia, al cabo de unos minutos apareció, trayendo consigo una cesta cubierta con un paño de cuadros blancos y rojos. Había conseguido traer comida haciendo trueque con sus verduras y después se había llegado a visitar a Marta, que no la dejó marchar sin antes darle succulentas raciones de sus guisos y un delicioso pan crujiente y tierno.

Nos apresuramos a disculparnos con ella, tratando de resarcirle, quitándole el peso de la cesta, pero antes de que pudiéramos comenzar a vaciarla, nos interrumpió, diciendo algo sobre un mensaje, mientras rebuscaba en el interior de su mandil. Ambas observamos inquietas e impacientes, tratando de frenar nuestro impulso por aligerar sus lentos y torpes movimientos, sin duda, de haber podido, ambas hubiéramos sacado la nota con mayor premura.

Se podría decir, que madre se la arrebató de las manos, guiada por un nerviosismo que recorría ya su cuerpo entero. Devoró aquella nota sin apenas mirarnos, y cuando terminó, comenzó a recoger todo lo que habíamos dejado preparado para la próxima visita a padre, a la vez que me tomaba de la mano, guiándome hacia una de las sillas.

Comenzó a peinarme sin alcanzar a pronunciar palabra alguna, como si le fuera la propia vida en ello. Supuse que el hecho de comenzar a esconder aquellos papeles en mi pelo, no podía significar más que una cosa, por lo que consideré oportuno no interrumpir su alterado y acalorado modo de conducirse, de hecho, no dije nada hasta que ella misma, cuando hubo recuperado la calma, decidió contarme. Al parecer aquel revuelo también se había apoderado de los que se hallaban encerrados, a ninguno de aquellos pobres hombres les había dejado indiferentes aquel rotundo fracaso, y ahora los gritos y los llantos se habrían pasado inconsolables, a través de aquellos barrotes oxidados.

Antonio había quedado en recogernos nada más caer la noche, pues solo entonces los ánimos flaqueaban, presos de la impotencia y el propio cansancio. Sería ese el único momento propicio para llegar hasta él, debiendo abandonarle, de nuevo, antes del amanecer.

Madre nos explicó que tardaríamos horas en marchar, pero prefería dejar cada detalle bien atado, solo de aquel modo podría calmarse, mientras veía pasar lentas y agónicas aquellas insoportables horas.

Después de todo aquel ritual, pudo respirar algo más aliviada, y las tres pudimos comenzar a disponer todos aquellos manjares en aquella humilde y hospitalaria mesa. Es curioso pensar como en los momentos de precariedad y

carencia, lo básico cobra exquisita denominación, tornándose una ansiada recompensa, tal y como siempre decía padre. Aquella comida se proyectaba ante mí como un banquete digno de reyes.

Pasamos aquel rato relajadas, conversando sobre banalidades, que a veces creímos perdidas. En aquellos duros días se olvidaba con facilidad la facultad de hablar de cosas cotidianas, todo lo cubría un manto sombrío, que apenas dejaba pasar la radiante luz del día.

Pero Soledad ya no tenía nada que esperar, ni tampoco motivos para rezar, vivía resignada, esperando el final de todo aquello, sin que nada pudiera cambiar demasiado el curso de sus días, para ella era indiferente vivir o morir, de momento sobrevivía, y si ayudarnos daba por finalizada su existencia, lo asumiría con orgullo y templanza, porque sabía que había sido fiel a sus principios, aquellos que compartió con su esposo y transmitió a su hijo, aunque fueran otros los que tristemente decidieran el camino que pondría fin a su joven vida.

Nos habló de su juventud, del día que conoció al muchacho que sería su fiel amante y amigo, del regalo que recibió del cielo con la llegada de su niño, y de otras tantas cosas bellas de la vida, que dibujaban leves sonrisas en su frágil y fatigado rostro, y a veces tímidas lágrimas de un corazón que apenas latía.

No pude evitar que aquello trajera a mi memoria los días en el pueblo, aquellos en los que aún podíamos conversar en familia, esos momentos inolvidables de juegos y risas. Añoraba todo lo cercano, todo lo que había formado mi entorno y seguridad de cada día; aunque ahora tratara de borrar el miedo y congoja de las últimas experiencias vividas.

Sin darnos cuenta, la noche se unió con el día. La conversación había sido tan grata y distendida, que ni siquiera nos percatamos del tiempo que había transcurrido sin que parásemos de hablar, aunque lo cierto es que la mayor parte de ese rato yo me limitaba a escuchar, encantada mientras imaginaba todas aquellas anécdotas, dejando volar mi imaginación, tal y como solía escuchar a padre, embelesada y profundamente encandilada.

Fue su llamada lo único que logró traernos de vuelta a la realidad, a la tensión de aquellos cruciales momentos. Al escuchar sus contundentes golpes nos miramos satisfechas, conscientes de lo cabal de haber sido sumamente precavidas. Solo nos levantamos y nos dirigimos a la puerta, seguidas de cerca por Soledad, que nunca parecía bajar la guardia, siempre alerta, cada ruido o mínimo movimiento la sobresaltaban, y ahora nos guiaba protectora

hacia la puerta.

Nos aguardaba apostado a unos metros del pequeño huerto, observando, o debería decir, curioseando. Él solo recopilaba información. Buscaba encontrar cualquier cosa que pudiera crear padecimiento, mientras él se colgaba las medallas. Pero en esta ocasión él mismo se servía de aquella buena mujer, que le había librado del compromiso de encontrarnos un nuevo lugar donde guarecernos.

Llegamos hasta él con ligereza, incluso emprendimos el camino solas, convencidas de que en breve nos alcanzaría. Sin embargo, al cabo de unos metros detuvimos la marcha, tras comprobar que ni siquiera había dado un paso, continuaba en el mismo sitio, estático, y lo que era aún peor...callado.

Que no hubiera comenzado ningún insoportable discurso, haciendo uso de su talante vulgar y mediocre, no podía significar nada bueno, todavía hoy, a veces, pienso que pudo tener remordimientos, pero no, era imposible, eso sería un gesto de humanidad, y él distaba mucho de tan noble condición.

Vi como madre le clavaba la mirada, profundamente alarmada, aunque paralizada. Debió temerse lo peor, o eso pensé cuando comenzó su compungido y desesperado llanto, mientras cubría su rostro con ambas manos, a la vez que sus piernas se doblaban. En ese preciso instante miré a mi tío, y si no fuera demasiado monstruoso decirlo, juraría que disfrutaba con aquella descorazonadora escena, si no jamás hubiera dilatado la ocasión de explicar lo que en realidad estaba ocurriendo, ya que nada tenía que ver con un fatal desenlace, aunque tampoco se tratase en absoluto de una buena noticia.

Por fin, creyó oportuno pronunciarse, no sin antes dedicarnos una de sus escalofrantes e inoportunas muecas, burlándose de la desproporcionada reacción de madre, que ahora se hallaba completamente descolocada ante el cruel proceder del que no dejaba de ser su hermano, su propia sangre.

Aún dudo si vi verdadero odio dibujado en los ojos de madre, pero lo cierto es que después de aquel doloroso momento, ella no dudó en dirigir toda su cólera contra él. Le hizo todo tipo de reproches, que sonaban a profunda decepción y repulsa, aunque sin perder en ningún momento su elegante porte y compostura.

Como era de esperar, él se mostró indiferente e inquebrantable, sin duda había forjado su carácter al margen de todo sentimiento o llano apego hacia su propia familia, y lo que ella pudiera pensar distaba mucho de la alta estima que se profesaba a sí mismo.

Reaccionó colérico, aunque debió ser por haberse percatado de su pérdida de tiempo; ni que decir tiene que tenía cosas mejores que hacer, al menos más apetecibles, si no cercanas al festejo.

Pero su hermana no se esperaba aquello, no podía imaginar el daño que estaba por llegar. Lo que aquel hombre estaba a punto de decirle segaría la escasa vitalidad que albergaba en su demacrado cuerpo.

Jamás pensó que la entrada al cuartel le pudiera ser vetada, pero lo cierto es que esa fue la descabellada y maquiavélica noticia.

El revuelo de las últimas horas había intensificado la vigilancia, y el recelo y la venganza se hacían patentes más que nunca, a un lado y al otro de cada una de aquellas inhóspitas celdas. Las visitas habían quedado terminantemente prohibidas, y solo aquellos que pertenecían al cuerpo mantenían escasos privilegios.

Podría dormir con padre, como en días anteriores, pero madre no volvería a verle, por lo menos hasta que su actual situación se viera resuelta.

Escuché la condena de madre con resignación y tristeza, pues sabía que su corazón se partiría, era consciente del daño que ella sentiría sabiendo incierto el momento de volver a verlo. La incertidumbre se ceñiría incesante sobre ella y sería incapaz de recobrar el aliento, estaría muerta en vida.

Debió ver en ello una venganza, una respuesta de su hermano ante su repentino e inusual modo de actuar, jamás antes se atrevió a increparle, y aquel día lo hizo sin ningún tipo de reparo.

Por unos instantes creí que iba a golpearle, sentí como la ira recorría sus entrañas, vi como apretaba los puños y se mordía los labios. Pero en ese preciso momento de absoluto delirio, tomé su mano con suavidad, hasta que logré ganarme la atención de su hermosa y cándida mirada. No le dije nada, pero supe que lo entendía, aquella no era ella, dejándose llevar por la hostilidad de aquel ser solo lograría renegar de sí misma, tornándose la persona que él ansiaba llegar a ver, alguien frío y distante, alguien como él.

Jamás supimos si tuvo elección, si en realidad pudo escoger la persona que podría acompañar a padre, pero por lo inusual que resultaba la presencia de una niña en un tétrico calabozo, siempre pensamos que debió ser cosa suya. En el fondo sabía que con ello torturaba a padre, no solo privándole de la compañía de su esposa, sino exponiendo la seguridad física y emocional de su amada hija, a la vez que escarmentaba a su temperamental hermana.

Hubiera preferido pensar que trataba de concederle un lugar en mi memoria, que intentaba crear un vínculo entre nosotros, una unión que jamás

podría olvidar. De hecho, hubiera sido sensato pensar que no quería convertirse en el eterno receptor de mi odio, y privándome de su compañía se condenaría de por vida. Pero de nuevo, todas aquellas otras alternativas distaban mucho de un alma tan atormentada y pútrida.

Finalmente, me marché de su mano, sin mirar atrás, incapaz de mirarla de nuevo, conociendo el tormento que tendría que pasar, sin poder estar con nosotros. Aquella noche y el resto que habrían de sucederse las pasaría vagando de un lado a otro, vacía de sueños y esperanzas.

## En el país de los sueños

*Padre estaba bastante más delgado, pero sus heridas habían cicatrizado, al menos aquellas que se veían, el resto continuarían sangrando.*

*Esta vez estaba bastante calmada, aquel inquietante espacio había dejado de impresionarme, lo suficiente para poder apreciar sensaciones que antes pasé por alto, y hubiera deseado continuar ignorando; el aire era espeso y maloliente, el hedor de las letrinas se abría paso a través de los angostos y mugrientos pasillos, oscurecidos por algo más que las perennes tinieblas; el ocre de las mantas parecía tener movimiento, lo que resultaba sumamente inquietante. El entorno se fundía, creando una siniestra e infernal armonía.*



Solo podía hacer aflorar en mi un encarnecido sentimiento de huida, la inescrutable necesidad de volver a respirar y con ello sentirme nuevamente viva.

Tras aquella breve y turbia apreciación reparé en padre, y caí en la cuenta de los días que llevaba allí enterrado, privado de la luz del sol y la claridad de la luna, preso de la inmundicia y mezquindad que le rodeaba cada día, aniquilando incesante su alma.

Era impropio de mí descuidar a padre, menos aún en aquellos momentos de fatiga y tormento, pero por unos instantes antepuse mi efímero padecimiento a su agónico maltrato físico y mental.

Aspire con suavidad en medio de aquella atmosfera, pensando que de ese modo podría filtrar el aire, que no lograba saciar la ansiedad de mis pulmones, y decidí no perder un minuto en lamentos ni quejas sobre aquellas cosas que, aunque esenciales, juzgué superfluas, teniendo en cuenta la precaria situación, que no había logrado doblegar a padre.

Al cabo de un rato, nos envolvió un silencio que hacía resonar nuestras voces, perdidas y huecas, en medio de aquella fría caverna. Casi nos daba miedo conversar, el miedo a poder romper aquella inesperada calma frenaba nuestro impulso de dar rienda suelta al inicio de una nueva y magnífica historia.

Entonces recordé que era el escenario ideal para darle nuestras cartas, de hecho, había cometido el imperdonable error de olvidarlo, había omitido lo que debí hacer desde un comienzo.

Cuando me disponía a deshacer las trenzas, padre me detuvo, insistiendo en la conveniencia de ser el mismo quien lo hiciera, ya que solo de esa forma sería capaz de ayudarme después.

El pulso le temblaba, dejando entrever su preocupante y avanzada fragilidad, los huesos destacaban puntiagudos a lo largo de su cuerpo, y se detuvo en varias ocasiones, mostrando claros signos de fatiga. La desnutrición y debilidad se manifestaban a través de cada uno de sus lentos movimientos, como si el simple y vital gesto de respirar le supusiera un doloroso esfuerzo.

Cuando por fin sostuvo aquellos trozos de papel entre sus manos, la emoción le dominó por completo, incluso antes de comenzar a desenrollarlos ya lloraba. Supe que estaba exhausto, su constitución física no estaba a la altura de su embravecida condición humana. Su brillante luz palidecía parpadeante, resistiéndose a espirar su último destello.

Debió comenzar por la nota de madre, pues acariciaba el papel, como si tratara de sentir el tacto, aún cálido, de su aterciopelada piel.

Concluyó aquella primera y nostálgica lectura entre suspiros y susurrantes sollozos, mientras se acomodaba lentamente a mi lado, sobre aquella chirriante y apurgarada madera. Se mantuvo en silencio y prosiguió sumergido en el suave deleite de aquella segunda carta, la que le había escrito con toda mi admiración y cariño.

Aguardé acurrucada junto a él, algo ruborizada, pues nunca antes abrí mi corazón a nadie, jamás pensé que pudiera marcharse de mi lado, nunca le dije la profunda congoja que me supondría su marcha, era inimaginable que



pudiera llegar a perderle.

Me abrazó con la firmeza que le permitieron sus brazos, sin dejar de besarme, repitiendo sin cesar lo mucho que me quería y lo orgulloso que estaba de su niña.

El tiempo pareció detenerse para nosotros, enmarcando toda aquella ternura, protegiendo lo que siempre debió ser, el mutuo amor entre un padre y su hija. Traté de saborear cada segundo a su lado, pero por desgracia, aquello no era más que una ilusoria y efímera ensoñación, que se desvanecía lentamente, sin dar justa respuesta a nuestros desesperados ruegos.

—Padre, cuéntame un cuento, por favor, no tengo sueño.

—No sé, mi vida, deja que piense un rato. Debe ser complicado improvisar una hermosa historia, dulce que logre enmascarar el turbio rumbo de tus inquietudes y desbordantes miedos. Encontrar una escalera de luz cuando te encuentras al borde del abismo. —Pero él era capaz de hacerlo, y aunque albergué mis dudas durante su prolongado e inusual silencio, pronto comenzó con lo que resultó ser otra enmascarada y apasionada lección de vida.

Sin darme cuenta me estaba preparando, trataba de hacerme fuerte ante la expectativa de un probable y turbio final.

Pero en aquellos días yo solo podía disfrutar de su dulce melodía, mientras soñaba que alguien, en algún momento no muy lejano, abriría aquellos espesos barrotes para no volver a cerrarlos.

Como cada una de aquellas noches perseguí su cálido y reconfortante abrazo; temblando aterrorizada al percibir el frío marmóreo que desprendía su encorvado y traslúcido cuerpo. Aun así, me atrajo hacia él y supe entonces que no lo sabía, ni siquiera había reparado en lo escarchado de su tacto. Había dejado de sentir, y aunque me apresuré a cubrirle con aquella harapienta manta, me reconfortó pensar que había llegado a ser inmune frente a tanto sufrimiento. Resultaba alentador creer que había sido capaz de aislarse de toda aquella tortura, de toda aquella inmundicia que le consumía por dentro y por fuera. Me aferré a esa torpe y mediocre idea y le abracé orgullosa.

Por desgracia la cruda realidad me hubiera hecho menos dichosa. De haber sabido que el dolor que sentía le impedía llorar, que incluso ese llanto le suponía un tormento, entonces la congoja me hubiera vuelto a invadir por completo.

Cuando por fin comenzó, su voz temblaba melancólica e insegura, y no serían pocas las veces que hubo de pararse para recuperar el aliento. Sospeché entonces que aquellas bocanadas eran lo único que había degustado en aquellos últimos días.

—María no era una niña como las demás, era especial, su forma de percibir la vida era distinta en muchos aspectos, siempre encontraba algo bueno, siempre extraía lo positivo, incluso de lo más triste y dantesco. Cuando llovía y los demás corrían buscando refugio, ella esperaba ver aparecer un bello arcoíris, cuando los demás se recogían al caer la noche, ella aguardaba ver brillar la primera estrella, y así una y otra vez con todas y cada una de las maravillas de nuestro mundo.

Pero lo que más le gustaba de todo, lo que aguardaba cada día, era la llegada de la noche.

—¿Por las estrellas?

—No, mi vida, por los sueños, adoraba recrearse en miles de situaciones y aventuras imposibles de alcanzar en la vida. Y así despertaba rebosante de alegría cada mañana, sintiendo que todo era posible, aunque solo fuera durante fugaces y efímeros instantes; era capaz de reinar, volar e incluso lograr la paz en el mundo.

—Pero... ¿y las pesadillas? —Pregunté incrédula ante la posibilidad de que una niña pudiera acaudalar tanta felicidad en su vida.

—Eran tan pocas que no lograban restar luz a tantísima belleza.

—¿No tenía miedo, nada le preocupaba? —Insistí perpleja ante tanta perfección, deseando escuchar que María también tenía alguna debilidad.

—Ahora que lo dices... solo una cosa la atormentaba.

Quería saber dónde iban a parar todos aquellos fantásticos sueños.

—¿Y a donde iban padre?

—Pues verás mi amor, un buen día María se lo preguntó a su madre, y esta, sin dudar un solo instante, le habló del país de los sueños.

—¿El país de los sueños?

—Eso es, el país de los sueños. Un mágico lugar formado por los sueños de todos los niños, un rincón secreto en el que todo es posible, donde los mayores anhelos cobran vida.

—¿Y cómo se llega? —Pregunté de nuevo, ansiosa por conocer la forma de hallar aquel fantástico y deseable lugar.

—No es tan sencillo, hay que ganárselo.

—¿Qué hay que hacer padre?

—Muy simple, aunque no por ello deja de ser complicado. Verás, hay que aprender a luchar por todo lo que llena cada noche nuestros más bellos deseos, por alcanzar lo imposible, sabiendo, que al final, si nos hemos esforzado, existe un lugar en el que todo aquello nos estará esperando. Hay que aprender a vivir sin tener todo aquello, sin lloros ni lamentos, sabiendo que tarde o temprano, si perseveramos, estará en nuestras manos. Al menos, eso le dijeron a María. Y por lo que sé, llego a ser una bella y sonriente ancianita.

—¿Tanto tuvo que esperar? —Pregunté decepcionada.

—Hija, el tiempo no importa, lo importante es creer y soñar.

Me pareció una bonita historia, la idea de un paraíso sin igual me deslumbraría durante un largo tiempo. Aunque no tardé en pensar que si lo hermoso, lo perfecto, lo que deseamos, está en ese otro lado, lo mejor sería pasar rápido esta sin esforzarse ni sufrir tanto.

Así pues, no tardé en hacer partícipe a padre de mis sagaces pensamientos, pensé que de esa forma podría mostrarme un camino rápido y seguro, por el que poder llegar juntos los cinco.

Mi reacción despertó su risa, y aunque sentí el rojo y ardiente rubor que invadió mis mejillas, no pude dejar de sentirme profundamente dichosa, ya que mi inocente torpeza había devuelto el sonido de su risa a nuestras mustias y lúgubres vidas.

Hoy sé que padre jamás hubiera podido hablarme del cielo, al menos no de aquel que jamás hizo suyo. Puede que solo tratara de mostrarme su particular visión de lo que viene después, de lo que él desearía encontrar al final de aquellos agónicos días. O quizá solo pretendía ganar tiempo; el suficiente para ser capaz de despedirse, el necesario para hacerme fuerte, el preciso para hacerme comprender que debería luchar, apoyándome en el firme recuerdo de todo lo que un día logró hacerme feliz, de todo lo que se proyectaría eterno en la plácida profundidad de mis sueños.

Después de aquello padre no trató de convencerme, se limitó a suspirar mientras pasaba una y otra vez su mano sobre mi cabeza, como aquel que se rinde, alguien que se da por vencido ante lo avispado de aquellas preguntas.

Aquel día me agazapé complacida, satisfecha por el simple hecho de estar de nuevo a su lado, y de nuevo pensé que aquella no era más que otra de sus bellas y mágicas fantasías.

Desperté cuando los primeros rayos de sol impactaron sobre mis pesados

párpados. Me desperecé guiada por un tímido bostezo, prudente ante el plácido sueño que aún disfrutaba padre, envuelto por un aura de cálida y extraña paz, que apenas recordaba.

Había logrado descansar profundamente, sin pesadillas ni bruscos despertares. Me sentía fuerte y sosegada, invadida por una misteriosa necesidad de correr, saltar e incluso volar, como si de nuevo estuviera convencida de que todo saldría bien, de que todo era posible. Pero lamentablemente, y para romper bruscamente aquella tranquila apariencia, la preocupación y la congoja no tardaron en manifestarse de nuevo en mi persona, con más fuerza y transparencia de lo que antes lo hicieran. De pronto reparé en el sol, la altura del sol, su simple presencia confirmaba que había entrado la mañana, y todo distaba bastante del furtivo y conveniente amanecer, que cada día nos resguardaba.

Pero aquel no sería el principal detonador que viniera a alterar frenéticamente mi calma, apenas era un bache en el acelerado palpitar de mi pecho. Todo empeoró cuando entrecrucé las manos alrededor de mi cuello, y al instante pude sentir una enmarañada masa de cabello, repleta de tremendos nudos y enredos. ¡Nos habíamos dormido!, debimos acabar la noche felices de compartir cálidas anécdotas, y sin pensar en las consecuencias, nos rendirnos ante la llegada de una plácida sensación de sosiego y regocijo; presos de la mayor fatiga y del soporífero sueño. Padre no redactó su nota, por lo que tampoco volvió a peinar mi pelo.

Me quedé sin aliento, incapaz de articular palabra, sin saber si lo mejor sería despertarle o encontrar la manera de enmendar todo aquel desastre yo sola.

Pensé que Antonio no podría tardar, tenía que improvisar, era cuestión de tiempo que atravesara aquella puerta cargado de sus repugnantes mofas. Pero no podía permitir que encontrase a padre de aquella guisa, completamente débil y desorientado, como un cordero ante el matadero. Por eso me apresuré a despertarle, propinándole enérgicos empujones, que no tardaron en arrebatarse aquel plácido sueño.

Se incorporó sobresaltado, con la respiración agitada y los ojos desencajados de sus órbitas. Su voz resonaba quebrada y temblorosa, como si todo él estuviera sufriendo un colapso y solo fuera cuestión de segundos que se desplomara. Me situé frente a él y mientras acariciaba sus manos le pedí que se calmara. Le expliqué la situación, mientras aún balbuceaba, palabras vacías, inteligibles en su gran mayoría.

Supe que no quedaba tiempo para arreglar todo aquello, y que lo más sencillo habría sido renunciar a llevar conmigo la nota, pero aquello hubiera destrozado a madre. Casi podía imaginarla sentada en una de aquellas incómodas sillas de madera, sin pegar ojo, expectante, con la única ilusión de sucumbir ante la fragilidad de sus cálidas letras.

Sin más dilaciones me incorporé y me dispuse a tratar de adecentar, lo mejor que supe, aquel laberinto oscuro y enmarañado.

Después me situé junto a la puerta, mientras padre me observaba, o eso parecía, pues su mirada continuaba perdida y vacía.

—Comienza, hazlo ya. Está a punto de llegar. —Le animé exigente desde la puerta.

En medio de temerosos susurros le pedí que redactara su nota. No importaba su contenido o extensión, bastarían unas palabras, lo necesario para relajar el ánimo de aquella que tan profundamente amaba.

Por suerte padre terminó tomando conciencia de la inminente y peligrosa realidad que nos acechaba. Dio un salto de la cama, abandonando aquella postura esquiva y sumisa, tornándose en una persona colaboradora y vitalista.

Redactó sin detenerse a pensar un solo instante, como si las palabras fluyeran ya escritas de su boca, como si solo faltara trasladarlas y plasmarlas en aquel perecedero y frío soporte, aquel que tendría que bastar para transmitir calor, amor, serenidad, añoranza y tantos otros profundos y marchitos sentimientos.

Mientras, permanecí estática junto a la puerta, aguardando el sobresalto que habría de preceder a sus pasos, a su atropellado discurrir por la antesala de nuestra jaula.

Por fin padre se aproximó y extendió su mano, portando aquellas breves y atropelladas notas. Me había mantenido sentada, con las trenzas casi terminadas, por lo que padre se limitó a introducir aquellos pequeños trozos de papel en ellas, mientras yo le ayudaba anudando los lazos. Acababa de concluir aquel fatídico ritual, cuando sus pasos resonaron penetrantes, despertando el eco de aquel tétrico pasillo. Ambos nos miramos y respiramos profundamente, a la vez, para después dejar escapar el aire en pequeños hilos de esperanza.

Atravesó la puerta de forma avasalladora, esta vez, ni siquiera se detuvo a deleitarse en el profundo gozo que le reportaba insultar a padre, se limitó a tirar de mi mano, guiándome hasta el final del pasillo, mientras resoplaba y mascullaba lo que debía constituir algún dialecto perdido, pues ninguno de

aquellos sonidos parecía albergar el menor sentido.

Aún no habíamos alcanzado la puerta cuando reconocí su alargada y grácil silueta, era madre, había acudido extrañada por lo inusual de nuestra tardanza.

Sin duda algo había cambiado el proceder habitual de mi tío, haciéndole sentir contrariado y más hastiado que nunca.

Aun así, se mostró profundamente ofendido ante la presencia de madre, no dudo en manifestar su repulsa ante tan manifiesto acto de desconfianza e ingratitud; tratando de ocultar afanosamente el alivio que su repentina aparición le reportaba.

Sin duda algo le preocupaba, alguien le aguardaba, ya que nunca antes invirtió menor cantidad de descalificaciones para salvar su ofensa.

Tras aliviar su atormentado y falso ego, se limitó a empujarme en dirección a madre, sin dejar de pedirle que me alejara de allí cuanto antes, entre dientes, con el rostro desfigurado por sus naturales rasgos; la maldad, la cobardía y mezquindad, que le dibujaban ante mí como el propio demonio encarnado.

Caminé junto a ella, cabizbaja, pero profundamente agradecida por tenerla, por ser como era, la madre que no pudo esperar, mi bella y reluciente heroína, aquella que vino a rescatarme del cruel y maloliente dragón. Junto a ella todo era posible. Sentí flotar mis pies, sin molestia ni temor alguno. Orgullosa de tenerla y feliz por haber logrado traer conmigo un pedacito de aquello que tanto ansiaba.

# Trágica confesión

*Soledad no se mantuvo al margen de todo lo acontecido, nos aguardaba paseando junto a la valla del huerto, guiada por un rítmico y tembloroso balanceo; cabizbaja, sin duda inmersa en trágicas elucubraciones.*

*Nada más percatarse de nuestra llegada se abalanzó sobre nosotras, como si de familia se tratara, como si nos uniera algo más que el mero y caprichoso destino. Y en realidad, así era, cada persona que lograba regresar a su lado era una parte de aquel que no lo había logrado. Y para nosotras ella representaba la calma, la calidez y el refugio en medio de la oscura tormenta.*



Nos adentró en la casa, sin dejar de profesarnos constantes muestras de afecto y alegría. Era incapaz de contener la dicha que la invadía, y la plácida sensación de alivio que se abría paso a través de sus profundos suspiros y efusivos abrazos.

Tardamos en recuperar la calma, o al menos un resquicio de lo que habría de constituir una respiración pausada. Nuestros nervios estaban a flor de piel, jamás nos sentimos tan expuestas como aquel día, ni siquiera en los difíciles momentos pasados junto a los niños. Aquello había sido un descuido imperdonable, una torpeza que pudo acarrear graves consecuencias, sobre todo en medio de aquel trágico desbarajuste.

Fue Soledad quien nos hizo recobrar la templanza, ella con su filosófica y

tierna forma de percibir la vida, solo ella consiguió hacernos salir de nuestra ignorante ceguera. Logró que comprendiéramos lo crucial que podía ser aspirar cada momento de dicha, por insignificante que fuera, por confusa que resultara la felicidad venidera. Y así pasamos de la melancólica angustia a la descontrolada risa, hasta fundir nuestras voces en atronadoras y saludables carcajadas.

Al cabo de un rato, con los ánimos ya calmados, saqué de mi pelo aquellas pequeñas notas, apenas unas líneas, que habrían de bastar para apaciguar el alma de madre.

En esta ocasión sus manos no se apresuraron, sino todo lo contrario, se movían lentas y titubeantes, sin duda guiada por el pánico que despertaba en ella el contenido que pudieran portar aquellas cartas arrugadas, en medio de toda aquella nueva y confusa situación.

Aquella ralentizada escena se tornó agobiante y espesa, por lo que no dude en brindarle una discreta, pero cortés ayuda, extendiendo mi brazo hacia ella, cubriendo así la agónica distancia que nos separaba. Consideraba absurdo continuar malgastando el tiempo, retardando el grato momento que podía representar tener noticias de padre, conocer de su puño y letra el carisma que estaba tomando todo aquello. Aunque también cabía esperar lo peor, y esa posibilidad resultaba acechantemente perturbadora. No obstante, merecía la pena correr el riesgo, conocer su contenido era del todo imperativo, ya que unas cuantas palabras podían cambiar por completo el curso de nuestras enigmáticas vidas.

Pero todo cambió una vez la sostuvo entre sus manos. Comenzó a tratar de desdoblarla torpemente, como si fuera incapaz de encontrar el trozo que permitiera su apertura, como si hubiera sido lacrada y sellada, cual noble misiva.

Cuando por fin logró abrir la primera, suspiró profundamente y comenzó a devorar su ansiada lectura.

*«Sí, mi amor, la guerra ha terminado, aunque en realidad no sabría cómo denominar a esta situación que nos aborda. Entiendo tus miedos y pesares, porque en estos momentos la congoja y la niebla enturbian por completo mi visión del mundo. Me gustaría decirte que pronto estaremos juntos y que confío ciegamente en la razón humana, pero lo cierto es que el*



*desconcierto y el temor invaden ahora mis breves y humildes sueños. Se han seguido sucediendo, las desapariciones, los viajes sin retorno, y esta vez sin anunciar destino ni pretexto; Gabriel, el de los cuatro hijos y Joaquín, el pastor, ambos vecinos de tormento; les sacaron de sus celdas a rastras, en mitad de una siniestra y silenciosa noche, junto a otras sombras, de las que solo conocía el sufrimiento y el sonido de sus desgarradores lamentos. Los gritos y súplicas sin consuelo no tardaron en invadir la totalidad de aquel habitáculo, que se tornó un infierno, cubierto por un ilusorio y retumbante techo abovedado, contra el que chocaban aquellos insoportables ecos.»*

Madre suspiró profundamente, mientras trataba de estirar la segunda nota, esta vez visiblemente nerviosa, impaciente por conocer la continuación de aquella otra.

*«Me mantuve resignado junto a los barrotes, expectante e impotente, entregado al que parecía ser mi final, aquel que me brindaba paz y consuelo. Aún no alcanzó a comprender como se proyectó ante mi deseable, pero lo cierto es que vi en aquella posibilidad mi libertad, mi escape. Todo dejó de importarme, incluso vosotros. Me avergüenza reconocer que anhelaba terminar, escapar, aunque fuera sirviéndome de tan cobarde maniobra. No opondría la más mínima resistencia, es más, agilizaría el tránsito.*

*Transcurrió el tiempo; abandonado allí, y tras momentos en que pude recobrar mí ya escasa cordura, caí derrotado al suelo, con las manos sobre la cabeza, incrédulo ante mi forma de actuar. Sintiéndome un ser dócilmente doblegado. Pero no es así, sigo aquí, con mis valores intactos. Y ahora sé que tienes razón, no lograrán separarnos, a estas alturas no tendría sentido pensarlo, han sido muchas las ocasiones en que han podido terminarlo y no lo han hecho.*

*Resistiré y pronto estaré a vuestro lado. Te quiero, mi cielo.*

*Tu Lorenzo.»*

Quando madre concluyó la lectura volvió a doblar aquella otra carta, lentamente, fiel a sus delicados y estratégicos pliegues, sin articular palabra ni gesto capaz de transmitirme calma ni zozobra. Se limitó a guardarla, de manera que durante años no tendría acceso a sus atormentadas y flaqueantes palabras.

—Tenemos que traerle a casa, antes de que pierda por completo el sentido.

Madre se mantuvo entera y con la mente fría, como nunca fue capaz de hacerlo tras una de sus cartas. Se limitó a pronunciar aquella frase, en un susurro que se perdía con el frágil roce del viento, como si no pretendiera ser escuchada, como si un lamento de su espíritu quebrado hubiera traspasado su marchita y pálida morada humana.

Fue entonces cuando descubrí que prefería aquellas otras ocasiones en las que lagrimas brotaban de sus cansados ojos, las manos cubrían el terror de sus labios, o simplemente aquellos otros momentos en los que emprendía una acalorada y apresurada marcha.

Pero aquella actitud resultaba del todo confusa y descorazonadora. Era incapaz de saber si se podía tratar de algo malo o trágicamente irremediable.

De lo único que estaba convencida era de que no podía ser bueno, ya que en ese caso la necesidad de un rescate resultaría del todo innecesario.

Traté de sonsacarle, haciendo uso de mis mejores y más deshonestas cualidades, pasando de los besos al más vil de los chantajes. Pero ella se mantuvo firme, inmersa en sus propios pensamientos, cavilando y mascullando la que debía ser su próxima artimaña.

Por suerte, la puerta sonó, suave e intermitente, como si el que tocaba buscara anunciarse sin alarmarnos. Madre acudió sin demora, casi en un salto, sin duda confiada en la posibilidad de encontrar a su hermano al otro lado, sin embargo, fueron los brazos de Marta los que la recibieron. Estaba preocupada ante los fatídicos rumores y la falta de noticias, pero las tareas y peticiones de sus engrandecidos huéspedes no le habían concedido un minuto seguro de tiempo. Aún en ese instante, no estaba completamente convencida de la certeza de sus pasos. De hecho, ahora más que nunca se avivaban antiguas rencillas y revanchas, y los coronados vencedores se creían con el poder de someter aún más a los llamados vencidos. Cualquiera podía sentirse sospechoso y perseguido en aquellos agonizantes momentos de caza de brujas y poder legítimamente embravecido, aunque en realidad no fueran más que un nido de cuervos y sátiros fanáticos con aires enardecidos.

Me apresuré a buscar sus cálidos arrumacos, aquellos que ahora me trasladaban al calor que antes desprendía madre, antes de que todo esto lograra hacer de ella un ser triste y frío.

Marta se apresuró a recogerme con los brazos abiertos y una inmensa sonrisa que hizo lucir deslumbrante su maternal semblante. Ambas nos fundimos en

un apretado y alocado baile, sin dejar de girar por toda la casa, como si lleváramos sin vernos un sinfín de años.

Traía consigo succulentas raciones de sus mejores manjares, aquellos que ahora saciaban el apetito de los que aún se veían inmersos en el error de una desafortunada y burda celebración.

Nos sorprendió que pudiera acompañarnos a la mesa con la que tenía organizada en casa. Pero entonces nos explicó que aquel espíritu de desenfreno y festejo se vio bruscamente frustrado por la intervención de algunos mandos, que se hicieron caer por su humilde posada, al parecer alertados ante la falta de efectivos en el cuartel. No fueron órdenes precisas ni reclamos, pero de inmediato cesó el jolgorio en cada uno de los rincones de la casa, y al cabo de unos minutos aquello se tornó un escenario de grata desolación y silenciosa calma.

Agradecí su presencia, me apaciguaba, me brindaba una sensación de calidez y seguridad que apenas recordaba. Con ella madre se mostraba mucho más sosegada, aunque en el fondo continuara buscando la manera de lograr liberar a padre.

Tras aquel abundante y plácido almuerzo, Marta apenas había comenzado a despedirse de nosotras, cuando de pronto fue interrumpida por madre, que había empezado a ponerse una rebeca, sin dejar de moverse por la habitación, sin parar, de un lado para otro, anunciando entre dientes su intención de acompañar a Marta, no hasta su casa, sino en dirección al cuartelillo.

Pensé que marcharía de nuevo en busca de su hermano, y no pude evitar imaginarla triste y derrotada, ante las nuevas negativas de aquel demonio encarnado. Quise acompañarla, pensando que, de algún modo, mi presencia podría aplacar su naturaleza maligna, pero apenas había iniciado mi propuesta cuando ella la rehusó de modo contundente.

Marcharía sola, dispuesta a todo, como podía descubrirse al ver su aire embravecido. Entonces observé que madre había dejado de ser aquel ser delicado, sutil, frágil y etéreo; ahora se conducía con talante altivo y decidido, como si nada tuviera que perder, como si mereciera la pena poner todas las cartas sobre la mesa.

Besó mi frente sin detenerse un instante más allá de lo necesario, para después conducirse con paso firme hasta la puerta, donde Marta la aguardaba.

Corrí en su misma dirección, seguida de cerca por Soledad, y me detuve en el jardín, junto a los rosales escarlata, que inundaban el aire con su dulce y fresco aroma. Sentí como Soledad tomaba con fuerza mi hombro, imagino

que alarmada ante la posibilidad de que pudiera emprender mi marcha tras ella. Entonces la miré, tratando de aliviar sus peores temores.

—Tranquila, solo quería verla marchar, por si no regresa. Y era cierto, en mi corta vida había descubierto lo engañosos y caducos que podían ser los más bellos y gloriosos momentos. Había que saborear su fragancia, abrazarlos, cerrar los ojos y recordarlos, como si fueran a desvanecerse con nuestro próximo aliento.

Vi alejarse su elegante figura, mientras aspiraba el néctar de aquel hermoso y secreto jardín; y después cerré los ojos para comprobar que seguía allí, que aquel instante permanecería latente por siempre en mi corazón, y bastaría cerrarlos de nuevo para sentirla de nuevo a mi lado.

## Una declaración de amor

*Madre regresó bien entrada la noche; la vimos llegar desde la puerta, donde llevábamos horas apostadas, en dos incómodas butacas de madera, tratando de distraer nuestras mentes, aspirando el cálido y plácido olor a verano, que resultaba cada vez más cercano.*

*Nos mantuvimos sentadas, expectantes, hasta que la claridad de los quinqués hizo visible lo que antes eran sombras. Pude ver su rostro, sonrosado, brillante, deslumbrante de alegría y gozo, como si hubiera recobrado la lozanía y plenitud de aquellos felices años.*



La miré perpleja, sin alcanzar a sospechar el porqué de aquel repentino cambio. Entonces me abrazó fuertemente, tanto que tuve que retroceder hacia atrás para devolver el aire a mis pulmones. Estaba pletórica, emocionada, incapaz de articular palabra, nada que viniera a arrojar un mínimo de luz a tan inesperado despertar.

Ambas la obligamos a tomar asiento. Y Soledad se marchó, para regresar al cabo de unos segundos, con un vaso de agua. Madre bebió un par de sorbos y comenzó un diálogo del todo incomprensible, atropellado.

Nos miramos incrédulas, como si ninguna pudiera confiar en la certeza de aquellas palabras, que brotaban a borbotones de sus confusos labios.

Me pareció escuchar algo sobre padre, una visita y poco más; y por eso

recurrí a la prudencia, me mantuve callada, con los oídos bien abiertos, confiando en que madre se calmara y diera sentido a ese compendio de palabras sueltas, sin lógica alguna.

Por fin logró sosegar, y comenzó a explicarnos. Y aunque su voz aún sonaba temblorosa y balbuceante, consiguió hacernos partícipes del motivo que había provocado tan entusiasta e inusual apariencia.

Había logrado localizar a Antonio, y aunque este no había dejado de emplear sus aires de superioridad e indiferencia, madre había insistido en su necesidad de ver a padre; haciendo uso de súplicas y constantes réplicas, llegando a incomodar a su hermano frente a los compañeros que junto a él se encontraban. Logrando que finalmente claudicara, profundamente avergonzado y no por convicción.

Había consentido en permitir que aquella noche las dos viéramos a padre, pero después, y como cada noche, ella se marcharía, solo yo podría permanecer a su lado.

Madre no lograba contener la grata sensación de calma que de nuevo la embargaba, el simple hecho de saber que en breve volvería a recibir sus besos y abrazos, le hacía sentirse de nuevo plena, solo junto a él era un ser completo y no una mera marioneta, obligada a mantenerse en pie por el bien de sus hijos.

Aquella noche no pareció importarle no poder quedarse; de pronto lo que antes eran meras migajas, ahora representaba un mundo; y un segundo a su lado se proyectaba toda una vida.

Cenamos acompañadas de un plácido silencio, que solo rompía la armoniosa sinfonía de la noche. Madre lucía una bella sonrisa; perenne, infranqueable y soñadora, como la joven que está a punto de acudir a su primera cita.

El tiempo pareció tornarse fiel cómplice de nuestros desvelos; apenas comenzábamos a cenar, cuando tuve la plácida sensación de que las agujas del reloj volaban. El aburrimiento y sopor de días anteriores habían dejado paso a una grata sensación de calma y alivio.

Descubrí que madre había tomado una decisión que no dejó de sorprenderme; arrastrada por la tenue y serena noche, eligió continuar soñando, concediéndonos el prolongado deleite de tan añorado sentimiento. Por una vez no habría prisas ni soterradas palabras entre mis trenzas, nos mantendríamos calladas, medidas por el suave susurro que despertaba el acompasado baile de las hojas, acompañadas por la música de cuerda que se

ocultaba entre las zarzas, viendo palidecer, ya consumida, la llama de aquella tímida vela.

Jamás estuve tan conforme con una decisión de madre, sobre todo tratándose de una reacción instintiva, no meditada. Madre no solía ser demasiado espontánea y la guerra había terminado por truncar la bravía que algún día pudiera albergar en ella, cada uno de sus pasos era firme y sopesado, como si temiera que cualquier pequeña caída o fallo pudiera llevarla a perdernos.

Así pues, ambas aguardamos tranquilamente; aunque, eso sí, preparadas y esperando junto a la puerta. El hecho de habernos concedido un pequeño respiro no iba a privarnos de un solo segundo a su lado, estábamos dispuestas para enfilas el camino a grandes zancadas, acelerando el grato proceso que nos convirtiera en el feliz objetivo de sus ojos, privándonos a su vez de aquella otra no tan deseable compañía.

Por fin, la puerta tembló, estruendosa, como si alguien hubiera desfogado su ira con una brutal patada. Pero que aquello no nos extrañara lo más mínimo no hacía sino confirmar el tipo de ser que aguardaba al otro lado.

No hubo lugar a formalismos ni apresuradas despedidas, las tres éramos conscientes de la súbita tensión que nos invadía. Madre abrió la puerta y tiró de mí con fuerza, sin detenerse, sin proferir la más mínima palabra, aunque me pareció apreciar un pequeño gesto con la cabeza cuando paso junto a la perturbadora figura de su hermano.

Nos siguió de cerca y no ceso hasta lograr adelantarnos, como si fuera indigno de él caminar tras la figura de dos féminas, dos mujeres frágiles y vulnerables. Su tosca apariencia no era más que un fino velo, que apenas lograba ocultar la podredumbre de su fuero interno, aquel retrato escondido, para que ni siquiera él pudiera verlo. Cualquier calificativo era poco, y yo disfrutaba degradando su ser, sorprendiéndome ante los símiles que era capaz de establecer entre él y el inframundo.

El aire casi podía cortarse, solo él lograba que un espacio abierto pudiera tornarse en la más angosta y lóbrega mazmorra.

Nos esmerábamos en agilizar el paso, madre daba pequeñas carreras, dejando evidencia de su escasa destreza en los deportes, tanto era así, que de no ser por el lamentable escenario que nos envolvía, hubiera resultado la excusa perfecta para romper a carcajadas.

Por su parte, Antonio se limitaba a fumar y carraspear de un modo irritante, y en ese estricto orden, de forma acompasada, alternando

exageradas y grisáceas bocanadas, con aquel nauseabundo sonido que emanaba de su garganta; en verdad, hasta aquel momento pensé que nada en el mundo podría resultarme más desagradable que el contenido de sus vacías palabras, pero sin duda me equivocaba.

Llegamos a las inmediaciones del cuartel, y aunque debí sentirme pletórica y llena de dicha, lo cierto es que la ansiedad y el miedo se abrieron paso a través de mi cuerpo, dibujando ante mí un raro espejismo, una falsa apariencia; que comenzó a distanciar más y más lo que por lógica debía estar a mi alcance, mostrando a los dos guardias cada vez más pequeños y lejanos, hasta convertirse en diminutos, como aquel soldado de plomo, el que Amador cedió a su nuevo y adorado amigo. La enorme y forjada puerta no era más que un estrecho y profundo túnel, un habitáculo que se perdía en el infinito horizonte.

Me detuve exhausta, todavía más asustada ante aquel engañoso plan que urdía el genio de mi joven mente. Calibrando lo inútil de seguir avanzando hacia el vacío, para caer de nuevo en la nada.

No debí dudar, ni siquiera un instante, que madre me observaba de cerca, atenta a cada uno de mis gestos e inexplicables reacciones. Solo precisé un roce, el primer contacto de su aterciopelada mano me trajo de regreso a la realidad, a la cercana posibilidad de volver a verle, sin que nada ni nadie más importase, sin necesidad de pensar en un mañana, solo el vano placer de volver a escuchar sus sabias enseñanzas.

No habíamos alcanzado la puerta cuando mi tío se despidió vociferando, mientras deshacía el camino a zancadas, como si se hubiera desatado un terrible incendio. Aquello no dejó de parecerme extraño, aunque gratamente satisfactorio; el hecho de ver cómo se alejaba era un regalo en sí mismo, pero que lo hiciera de forma apresurada, como si la tierra se lo tragara, resultaba un bello estímulo para mis ojos.

Nos disponíamos a entrar cuando aquellas estáticas figuras, que hasta entonces siempre permanecieron completamente inertes, sin mayor movimiento que el de sus expectantes y vidriosos ojos, comenzaron a caminar hacia nosotras. En aquel momento, nos quedamos petrificadas, como si las estatuas fuéramos nosotras. Imagino que madre pensó como yo, que todo había sido una cruel artimaña de Antonio, para exponernos como ella lo había hecho. Ahora nos pedirían todo tipo de explicaciones y al no estar acompañadas por él, sin duda, nos invitarían a marchar, dando por concluido



nuestro sueño.

Pensar aquello resultaba lo más sensato, dadas las circunstancias, pero lo que estaba por llegar pondría bocabajo todo mi mundo.

De pronto, el más joven dibujó una sonrisa en su rostro, un gesto que le hizo resultar de nuevo humano. Mientras que el más mayor, que aún conservaba una postura cuadrada y sería, comenzó a articular una rara mueca en su semblante, algo que había comenzado a resultar sumamente inquietante, hasta el punto de llevarme a retroceder sendos pasos, tratando de marcar entre nosotros un señalado espacio. Aun así, continué parada, dispuesta a presenciar la conclusión de aquellos raros espasmos.

Al cabo de unos instantes, la cara de aquel hombre dibujó una sonrisa de lo más tétrica, que le hacía parecer algo más amable, aunque solo fuera porque ahora podía despertar la risa.

Pero más sorprendente resultaría, ver cómo nos invitaban a pasar, sin articular palabra, indicando con la mano, a la vez que hacían una forzada inclinación de cuello, sin dejar de lucir aquel antinatural gesto.

Todo aquel despilfarro de amabilidad resultaba confuso, sobre todo, viniendo de aquellas personas.

Sin embargo, algo en sus rostros dejaba entrever cierto aire de sincera compasión y buenas intenciones.

Por primera vez, en mucho tiempo, decidí bajar la guardia, abandonando mi postura defensiva, y así, sin darme cuenta, sin ser consciente de ello, respondí a sus torpes manifestaciones; con una leve sonrisa; aunque he de reconocer que traté de esquivar la mirada del mayor, aquel seguía poniéndome los pelos de punta.

Tomé la firme determinación de interpretar todo aquello como señales, promesas de un próspero y cercano desenlace, lejos de confabulaciones o posibles represalias.

Estaba cansada, profundamente hastiada, aburrida de dar por sentado lo malo y decepcionada ante lo efímero de lo añorado. Por eso no vacilé al concederles aquel beneficio, el de la duda; a ellos, a dos completos desconocidos.

Necesitaba creer, pensar que aquel era el torpe ritual que precedía a un gran festejo, aquella opción que les convertía en hombres piadosos y buenos, a pesar de su tosca y superficial apariencia.

Avanzamos por aquel angosto pasillo, tan tristemente cercano. Miré atrás y pude ver cómo se alejaban, sin volverse, sin proferir ningún tipo de

instrucción o advertencia.

Pude ver sus finos dedos, entrelazados alrededor de aquellos oxidados barrotes. En aquel momento comprendí que mis esperanzas no eran más que otro espejismo, mi propio deseo de avanzar me hizo ver luz, donde aún reinaban las sombras.

Sacudí la cabeza, como si tratara de alejar cuanto antes la torpeza de mis caprichosos y truncados deseos, acertando a vislumbrar lo que realmente importaba, aquello que estaba a mi alcance, aunque poseyera una real y dolorosa apariencia.

Recorrí ese corto espacio dando enormes pasos, y en cuestión de segundos pude sentir el frío y cortante roce de sus manos. Me detuve un buen rato observando, sorprendida ante su pasividad, ante su ausencia de palabras, de cualquier tipo de reacción. Aterrada ante su porte invernal y demacrado.

Traté de aplacar aquel gélido tacto, tomando sus manos entre las mías, impotente al sentirlas cada vez más frías. Consciente de su ausencia, sintiendo que su corazón estaba congelado, que apenas latía, oprimido bajo el grueso hielo que le cubría.

Madre no tardó en alcanzarnos, sin duda se había percatado de algo que yo había pasado por alto, y ahora uno de los guardias la seguía de cerca, mostrando la llave de la celda.

Entramos en su mundo escarchado. La devastadora frialdad de su alma se percibía en cada rincón, incluso en aquel aire espeso y viciado, y sin dudarlo, sin demorarlo más, le abrazamos, tratando de crear para él una atmósfera cálida, que le reconfortara, capaz de fundir la nieve que cubría su masacrado y engarrotado cuerpo.

Permanecimos así largo tiempo, temiendo romper aquel vínculo. Y aunque madre vio truncadas sus más ambiciosas expectativas, no hizo uso de su persuasiva y convincente insistencia.

Madre comprendió que no podría hacerle reaccionar, aquella visita que tanto había luchado por conseguir, que tanto le había humillado ante su hermano y otros tantos, había sido del todo infructuosa. Tendría que marcharse con la tristeza de que ni siquiera la hubiera mirado.

Aun así, no estaba dispuesta a desaprovechar aquel hermoso tiempo que les quedaba. Sin que tímidas lágrimas dejaran de resbalar por su dulce cara, parecía absorta pensando la forma de encontrar alguna cosa que poder compartir en aquellos momentos, algo que, si no le traía de regreso, al menos

sirviera para pasar un rato especial a su lado.

De pronto, madre se incorporó de un salto, y apresurada comenzó a rebuscar en el interior de uno de sus bolsillos.

—¿Qué buscas?, ¿Ocurre algo malo? —pregunté desconfiada. Aquel ímpetu me llevó a pensar, como ya era habitual, que pudiera tratarse de algún otro problema.

—No, cariño, simplemente he recordado que todavía llevo conmigo la carta que llegó del abuelo, y estoy convencida de que escucharla animará a tu padre.

Asentí, a la vez que dibujaba una media sonrisa torciendo la boca. Si aquello no lograba despertar de su profundo trance a padre, seguro que nada lo haría.

Madre se acomodó como pudo junto a él, y enseguida empezó a leer:

*«Querida hija, me alegra poder contarte que los chicos están bien. Aquí los días continúan siendo tranquilos, a pesar de todos los cambios que se van sucediendo. Juan me ayuda a menudo poniendo mesas y atendiendo a los clientes, creo que le hace sentir mayor. Mientras que Amador pasa la mayor parte del tiempo con su abuela, aprendiendo algún juego o haciendo alguna manualidad con ella. Al principio os echaban muchísimo de menos, Amador lloraba cada noche, y su hermano se mostraba orgulloso y distante, como si le hubieran engañado. Pero aquello forma parte del pasado, y ahora me complace poder contarte que están felices a nuestro lado, aunque eso no signifique que hayan dejado de extrañaros.*

*Lo que no dejan de hacer, lo que insisten en preguntar cada noche, es como se encuentra su padre y si queda mucho para que regrese a su lado. Nosotros siempre les miramos sonrientes y les contestamos apoyándonos siempre en la esperanza de poder recuperarle.*

*Sabemos que estás sufriendo, no imaginamos un dolor más profundo que el que estás atravesando allí, angustiada ante la falta de noticias y manipulación de esos desgraciados. Por eso queremos que sepas lo orgullosos que estamos de ti, y que te queremos tanto como habríamos podido querer a nuestra propia hija.*

*Besa a Isabel de nuestra parte, no imagina lo mucho que nos gustaría tenerla junto a nosotros. Y si logras reunirte pronto con nuestro hijo,*

*transmítele nuestro amor y apoyo incondicional, hazle saber que le estamos esperando.*

*Estoy convencido de que pronto cesará esta agonía, y sin darnos cuenta estaremos de nuevo juntos, disfrutando de una de nuestras divertidas reuniones en familia.*

*Cuidaros mucho y no sufráis por los niños, están seguros con nosotros. Os queremos.»*

Madre ya me había leído antes aquella esperada y alentadora carta, pero no pude evitar emocionarme de nuevo.

Quería con el alma a mi abuelo, y el muro que había levantado entre los dos, me impedía expresar lo que en realidad necesitaba, seguir siendo su niña mimada, para recibir sus mimos y sabias enseñanzas.

Pero aquello no funcionó, padre ni siquiera se inmutó, era como si no hubiera estado escuchando. Sus ojos estaban vacíos y sus pupilas dilatadas, mientras que el calor no lograba abrirse paso a través de su gélido cuerpo.

Ella sabía que se acababa, que tendría que marcharse de un momento a otro, llevando consigo aquella amargura y aquel frío tacto grabado en su marchitada piel. Por eso, se arrodilló de nuevo a su lado y sin apuntes ni notas, comenzó a dedicarle unas palabras, que aún escucho muchas noches.

—Cariño, mi amor, mi cielo, mi amigo, quiero darte las gracias por haberme dejado entrar en tu vida, por lograr que me sintiera la más bella del mundo ante tus profundos ojos, por hacerme estremecer con cada caricia, por anular tu existencia al cuidar de la mía, por consolarme cuando despertaba envuelta en terribles pesadillas, por acunarme mirando juntos aquel acantilado, por tratar de alcanzar para mí aquella brillante estrella, por hacerme entender que los ideales nos hacen seguir siendo humanos, por seguir luchando allí dentro, porque sé que me estás escuchando. Y necesito que resistas, aunque sientas que duele menos rendirse, aunque sucumbir parezca un plácido y deseable descanso. Mírame a los ojos. —dijo, a la vez que levantaba su barbilla, tratando de buscar su mirada, con los ojos arrasadas en lágrimas, tratando de conmoverle sin mortificarle más de lo que ya estaba.

Pero en aquel momento, la puerta se abrió estruendosa, sin que pudiera concluir aquellas bellas y pasionales confidencias. La mano de Antonio

apareció de la nada y tiró de ella sin que pudiera oponer ningún tipo de resistencia.

—¡Aguanta, mi cielo, te quiero! —Gritó mientras su voz se fue desvaneciendo en aquel oscuro y triste pasillo.

# Una llama extinguida

*Cuando ella se marchó, la habitación quedó sumida en un desconcertante y asfixiante silencio. Sentí como si de pronto me encontrase en medio de un jardín negro y marchito, sobrevolado por aves de rapiña, acechantes, que volaban enérgicamente en círculos perfectos, pero sin emitir ningún tipo de sonido. De pronto todo se tiñó de color rojo intenso, y sentí un escalofrío recorriendo cada milímetro de mi cuerpo. Me faltaba el aire, y al sentirme incapaz de proferir la más mínima palabra, comencé a llorar desesperadamente, pensando que aquello no podría pasar de ser desapercibido, y alguien, si no padre, acudiría por fin en mi ayuda.*

*Me dejé arrastrar por aquella gélida congoja, en medio de aquel inquietante pozo de tinieblas. Sintiéndome incapaz de hacerle despertar, percibiendo su espíritu vencido, errante entre los difuntos.*



Pero a pesar de tratar de hacer notar mi desgarrado llanto, solo logré verme presa de mi propio eco, mi propia vergüenza me envolvía de nuevo, una y otra vez, cada vez más afianzada, como si persiguiera hacerme perder el sentido, como si pretendiera hacerme entender que era más fácil rendirse, y entregarme así al posterior descanso, sabiéndome sin dirección ni cometido, solo partícipe consentidora de un letal fracaso.

Pero aún sostenía sus manos, y un nuevo temblor de estas me trajo de nuevo a su lado; a sus cálidos brazos, a sus dulces y mágicos relatos. Pude

sentir que estaba encerrado, y por la tensión de su cuerpo deduje que no estaba dormido o ausente, sino que en realidad llevaba tiempo gritando, solo que su garganta reseca y brutalmente silenciada, era incapaz de emitir el más mínimo gemido.

De pronto sentí aflorar en mí sentimientos contradictorios; por una parte, la felicidad al descubrir que no todo estaba perdido, y por otra, la duda al no saber si encontraría la forma de traerle de vuelta. Entonces, hice algo, que, de modo completamente egoísta, me apetecía hacer; dirigí su mano hacía mi rostro, haciendo que notara las lágrimas que aún derramaba. Pensando que él sería incapaz de negarme unas palabras de consuelo, convencida de que, si no era capaz de hacerle reaccionar, convirtiéndole en partícipe de mi profundo dolor, nada ni nadie lo haría.

—¡Padre, vuelve conmigo, estoy asustada, te necesito, ya no soy fuerte, ya no quiero serlo, quiero que estés de nuevo conmigo y me protejas!

No recuerdo exactamente cuántas fueron, pero sé que repetí aquellas palabras no pocas veces, cada vez con la voz más aguda, cada vez más aterrada, muerta de pavor ante la posibilidad de no hallar respuesta. De hecho, al final, hablaba mientras le propinaba pequeños empujones, casi sacudidas, con las que pretendía agilizar aquel lento proceso.

Pero al cabo de un rato, ya no me quedaban fuerzas para continuar. Sin poder evitarlo me había visto sacudida por aquella amargura; un estado de completa resignación y tristeza, que me llevó a deshacerme agotada de su frío e inerte roce, para terminar acurrucada en el suelo, junto a la cama, pensando que en algún momento sería rescatada, aunque fuera por alguno de aquellos sátiros y desconcertantes guardianes.

Fue entonces, comenzando a ser devorada por la nada, abordada por la propia locura, cuando sentí el rígido y helado roce de sus dedos, palpando, apenas de refilón, uno de mis hombros, como la tímida brisa del viento, haciéndome dudar si había sido cierto. Y fue así como regresó a mí, con un fugaz y repentino hilo de vida, como aquella estrella efímera, que ilumina durante breves instantes el cielo, los justos para concederte la petición de un ansiado deseo; solo que él era el mío, mi único y verdadero deseo.

Nos miramos en silencio, sintiendo pasar entre nosotros miles de palabras, aquellas que no necesitan voz, aquellas que solo se sienten, y al pronunciarlas palidecen y se esfuman perdiendo su más bello y puro sentido.

Al cabo de un rato nos fundimos en un fuerte abrazo, venciendo cualquier insignificante barrera, que hubiera podido imponer el vacío; sintiendo renacer

en él la frágil llama de la vida, retornando lentamente el calor a su cuerpo, hasta devolver a su pecho un enérgico latido. Sus ojos reflejaban por fin la emoción, contenida pero palpable, clara pero difuminada por cientos de lágrimas, que aguardaban sentirse libres, refugiadas entre sus largas pestañas.

Jamás le vi llorar como entonces, entregándose de aquella forma tan apasionada, sin importarles el dónde ni el cuándo, solo la necesidad de desahogarse, deshaciéndose de toda la impotencia, tristeza y amargura que le corroían por dentro.

Me limité a mantenerme a su lado, sintiendo escapar todos aquellos perturbadores sentimientos, siendo ahora yo la que le refugiaba entre mis pequeños y quebradizos brazos. Convencida de la conveniencia de no acelerar lo doloroso de aquel trance, confiando en el bienestar que vendría a llenar su alma tras arrojar aquella angustia.

Mentiría si dijera que fui paciente y transigente, pues lo cierto es que en ocasiones temí que aquello durara para siempre, que padre no encontrara el momento de parar, o lo que es peor, que no albergara el mínimo deseo de hacerlo. Sin embargo, cuando comenzaba a pensar que de nuevo me sentiría perdida y sola, me sorprendió un repentino, pero extrañamente, plácido silencio. Miré a mi alrededor, incapaz de creerlo, llegando a dudar de la agudeza de mi percepción; con tanto padecimiento no habría sido descabellado haber perdido el oído, o haber visto mermado cualquier otro de mis sentidos. Pero estaba allí, no había lugar a dudas, había vuelto, y aunque ya no lucía cual erguido y apuesto caballero, el brillo de su mirada lograba eclipsar la grandeza de todo el firmamento.

Poco a poco las palabras se fueron abriendo paso a través de su garganta, primero sordas y huecas, como si tratara de comprobar que aún era capaz de pronunciarlas; luego logró encadenarlas, y aunque aún sonaba algo fatigado, me dedicó sus primeras muestras de añoranza y afecto.

—¡Mi niña, ven a mis brazos!, ¡cuánto siento haberte asustado! No esperaba tu visita, desconocía que pudieras haber vuelto a mi lado. Estaba absorto en mis pensamientos, aunque en realidad, buscaba sosiego en antiguos recuerdos y sueños. Momentos inolvidables, lejos de aquí, junto a todos vosotros.

No alcanzaba a concluir sus primeras palabras, cuando ya me encontraba refugiada entre sus brazos, arrodillada junto a él, rodeando fuertemente su cintura, como si temiera que en algún momento aquella ilusión pudiera desvanecerse de nuevo, sin dejar rastro, sin que fuera posible lograr



recuperarlo.

—Te quiero, te quiero mucho, pensé que ya no estabas, que me habías olvidado.

—En realidad, no estaba, pero en algún momento de lucidez, escuché tu afligido llanto, y me invadió un único deseo, una inquietud, que disipó toda la niebla que reinaba en mi cabeza. ¿Olvidarte, olvidaros?, la sola idea de reencontraros me mantiene alejado de la fría y acechante guadaña.

—¿Guadaña, padre?

—Nada, mi amor, no te inquietes, es solo la forma de hablar que utiliza este viejo. Significa que solo por vosotros respiro cada día.

—¿Viejo?, tú no eres viejo, eres todo lo contrario a cualquier cosa vieja; un príncipe, un bello corcel o incluso un mágico conejo, como esos que sacan los magos de sus relucientes chisteras. Pero nadie osaría compararte con algo viejo, no sin recibir una buena tunda.

Callé de golpe, tapando avergonzada con mis manos la boca, consciente de mi desbocada e inapropiada reacción, ya no era una niña pequeña, pero había actuado como tal. Aquella otra, la de años atrás, no hubiera temblado, pero esta otra, la que había visto tantas cosas, lamentó no haber sido capaz de controlarse.

Sin embargo, padre comenzó a reírse a carcajadas, doblándose de forma exagerada, hasta casi dar con las rodillas.

En otra ocasión me hubiera ofendido profundamente, aunque viniera de él, uno de mis seres predilectos sobre la faz de la tierra. Pero el sonido de aquella risa era otra prueba de vida, otra manifestación de su cercana y providencial existencia. Y por eso hice lo único que podía en aquel inusual momento; partirme de la risa, convirtiéndome en cómplice de su peculiar fiesta, exagerando hasta la saciedad; hasta derramar lágrimas de alegría y terminar tendidos boca arriba, con un monumental dolor de barriga.

Al cabo de un rato padre se incorporó lentamente, tirando a la vez de mi mano. Y fue entonces, sentados el uno junto al otro, cuando me preguntó temeroso por el estado de madre y mis hermanos. Creo que en el fondo había tomado conciencia de lo sucedido, reparando así en la tristeza que debió acompañar la marcha de madre, completamente afligida ante el preocupante estado de padre.

Le dije que de los chicos solo sabíamos lo que decía el abuelo en su carta; pero aquello no había de considerarse en modo alguno desalentador, ya que el abuelo, conociendo la dificultad que podían entrañar las comunicaciones,

acordó contactar siempre que hubiera dificultades, aunque tuviera que ser él mismo mensajero de su propia misiva, haría todo lo que fuera necesario.

Padre asintió sereno y confiado, siempre tuvo fe ciega en su padre, y no era aquel el momento indicado para dejar de hacerlo.

Le conté lo mucho que madre le extrañaba, que no comenzaba un día sin que le mentara, y no concluía la noche sin que lanzara un beso al horizonte. Él era su hogar, y por eso su objetivo, y en caso de fracasar, todo estaría perdido.

No obstante, hice hincapié en lo positivo, decidiendo obviar lo negativo; para nada estaba dispuesta a que padre se disgustara, no lo permitiría, no solo por la paz que me concedía su presencia, sino por el pánico que volvería si de nuevo se desvanecía.

—Padre, ¿me cuentas una de tus historias?

—¿Un cuento?

—No, esta vez algo real, algo que te haya pasado, un momento feliz, algo que yo no conozca.

—Real..., deja que piense un rato. —Dijo, mientras frotaba su barbilla.

Se quedó pensativo, pero sonriente, como si su mente almacenara varias de aquellas felices y cercanas vivencias. Sin duda toda una vida, una hermosa experiencia, repleta de fascinantes y emocionantes momentos.

—¡Lo tengo!, acércate, sin duda es una fascinante historia, una de las más hermosas.

Me senté a su lado, entusiasmada y expectante, ante la que prometía ser una fascinante travesía, repleta de emociones y aventura.

—Dime, ¿Te he contado alguna vez como llegaste al mundo?

—¿Yo?, ¿Que tiene eso de especial? Nací y se acabó, ¿qué más pudo pasar?

—Tu nacimiento en sí, tu llegada al mundo. Espera y verás.

—Vale, pero que dure poco, quiero escuchar un cuento de verdad.  
—Protesté decepcionada.

—No seas impaciente y escucha. Esperábamos tu llegada con impaciencia, por algo ibas a ser nuestra primera hija..., te digo esto porque tu madre estaba convencida de que serías niña, y no por habladurías de matronas o vecinas, sino porque así lo sentía, y yo confiaba ciegamente en ella, por lo que no tardé en contagiarme de sus esperanzas y dicha. Durante nueve meses nos dirigimos a ti como Isabel, convencidos de que aquel sería tu nombre, el de nuestra hija. Durante cada día del último mes, llegaba a casa y lo primero que

hacía era buscar un gesto en su mirada, algo que me indicara que había llegado el momento, y cuando tu madre negaba con la cabeza, sin poder evitarlo, un sentimiento de decepción y tristeza me embargaba, tornando el tiempo en una agónica e insoportable espera. Tocaba su inmensa barriga. —Padre sonrió mientras simulaba tener una grande y redonda panza debajo de su camisa— Y te decía el gran favor que me harías si decidías salir de tu refugio aquel día, creo que llegué a ofrecerte chocolate y algún otro tipo de soborno, como si pudieras comerlo o cogerlo, puede que por eso te gusté tanto.

Padre sonrió, a la vez que se encogía de hombros, como si después de los años él mismo se avergonzara de lo ingenuo y simpático de su comportamiento. Para entonces, yo también era incapaz de esconder la sonrisa, y de vez en cuando dejaba filtrarse orgullosa una chispeante y leve risita.

—Por fin, una mañana tu madre se levantó, más lentamente que de costumbre, me percaté de que temía ponerse en pie y cuando por fin logró hacerlo, sin aguardar que pudiera alcanzar a brindarle mi ayuda, extendió hacia mí su camisón y pude ver que estaba completamente empapado. Como comprenderás, de todo eso entendía poco, no soy médico, pero sin duda aquello era el comienzo. Por desgracia jamás me detuve a pensar los grandes sucesos fisiológicos que anunciarían tu feliz llegada. Éramos jóvenes e inexpertos, que no ignorantes, es decir, sabíamos cómo nacen los niños, pero pensar en todo aquello hubiera distorsionado nuestra idílica imagen de tu venida al mundo. —Padre sonrió de nuevo, algo ruborizado, consciente de que estaba siendo demasiado explícito.

La diosa fortuna quiso que el médico de la comarca viniera a residir en nuestro pueblo en el último año, aunque por desgracia, aquel día estaba atendiendo una emergencia en el pueblo vecino, por lo que, aunque no tardé en dar aviso a tus abuelos, para que salieran en su busca, aún tardaría unas horas en estar de regreso.

Aquello por fin empezó a resultarme interesante, y no solo gracioso, la idea de que padre se hubiera visto obligado a traerme al mundo con sus propias manos me resultó del todo entusiasta, estaba ansiosa por conocer todo los escabrosos y sangrientos detalles.

—Aguardé junto a tu madre, sosteniendo su mano, tratando de hacer que se sintiera cómoda y segura, al menos procurando que no percibiera el temblor que desprendía la totalidad de mi engarrotado cuerpo. Al cabo de una

hora tu madre sintió la necesidad de empujar, decía que el momento estaba cerca, y yo le rogaba que aguardara, que todavía debían faltar varias horas, de hecho, había escuchado a otros padres quejarse de la larga espera que suele preceder la llegada de un nuevo ser al mundo.

—¡Lorenzo, por favor, asómate y dime lo que ves, no sea que haya empezado y no nos hayamos enterado! —Gritaba tu madre.

—Pero mujer, que estas cosas no funcionan así, ¿cómo va a salir sin que tú lo sepas? —Le dije.

—¡Me duele muchísimo, ven y dime lo que ves, yo no puedo! —Insistió tu madre.

—Para entonces, tu madre alternaba gritos espeluznantes de dolor, con una especie de órdenes satánicas; y esto lo digo por las miradas de odio que me lanzaba.

—Padre, creo que no quiero saberlo, no parece mágico, más bien horrible, algo más, repulsivo.

—Espera, esto es lo gracioso, luego vendrá lo verdaderamente bonito.

—¿Bonito? —Dije en tono de sarcasmo y con gesto estupefacto.

—Verás, hice caso, al menos hice un intento para tratar de apaciguarla. Me aproximé y eché un vistazo, rápido pero suficiente. Retrocedí, con esa misma expresión en mi cara, la que tenías hace un instante, y entonces le dije lo único que le podía decir en aquel momento.

—Mujer, ahí veo de todo menos niña, y te aseguro que no he de volver a mirar, así que relájate y esperemos juntos al médico. Tu madre me miró resignada y algo decepcionada por la distancia que puse de por medio, pero jamás hubiera podido dedicarme a la medicina, y ella lo sabía, mi aprensión por la sangre no le resultaba ajena. En la distancia le dediqué todo tipo de guiños y bromas, sobre todo cuando los dolores le concedían un breve descanso. Por fin, la puerta se abrió de par en par, apareciendo tras ella tus abuelos y el hombre que habría de hacer posible tu llegada. En cuanto vi asomar aquel negro y gran maletín, recuperé el aliento. Mentiría si negara que agradecí que me invitaran a salir fuera. Pensé que dentro sería de poca utilidad, a menos que ansiaran ver cómo me desplomaba en medio de aquella angustiada sala. Pero no tardaría en lamentar haberme alejado de vuestro lado, las horas pasaban y de la casa no salía más llanto que el de ella, y yo solo podía taparme los oídos, angustiado e impotente ante su desgarrador e incesante sufrimiento.

—¿Padre? —Quise recordarle. Hacer que se percatara de la ausencia de

belleza.

—Y entonces lo escuché.

—¿Cómo?

—Tu abuelo tomó mis manos entre las tuyas; recuerdo que su rostro estaba repleto de gozo, desprendía una emoción vidriosa en sus ojos; y entonces llegaste a mí, con tu primer gesto de vida, tu llanto acompasado y fuerte. Llegué a zancadas a vuestro lado, tu madre te sostenía entre sus brazos, mirándote con un tipo de ternura que deben reservar las madres para tan maravilloso momento. La impaciencia me consumía, estabas cuidadosamente envuelta, en una fina toquilla blanca, y ningún ángulo hacía posible poder alcanzar a verte. Me acerqué receloso, de pronto temí no gustarte, poder asustarte, ser quien viniera a despertar de nuevo tu llanto, ya que esta vez podría ser por miedo, y en ningún caso quería ser la primera persona en despertar ese sentimiento en tu pequeño cuerpo. Pero entonces tu madre te giró hacia mí, y pude ver tus inmensos ojos pardos, con tímidos destellos violeta. Sentí que mi corazón estallaba de entusiasmo, de pronto mi mundo se había vuelto diminuto, y tú habías pasado a ser mi centro. Me sentía pleno, venías a completar mi sueño. Ahora en aquel rincón, en aquella pequeña cama, estaba reunido todo mi universo, mi razón de ser, mi vida, juntas, tú y tu madre, formabais todo lo que yo aspiraba a ser. Te contemplé en silencio, ensimismado, hasta que tu madre extendió su mano hacia mí, reclamándome a vuestro lado. Me acerqué sigiloso e hipnotizado, como si algo superior a mí guiase desde aquel momento mis torpes y asustadizos pasos. Besé su frente, agradeciendo encontrarla tan hermosa y entera, y entonces noté que trataba de elevarte, aún con dificultad, y supe lo que pretendía. Así te tomé por primera vez entre mis brazos. He de reconocer que tardé bastante rato en tenerte segura a mi lado, desconocía la posición correcta y no sabía cómo sujetar tu pequeña y bamboleante cabecita. Pero, ¿sabes?, al cabo de unos instantes ya te sentía mía y aquello me concedió la seguridad que precisaba, sentí reafirmarse mis brazos, que ahora te sostenían orgullosos, y el miedo se desvaneció, dejando paso a un profundo sentimiento de protección y recelo, hacia cualquier peligro que osara acecharte.

—Ahí te convertiste en mi caballero. —dije.

Padre sonrió y prosiguió con su emocionante relato.

—¿Sabes qué fue lo primero que te dije?

—¿Te quiero? —Pregunté convencida.

—No, siempre pensé que serían esas mis primeras palabras, al menos así

lo creía antes de aquel momento. Pero tus impresionantes ojos me miraban fijamente, mientras calibraba la fragilidad que emanaba de cada parte de tu cuerpo; contando tus deditos, comprobando tus reflejos, tus delicados oídos... Y así se escapó de mi boca.

—¿Qué fue padre?

—Perdón.

—¿Perdón? —Pregunté extrañada.

—Perdóname, mi vida, por no haberte preguntado, porque nadie te ha preguntado si querías, si ansiabas vivir, porque la vida es gozo, pero también sufrimiento. Porque hoy naces junto a mí, y aunque hiciste el esfuerzo sola, estoy aquí para recibirte, pero la vida también pondrá en tu camino tormentas y no siempre podré despejar el cielo para ti, aunque quisiera. Te traje a mí sin pensarlo, siendo egoísta, queriéndote para nosotros, deseando ser felices, pero no pensamos en todo el padecimiento que tendrás que afrontar tu sola.

Padre estaba inmerso en sus recuerdos, de hecho, mientras decía aquellas sentidas palabras, fingía sostener un bebé en alto, a la altura de sus ojos. Parecía angustiado y profundamente afectado, por lo que me precipité a interrumpir su afligido discurso.

—No hay nada que perdonar padre, mi vida está llena de cosas hermosas, de recuerdos bellos y seres entrañables que velan por mí cada día.

Padre miraba entonces hacia el suelo, como si el sentido de mis palabras le resultara imposible de creer, incrédulo ante la estampa que le pintaba.

—Pero solo eres una niña, y estás sufriendo, has conocido el miedo y has experimentado sentimientos de abandono y pérdida, viéndote presa del más profundo desconsuelo.

—Nada padre, nada podría hacerme desear no haber nacido, aunque ello me ahorrara el más letal y agónico padecimiento. Porque en el abismo siempre me guío la luz de mis recuerdos, y eso, haber vivido esos instantes, hace que merezca la pena aguardar cualquier perturbador suceso. Además, me ha enseñado a ser fuerte, y seré capaz de vencer cualquier dificultad por muy pequeña que sea.

—Hablas como yo, sin duda eres como yo. Nadie osará doblegarte, antepondrás tu coraje y determinación, aunque ello te suponga un gran perjuicio o insuperable dolor. Y yo tomaré tu mano, haciendo frente a la adversidad, como valientes y sabios soldados, porque ambas cualidades pueden caminar juntas, seremos dos personas que utilizan la fuerza sabiamente, sin cobardes coacciones ni mutiladoras armas. Estoy orgulloso

de ti, sigues completando mi alma.

Padre me abrazó con fuerza, como si pretendiera transmitirme toda su energía, toda aquella vitalidad que siempre había guardado para mí, para ser mi fiel y furtivo guardián, siempre al acecho, preparado para interponer su pecho, ante cualquier amenaza, por inquietante o afilada que fuera la daga.

Nos disponíamos a descansar, acomodados, suspirando al sentirnos aliviados, sabiendo que el uno conocía exactamente lo que sentía el otro, cuando mi tío apareció de forma súbita, como si hubiera atravesado la puerta, abalanzándose sobre mí, tirando de mi mano, sin pronunciar palabra, mientras sus hipócritas secuaces sujetaban a padre, que trataba inútilmente de zafarse para llegar hasta mí, mientras yo me veía arrastrada lejos de él, enmudecida, aterrada ante la idea de que mis gritos pudieran dar rienda suelta a la cólera de aquellos falsos enmascarados.

La noche se tornó tenebrosa y confusa; sombras que corrían difuminadas por la escasez de claridad, desorientadas y afligidas, se cruzaban una y otra vez, sin detenerse, como si trataran de encontrar el camino hacia algún sitio, sin saber en qué dirección comenzar a correr.

Mi tío ni siquiera llegó hasta casa, se limitó a guiarme hacia el interior del pueblo, para después marcharse de forma apresurada, sin mirar atrás, desapareciendo como un relámpago al final de la tormenta.

Pero encontré a madre en medio de aquel gentío, deambulando, perdida, como si fuera zarandeada por el viento, incapaz de decidir a quién acudir, a quien preguntar por lo que estaba sucediendo. Corrí para alcanzarla, y aunque me estrechó entre sus brazos con fuerza, supe que mi presencia no hacía más que acrecentar su zozobra, su duda ante lo que estaba sucediendo.

Alcanzó a rozar a dos de aquellas aterradas personas, sin lograr que ninguna accediera a dar razones de lo que podía estar ocurriendo. Se limitaban a mirar consternadas, negando con la cabeza, enmudecidas, como si fueran incapaces de pronunciar la más mínima palabra.

Al cabo de un rato, algunos guardias de la prisión, llegaron hasta el pueblo, apostándose en distintos puntos, dejándonos cercados, como un rebaño de ovejas, incapaz de hallar entrada o salida, viendo tornarse la inquietud en un profundo pánico. Bastaba dar un solo paso para ver ondear sus armas en lo más alto, en claro tono amenazador, haciéndonos sentir que en ningún caso dudarían en emplearlas.

Durante un largo y agonizante lapso de tiempo, todo quedó sumido en el

más absoluto y perturbador silencio, nada más allá de respiraciones aceleradas y murmullos ahogados en llanto. Hasta que los gritos y súplicas congelaron el espacio, fulminando cada corazón, despertando gritos y llantos, en aquellos que sabían que pronto todo habría acabado.

Las voces de muchos hombres comenzaron a gritar aquellos terribles mensajes:

—¡Madre, me llevan a matar!

—¡Os quiero!

—¡Cuida de los niños!

—¡Cobardes!

—¡Ser fuertes!

—¡Te quiero!

Decenas de mensajes cruzaron el cielo de la noche, tornándolo atronador y funesto. Sonaban como ánimas torturadas, sin esperanza de hallar consuelo. Voces que se grabaron para siempre en mi mente, y aún atormentan mis sueños. Jamás debió suceder, jamás debieron escucharse, pero aquellos cobardes actuaron sin que les importase nada, sabiendo que la cercanía no lograría ocultar su matanza. Se limitaron a cercarnos, condenándonos a escuchar, sin poder movernos, cometiendo así un doble fusilamiento.

Recuerdo a esa pobre anciana, la que reconoció la voz de su hijo en aquel primer y aterrador grito. Comenzó a mandarle respuestas para tratar de calmarle. Acompañadas de sentidos y desgarradores besos, que lanzaba al viento. Abatida, hundida sobre el frío suelo, ajena a cualquier tipo de orden que la obligara a regresar a su sitio.

Las voces continuaban sonando, se sucedían frases agolpadas, cada vez más difíciles de entender, cada vez más lejanas.

Pero yo continuaba inmersa en mi burbuja, pensando que todo aquel horror no tenía que ver con nosotras, que entre aquellos hombres no estaba padre, que aquellos gritos eran de otros pobres hombres. Aquello me hacía sentir algo menos aterrada, más segura, y hubiera continuado así de no ser por sus gritos. Me giré alarmada por sus voces, y entonces la vi, tirada en el suelo, en un charco de lágrimas, inclinándose una y otra vez, hasta casi llegar a golpear su cabeza contra las piedras.

—¡Lorenzo, te querré siempre, te esperaré siempre mi vida! —Gritaba completamente descompuesta.

Madre solo enjugó sus lágrimas el tiempo justo para alcanzar a pronunciar aquellas palabras.



Al oírla, me agaché junto a ella, y me avergüenza decir que no fue para consolarla, sino más bien para reprenderla.

—¿Por qué lloras?, padre no está con ellos, está bien, acabo de verlo. Él no ha dicho nada. —Le dije aterrada y temblorosa.

Entonces, cuando parecía que nada podía ir peor, cuando mi cuerpo y mi mente parecían haber alcanzado un sufrimiento extremo, el cielo retumbó, como si se estuviera cayendo. Innumerables disparos cruzaron el firmamento, segando corazones y truncando vidas. Mientras aquellos hombres seguían cercandando nuestros pasos, impidiéndonos acudir en su ayuda. Aún siento cada bala atravesando mi pecho, cada desgarrador impacto segando mis sueños. Cuando cierro los ojos aún puedo verlo, todo un pueblo masacrado, arrodillado, derrumbado, gritando enloquecido por la pérdida de abuelos, padres, hijos y hermanos.

Cada impacto destrozó familias enteras, alterando por siempre su destino, marcando el fin de cosas bellas, privando a mujeres de engendrar hijos con el amor de su vida, condenando a hijos a vivir deleitándose en breves recuerdos. Cada persona única y excepcional; una pérdida irremplazable, una lágrima especial, una estrella extinguida.

Aquello me relegó al rencor y al tormento de la obsesión, la obsesión por llegar a comprender el porqué, el motivo que pudo llevarles a privarme de él, de sus bellas y sabias enseñanzas.

Tardé años en asumir la pérdida, en claudicar. Durante mucho tiempo me aferré a esa pequeña esperanza, la de no haber oído su voz en aquella nefasta madrugada. Quise ver sus manos en otros calzados, imaginando que había escapado y que fabricaba aquellas maravillosas botas en recónditos lugares, quise escuchar su voz en la llegada de nuevos cuentos, e incluso llegué a reconocer su rostro en gacetas y revistas de personajes ilustres y gallardos.

Odié a madre cada vez que trató de abrirme los ojos. Aquello era menos doloroso que admitir que se había marchado, que había dejado de existir, que todo su magnífico ser se había esfumado, como si nunca hubiera estado en mi vida, como si lo hubiera inventado.

Jamás logré sentirme completa, aquel vacío no lograba disiparse en mi pecho, y con los años solo pude encontrar consuelo compartiéndolo, haciendo partícipe a los míos; a mis hijos y más tarde a mis nietos.

Con el tiempo llegué a pensar que hubiera preferido reconocer su voz entre aquellas quebradizas y aterradas palabras, que se fueron desvaneciendo lentamente en la noche, quizá así, consciente de su muerte, hubiera podido

superarlo.

Tras aquella noche, todo se tiñó de negro, incluidas mis vestiduras. Ahora no era más que otro de aquellos niños tristes y desorientados, como Lucas, que tendría que marchar habiendo perdido la infancia.

# Entre mis brazos

*Villatobas, 30 de abril de 1940.*

*Un año después mi corazón continuaba roto, atravesado por el impacto de aquellas balas. Lo había intentado todo, quise no haberle defraudado, busqué la manera de ser fuerte y poder sobrevivir a la idea de haberle perdido para siempre, pero según aumentaban mi cólera y mi afán por lograr ser luchadora y fuerte, mayor era mi desesperación y ansia de venganza. Sabía que madre y los niños me necesitaban, y descubrí que la única forma de lograr estar para ellos era poder regocijarme en mi propio duelo, así encontré la manera de llorar con desesperación por las noches, hasta caer rendida, incapaz de hallar respuestas. Pero a la mañana siguiente, aún entumecida, me recomponía y trataba de lucir mi mayor sonrisa. Al menos fue así durante el año que permanecimos junto a los abuelos, aquellos que también trataban de ocultar su dolor por un hijo perdido.*



Por fortuna, y lo digo pensando en aquel entonces, ya que hoy me daría de tortas por mi estúpido comportamiento, el abuelo se marchaba al amanecer y no regresaba hasta bien entrada la noche, por lo que pasábamos el día en

compañía de la abuela, tratando de llamar la atención de madre, que jamás volvió a ser la misma, se limitaba a realizar las tareas domésticas junto a la abuela, y en sus ratos libres se acurrucaba en la cama, releyendo una y otra vez aquellas pequeñas y desgastadas cartas.

Juan y Amador se habían calmado, la desgracia pareció apaciguar sus constantes travesuras, y ahora se limitaban a demandar mi compañía. Recuerdo que lloraron durante varios días y después dejaron de hacerlo sin más, sin ninguna pregunta, cosa que agradecí profundamente, ya que no me sentía con fuerzas como para lograr dar respuesta a sus miedos y dudas. Llegué a pensar que, aunque eran pequeños lo sabían, habían visto sufrimiento en mis ojos y eso debió bastarles para deducir que no sería capaz de aguantar más.

Cada día, después de ayudar a la abuela y tratar de consolar a madre, corría con mis hermanos por la pradera, hasta llegar a nuestro refugio, ese pequeño rincón apartado del mundo, seguro y confortable, un espacio donde los juegos y risas se sucedían para ellos y donde yo me limitaba a protegerlos.

Sin darnos cuenta había pasado un año; ni siquiera había colgado mis vestidos negros, por mucho que me lo pidieron, cuando la tragedia volvió a sacudirnos de nuevo; el abuelo enfermó repentinamente, y jamás logró volver a levantarse de la cama. Al principio madre y la abuela intentaron hacerse cargo del negocio, a la vez que se turnaban para ofrecer al abuelo el mejor de los cuidados. Pero ninguna de ellas era lo suficientemente fuerte; madre estaba completamente ausente, aunque deambulaba sofocada, tratando de cumplir con sus funciones. Y por su parte, la abuela, aunque bastante más dispuesta y entera, se veía presa de numerosos achaques, que convertían en dolorosas sus noches.

Me duele confesar que me limité a observar, quería, necesitaba un culpable, y aunque algo en el fondo de mi ser me hacía dudar de su culpabilidad en la pérdida de padre, me mantuve al margen de su padecimiento, consciente de cómo se marchitaba, presenciando como su luz se apagaba. Solo me consuela recordar aquella noche, cuando apenas quedaban días para su marcha, cuando nadie me observaba, entré en la habitación y tomé su mano para acariciarla, convencida de su inocencia, arrepentida del tormento al que le había sometido, a él, su padre, el hombre de espíritu risueño y afable, como él, alguien que me lo había dado todo, mientras yo le pagaba con rencor y desprecio. Pero aquel día, al levantarme sentí como apretaba mi mano, y me consuela pensar que lo sabía, lo mucho

que le quería. Cuando cierro los ojos le veo, tras aquella barra, guiñando un ojo al verme aparecer y dirigiendo hacia mí ese dulce tazón humeante.

Pero lo cierto es que nos marchamos antes de aquel fatídico desenlace; madre y la abuela se vieron obligadas a admitir su derrota, lo habían intentado todo, se habían dejado la piel tratando de mantener la familia unida, pero ambas supieron que no podrían seguir con aquel ritmo, casi no estaban en casa y cuando aparecían, completamente exhaustas, caían rendidas, sin poder atendernos.

Así fue como la abuela se apresuró en recuperar su antiguo trabajo, su maña con la costura era sobradamente conocida en todo el pueblo, por lo que no tardó en recibir encargos con los que poder sufragar algunos gastos.

Pero madre se sintió incapaz de seguir, en algún momento decidió rendirse, aunque más bien parecía muerta en vida. Marta nos visitó en varias ocasiones, ofreciéndole su ayuda cada una de aquellas veces, sin embargo, ella rehusaba todas y cada una de sus propuestas, y por eso nos sorprendió aquella noticia; vino a ser como un jarro de agua fría, algo imposible de creer. Pensé que debía estar al borde de la locura. Pero sus palabras sonaron contundentes y seguras. Nos íbamos a vivir a casa de sus padres, aquellos que habíamos borrado del recuerdo, aquellos que ya ninguno osaba llamar abuelos.

Fue tal mi indignación, que todavía hoy prefiero omitir los detalles de lo que pudo salir de mi boca. Bastará decir que aún puedo sentir el dolor de aquella torta.

Tras su instintiva reacción, pude ver que madre me miraba profundamente arrepentida, pero yo mantuve una penetrante mirada de odio, clavada incesante en ella, pretendiendo castigarla, a pesar de saber que mi dolor nada tenía que ver con aquel bofetón.

— ¿Cómo puedes pensar siquiera en llevarnos con ellos? —Grité colérica e incrédula— ¿Acaso has olvidado todo lo que nos hicieron?

—No, Isabel, no es nada de eso, tú no lo entiendes. —Dijo entre sollozos y casi arrodillada.

—Podrás obligarme a entrar en esa casa, pero nunca, jamás conseguirás que hable con nadie. Andaré por esa oscura mansión muda, sorda y a ser posible ciega. Llegarán a pensar que no soy más que un fantasma, la sombra de alguien que no soporta la sola idea de compartir un suspiro de tiempo con ellos. —Contesté enérgica y apasionada, impidiendo que madre fuera capaz de ofrecer mayores argumentos.

Temí que los niños pudieran entrar en trance al conocer la descorazonadora noticia, por lo que solo me dirigí a madre para pedirle que me permitiera ser la persona que les pusiera al corriente de aquello. Y madre asintió con la cabeza, sin decir nada, aún conmocionada y sentada en el suelo, sin duda consciente de su imperdonable cobardía.

Regresar a esa casa era como traicionar a padre, y de no ser por mis hermanos, hubiera echado a correr hacia el bosque, sin rumbo, ansiosa por alcanzar cualquier otro destino. Pero me había convertido en el único soporte de aquellos pequeños, y ahora más que nunca, me necesitaban.

Por fortuna, desde que llegamos a esa odiosa casa, nadie trató de corregir mi comportamiento, ninguno de ellos intentó lograr amansar mi altivo e indiferente carácter. Y así me conduje con ellos, mostrando el mayor de los desprecios, sin dignarme a pronunciar una sola palabra en su presencia.

Aquella casa era enorme, repleta de estancias en las que nadie habitaba. Un mausoleo de apariencias, en el que apenas nadie nos visitaba. Sin embargo, fuimos acomodados junto al servicio, y aunque no me cogió por sorpresa, jamás hubiera imaginado los planes que habían previsto para nosotros. Apenas un día después de nuestra resignada llegada, la abuela nos dijo que tendríamos que trabajar sus tierras, junto al resto de personas que lo hacían. Madre se vio completamente bloqueada, no podía creer lo que escuchaba, sus padres, los que miraron hacia otro lado mientras le fusilaban, lejos de arrepentirse y tratar de enmendarse, pretendían usarla como mano de obra barata, no solo a ella, también a sus hijos.

Supe que aquello terminaría por desquiciarla, pero también comprendí cuál debía ser su horrible tesitura, no quería exponernos, pero no podía dar marcha atrás, no podía regresar sobre sus pasos, allí nada nos quedaba y nada podían ofrecernos.

Nos deslomaban desde que amanecía hasta que el sol se ocultaba. Tratábamos de cubrir a los chicos, aligerando para poder realizar la mayor parte de su trabajo, y siempre que no éramos observadas intentábamos concederles breves descansos, bajo la sombra de algún árbol. Pero aquel día estaban solos, madre había caído enferma, aunque en realidad ningún médico fue capaz de discernir el mal que la acechaba, y yo me vi obligada a permanecer a su lado. El sol golpeaba incesante y perturbador, sin ofrecer ningún tipo de aliento que viniera a sofocar aquel intenso calor, propio del mes de agosto. Cuando llegó la tarde era incapaz de imaginar el sufrimiento al que estaban siendo expuestos, y sin poder soportarlo un segundo más, me

adentré en la espesura del bosque en su busca, con el mal pálpito de que algo terrible ocurría.

Aunque cegada por aquella molesta claridad, pude distinguir sus pequeñas siluetas. Ambos continuaban recolectando a pleno sol, sin que la más mínima sombra les cobijara.

Cuando por fin les alcancé, pude ver como el sudor empapaba sus cabezas, y sus caras enrojecidas, como si estuvieran a punto de estallar. Entonces les refugié bajo la frágil sombra que proyectaba mi cuerpo, tratando de aliviar la temperatura que emanaba de sus cuerpos, y aunque sabía que me esperaba una monumental regañina, no dude en guiarles de vuelta a casa, ansiosa por ofrecerles un poco de agua.

Madre nos observaba cabizbaja, imagino que avergonzada, incapaz de ofrecerme la más mínima ayuda. Y la hubiera perdonado, hubiera justificado su flaqueza de los últimos años, de no haber sido por aquello.

Aquella noche tuve que pasarla en las cuadras. La abuela quiso que ese fuera mi castigo, aunque yo me sentí aliviada al poder respirar fuera de aquella casa. Las estrellas podían verse, a través de una madera mal colocada y aunque el sofocante calor pronunciaba todo aquel cúmulo de olores, solo podía pensar en él, en aquellas últimas noches, en su voz y sus cuentos. Sin duda estaba allí, conmigo, arrojando mi corazón, calmando mi ira. Por algún motivo sentí que sonreía, a pesar de la tragedia en que se habían convertido nuestras vidas, y eso solo podía ser obra de él.

Aunque pocas horas, me pareció haber dormido toda una vida. Me desperté pletórica, decidida a continuar luchando a su lado.

Pronto sería mayor y encontraría el modo de alejarlos de toda aquella locura.

Me dirigí hacia la casa, orgullosa y serena, no estaba dispuesta a mostrar signos de debilidad a mis carceleros. Pero apenas había abierto la puerta, cuando me extrañó el movimiento que había en la casa. Por lo general era yo quien despertaba a los niños, les daba el desayuno y preparaba su ropa, mientras se aseaban. Pero comprobé que mis abuelos ya estaban despiertos, acomodados en el salón, tan fríos y estáticos como cualquier otro día, aunque me sorprendió que cuchichearan según me alejaba. Pasé por delante de la habitación de madre, y me asustó verla sentada en la cama, con el rostro cubierto de lágrimas, mientras abrazaba entre sus brazos a Juan. Comprobé que ambos estuvieran bien, a pesar de que ninguno de ellos fuera capaz de explicar lo que estaba pasando. Finalmente, reparé en su ausencia, Amador

no estaba con ellos y tampoco en el salón ni en la cocina. Para entonces mi corazón latía desbocado y las piernas me temblaban. Corrí por el pasillo, desesperada, y me sentí morir cuando a punto de alcanzar la habitación de los niños, una mano me agarró por el hombro tratando de frenar mis pasos sin lograrlo, solo me giré mientras seguía corriendo horrorizada al cruzarme con su mirada, la del médico del pueblo. El tiempo pareció detenerse. De nuevo mis piernas no me contestaban y aunque ya le veía, no era capaz de alcanzarle. Sentí que un abismo nos separaba, y tardé una eternidad en llegar a su lado. Me lancé junto a su cama de rodillas, y recorrí su dulce rostro con mis manos. Temblorosa y perdida sentí que el hielo me invadía. Retiré la sábana que le cubría y comprobé que aquel frío se había instalado en todo su pequeño cuerpo. Froté mis manos fuertemente para tratar de transmitirle calor. Fui bajando de la cabeza a los pies, repitiendo su nombre una y otra vez, en gritos, sabiendo que no reaccionaba. Levanté su cuerpo inerte hacia mí y le abracé con ternura, meciéndolo entre mis brazos, besando sus mejillas frías y apagadas.

Me mantuve así durante un largo rato, incapaz de incorporarle, sintiendo como se deslizaba mustio entre mis brazos, como si de un muñeco se tratara. El desconcierto y la impotencia nublaron mi percepción del tiempo y del espacio, haciendo que mi vista fallara y me sintiera al borde del colapso. En ese momento comencé a recorrer la habitación, desorientada, incrédula al saberme sola, incapaz de comprender por qué nadie acudía en mi ayuda. Decidí salir al pasillo, con la intención de traer de vuelta al doctor, sin duda no se había percatado de que algo no marchaba bien. Trataba de convencerme a mí misma de que estaba profundamente dormido. Resultaba más sencillo engañarme y no enfrentarme a esa trágica y moribunda apariencia.

Al sobrepasar la puerta me topé de bruces con ellos, estaban madre, Juan, el médico, incluso el servicio, todos a excepción de mis abuelos. Por el gesto de sus rostros y sus mejillas plagadas de surcos humedecidos, deduje que todos lo sabían. Retrocedí, incapaz de escuchar lo que querían decirme, aterrada ante la idea de tener que aceptar aquella horrible realidad.

—Cariño, lo siento, aún no entendemos qué pudo ocurrirle, durante la noche sentí su voz en un par de ocasiones, me llamó diciendo que le dolía la cabeza, pensé que sería producto del cansancio y le mandé volver a intentar dormirse. Después debí caer vencida por el cansancio y no recuerdo volver a oírle. —Madre dijo aquello en medio de claros delirios, mientras mordisqueaba una de sus uñas y no cesaba en su empeño por retirar el pelo



que, humedecido por el llanto, cubría prácticamente la totalidad de su rostro.

—¿Le oíste y no fuiste capaz de acudir en su ayuda?, ¿Cómo pudiste ignorar sus llamadas en medio de la noche? —Le increpé guiada por una rabia infinita. Sentí que aquel oscuro sentimiento poseía cada rincón de mi alma. Había sobrevivido a padre por ellos, pero ahora, sin Amador, faltando aquel ángel en mi vida, ya nada tenía sentido. Dejé paso en mi corazón a todo tipo de valores mezquinos y mundanos, convencida de que aquello podría hacerme más fuerte, al menos lo suficiente para odiarla para siempre. En aquellos momentos no tuve compasión, no me detuve a pensar en su precario estado de ánimo y mucho menos en el dolor que debía correr por sus venas. La prematura pérdida de un hijo ha de ser como que te arranquen el corazón de cuajo.

No dejé que contestara, era más reconfortante detestarla, repudiarla, culparla por las ilusiones muertas que yacían sobre esa cama. Llegué a perdonar a mi noble abuelo, convencida de su inocencia, arrepentida por mi cruel e impositiva condena, pero a ella, a ella jamás la perdonaría por aquello, ella nos llevó de nuevo hasta ellos, ella permitió lo que le habían hecho.

Con el transcurso del tiempo, fueron muchos los argumentos que me dieron sobre lo que pudo ocurrirle a mi hermano; pero yo siempre supe que fue el resultado de aquel día completamente expuesto, sin descanso, sin agua, con el sol acechando sobre su pequeña cabeza.

Amador solo tenía seis años, y de pronto la muerte segó su vida, arrebatándole sueños, juegos y risas.

Regresé junto a su cama, sin que nadie fuera capaz de impedirlo, tomé su mano y me mantuve a su lado todo aquel largo día. No permití que taparan su carita, sabía el miedo que tenía a los espacios cerrados, y entonces, mientras los demás lloraban, comencé a contarle un cuento.

Después de aquello dejamos de ser una familia, solo éramos personas que convivían bajo un mismo techo, el recuerdo y la sombra de aquel amor, de aquellas cotidianas y maravillosas risas.

Me avergüenza admitir que no solo la repudí a ella, sino que también desplazé de mi corazón a Juan, olvidando lo mucho que me necesitaba; pero mirarle era como ver a Amador, con su pelo alborotado y su fiel sonrisa, siempre tras él, orgulloso de su valiente hermano. Resultaba demasiado doloroso estar junto a él, y poco a poco, refugiándome en el dolor, encontré la sutil forma de no tener que cuidarle.

Con el paso del tiempo fui capaz de recordarle sin que me doliera

profundamente el pecho, sin llorar desesperada con tan solo nombrarle. Su lugar de descanso se convirtió en mi particular santuario, donde acudía cada día para sentarme a su lado, mientras hablaba de cualquier cosa aburrida y cotidiana o leía un nuevo cuento. Solo me perturbaba la idea de no poder hacer lo mismo junto a la tumba de padre, pero él jamás regresaría a nuestro lado, su cuerpo yace sepultado junto al de otros tantos en el cementerio de Lillo.

# Epílogo

*En la actualidad, 28 de Abril de 2016*

*El año pasado logré regresar a su lado. Atormentada por la distancia y los recuerdos, supliqué a mi hija que me llevara de nuevo a Villatobas, necesitaba sentir aquel viento en mi cara, atravesar el bosque, llegar hasta la gruta y terminar leyéndole un cuento.*

*Todo había cambiado, pero la esencia estaba intacta, en el aire, en los árboles, en las estrellas... en todo lo que me rodeaba entonces y ahora me recibía con los brazos abiertos, haciéndome sentir de nuevo en casa.*



Llegar hasta su tumba era el momento más emocionante y doloroso. Un cúmulo de sentimientos retornaban a mi cuerpo, haciéndome pasar de la nostalgia al llanto. Mientras Marta, mi hija, trataba de reconfortarme, abrazándome y besándome, sin alejarse un solo instante de mi lado.

Al cabo de un rato, algo más calmada, comencé a tratar de arreglar los estragos que las últimas lluvias habían causado, mientras Marta retiraba algunos ramos de flores secas, que se agolpaban a sus pies, haciéndome pensar que otras personas tampoco le olvidaban.

Entonces, de forma inesperada, Marta atrajo mi atención, agitando ante

mis ojos un sobre húmedo, sucio y desgastado, que había encontrado en el interior de uno de aquellos ramos. Estaba tan deteriorado que resultaba completamente ilegible. Nada podríamos extraer de aquel trozo de papel. Donde antes debió haber letras ahora solo había un borrón de tinta esparcida.

Extendí la mano para que Marta me entregara aquel sobre, y al palparlo mis dedos tropezaron con algo duro, algo yacía estático dentro de aquella nota cubierta de barro. Al tratar de rasgar el sobre, se deshizo entre mis manos, dejando a la luz algo pequeño y repleto de colores, un objeto que apenas alcanzaba a poder ver. Rebusqué en el interior de mi bolso, buscando las gafas, aquellas que hacía ya tiempo que reemplazaban a mis cansados ojos. Cuando por fin tropecé con ellas, suspiré aliviada. Aún no las tenía bien puestas cuando pude ver conmovida el tesoro que se hallaba entre mis manos. Era un pequeño pero valioso soldado de plomo, el mismo que Amador puso en las manos de su gran amigo. Lucas estaba vivo, o al menos no hacía mucho que lo estaba, y sin duda era él una de aquellas personas que acudían para hacerle compañía. Se agolparon en mi cabeza aquellos juegos soterrados, aquella graciosa forma de imitar una trompa y las risas de ambos cayendo de espaldas al suelo.

Entonces pensé que Amador llegó a ser feliz, aunque se perdiera tantas otras cosas, y recordé las historias de padre, aquella del lugar donde se cumplen todos los sueños. Puede que algún día, no muy lejano, aquel se materialice ante mí, como lo hiciera aquel mágico soldado, y entonces tendremos una nueva oportunidad, la de comenzar una vida juntos, sin guerras ni rencores, sin que nadie más, llevado por la ignorancia y la codicia, logre marchitar nuestros corazones.

# ÍNDICE

- [Trenzas de papel](#)
- [Título original: Trenzas de papel](#)
- [Frente al espejo](#)
- [Mi hogar](#)
- [Voces silenciadas](#)
- [La traición](#)
- [Pacto de sangre](#)
- [Noche de sombras](#)
- [Triste amanecer](#)
- [A su lado](#)
- [Un pequeño rincón](#)
- [Ocultos](#)
- [Inesperada fantasía](#)
- [Susurros y lágrimas](#)
- [Tímidas risas](#)
- [Oscuras vestiduras](#)
- [Pequeña paloma mensajera](#)
- [Rumbo al corazón](#)
- [La oscura fortaleza](#)
- [Corazón valiente](#)
- [Un pedazo de ilusión](#)
- [Un inesperado festejo](#)
- [Un futuro incierto](#)
- [El fin de la Guerra](#)
- [La noticia](#)
- [En el país de los sueños](#)
- [Trágica confesión](#)
- [Una declaración de amor](#)
- [Una llama extinguida](#)
- [Entre mis brazos](#)
- [Epílogo](#)